

Ledicia
Costas

ESMERALDINA

la pequeña fantasma

Ilustraciones de
V́ctor Rivas



**Ledicia
Costas**

ESMERALDINA
la pequeña fantasma

Ilustraciones de
Víctor Rivas

ANAYA

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
El Libro de Recetas de la Tremenda
Créditos

*Para vosotras, criaturas de este mundo.
Y también para todos los fantasmas
que pobláis este libro.
Sin unas y sin otros, esta historia
no sería posible.*

Capítulo 1

EL DÍA DE MI MUERTE, el Hotel Fantastique se llenó de gente. Se organizó un gran desfile de personas vestidas de negro y con las caras muy tristes, que acudían a velar mi cuerpo. Nunca en mi vida había visto el hotel así de repleto ni con tantas flores frescas. Ni siquiera en el verano, cuando había tal cantidad de huéspedes que colgábamos el cartel de COMPLETO en el portalón de la entrada y llenábamos todos los floreros del comedor con rosas, claveles y tulipanes de colores que cortábamos en el jardín. Te parecerá raro que el velatorio fuese precisamente allí, en el hotel. Pero es que el Hotel Fantastique era nuestro hogar.

Mis padres, mi abuela y yo vivíamos en el primer piso, en el ala reservada al personal de servicio. Ellos tres eran los más altos cargos de la denominada *Brigade de cuisine*, brigada de cocina, una forma elegante y refinada de referirse al equipo que trabajaba en aquellas cocinas de fama mundial. Venía gente de todas partes para probar los exquisitos platos. La abuela era la que más mandaba en la brigada, la *Chef de cuisine*. Tenía décadas de experiencia y se encargaba de confeccionar los menús del hotel. Igual por eso estaba tan oronda. Pesaba muchísimos quilos, más de cien. Yo creo que era porque pasaba el día metiendo el dedo en las ollas que burbujearan al fuego para luego rechupetearlo. Probaba varias veces todo lo que cocinaba. Decía que esa era la única manera de que los platos saliesen perfectos. Mi madre, viendo que la mujer iba acumulando unos cuantos quilos más cada año, solía decirle: «Mamá, tienes que cuidarte. Estás tremenda». Y así fue como la abuela pasó a ser conocida entre el personal del hotel con el apodo de la Tremenda.

De ella me gustaban sobre todo sus enormes mandiles con volantes y su aroma cuando preparaba repostería francesa. Hummm, qué rico. ¡Daban ganas de comérsela! Mamá era su ayudante directa y persona de confianza en la cocina. ¡La segunda chef de cocina! Por eso tenía bordadas en su casaca blanca las palabras *Sous-chef de cuisine*. Y papá era el *maître*, el jefe de los camareros, el que organizaba las salidas de los platos y bebidas. ¡Formaban un equipo estupendo! Me encantaba verlos trabajar juntos, sobre todo cuando el hotel estaba lleno. Eran rapidísimos, especialmente mamá y la abuela. Parecía que en lugar de dos brazos tuviesen ocho, como los pulpos. Solo eso explicaría la cantidad de cosas que eran capaces de sacar adelante. Venga a amasar, a batir unas claras a punto de nieve, a freír unos ajos, a derretir la mantequilla, a preparar tapas, a decorar los platos o a organizar el resto de personal de la cocina. ¡Unas artistas! De ellas aprendí muchos trucos. Lástima que mi vida solo durase diez años. Si llego a pasar más tiempo con ellas en las cocinas, estoy segura de que hoy yo también sería una *Chef de cuisine*. Aunque para eso tendría que estar viva.



Debido a su nombre, es probable que pienses que el Hotel Fantastique estaba en el centro de una hermosa villa francesa, o en una prestigiosa ciudad como París. ¡Nada de eso! Lo que hacía de este hotel un lugar tan atractivo era que había sido construido en el mismísimo Salvaje Oeste, entre vaqueros, forajidos y *saloons*, unos bares pensados para atender a los cazadores de la zona. Su fundador había sido un francés bastante estrafalario llamado Panderlú. Panderlú vestía siempre pantalones violetas y calcetines diferentes en cada pie, tenía bigotes de puntas retorcidas y nunca se separaba de su loro. Iba con la jaula a todos los sitios. Un día, Panderlú decidió dejarlo todo (todo menos al loro), y arriesgar su propia vida emprendiendo un peligroso viaje hacia el Oeste en busca de oro. Tardó muchos meses en llegar al lugar donde decían que este metal precioso nacía en los ríos. Hombre y loro viajaron en barco, a caballo, a pie, en diligencia e incluso en canoa. Después de caminar hasta destrozarse las botas, cuando ya pensaba que todo era una leyenda y que iban a morir abrasados por el sol, encontró el ansiado oro en un riachuelo donde había parado a descansar. Cientos de pepitas doradas refulgían en el fondo de aquel arroyo. Con parte del dinero que consiguió, Panderlú ordenó construir un hotel-restaurante. Le parecía una buena idea acercar la cultura y la cocina francesa a aquel lugar tan diferente de donde él se había criado. No se equivocó. El Hotel Fantastique se convirtió en una auténtica atracción. Al principio solo ofrecía cocina francesa, pero con los años su restaurante acabó siendo un referente de cocina internacional.

Un día sí y otro también llegaban al hotel cocineros de todo el mundo. Mamá y la abuela aprendían con ellos a preparar nuevos platos que iban incorporando a los menús. Recuerdo la temporada en que vino un cocinero cubano que aseguraba tener una receta estrella de sopa de tortuga. Aquello fue un drama. Se empeñó en que había que cocer carne de tortuga, colar el caldo y añadir ajos, una copa de vino blanco, comino y cilantro machacado. También pimienta, azafrán, hojas de menta y rebanadas de pan con huevos duros cortados en pedacitos. Parece ser que era una receta de gran tradición en los restaurantes más prestigiosos de La Habana. Lo peor es que pretendía hacer la sopa y servirla en la propia concha de la tortuga. Y no se le ocurrió nada mejor que hacer guardia hasta que logró localizar una de las tortugas de tierra que vivían en los jardines del hotel. La atrapó y la metió en la cocina. Fui yo quien lo encontró con un cuchillo en una mano y la tortuga Lola en la otra, dispuesto a separar el cuerpo del animal de su concha. Recuerdo que empecé a llamar a la abuela, aterrorizada: «¡Abuela, el cubano quiere desnudar a Lola y luego cocinarla!». Por más vueltas que le di, no logré entender cómo se le ocurrió hacer una cosa semejante. Las tortugas llevaban más de treinta años en el hotel, formaban parte de la historia de aquel lugar. Tanto era así que yo las conocía perfectamente y lograba distinguirlas sin dificultad. Parecían iguales, pero no lo eran. Alertada por mis gritos, la abuela apareció en la cocina sudando en frío, después de venir a la carrera con su tremendo cuerpo. Le arrancó a Lola de las manos y echó al cubano de la cocina, después de soltarle una ristra interminable de improperios. Le dio un patadón en el trasero y le dijo: «¡Como se te ocurra volver por aquí, el que va a acabar como ingrediente principal de mi sopa vas a ser tú!». La Tremenda hacía honor a su apodo.

¡Uff! ¡Pero si ya llevo hablando un montón de tiempo de mi familia y ni siquiera me he presentado! Es que me emociono tanto cuando recuerdo los viejos tiempos... Me llamo Escarlatina y soy una cocinera cadáver. Ahora vivo en el Más Allá, la tierra de los muertos. De hecho, soy la cocinera oficial del sector del Inframundo donde habito. Pero esta historia empieza mucho antes,

cuando estaba viva y tenía otro nombre. Por aquel entonces, en el año 1863, cuando aún no había muerto, me llamaba Esmeraldina. Mi madre me puso este nombre porque decía que mis ojos eran tan verdes que parecían dos esmeraldas incrustadas. Ella los tenía del mismo color. ¡Qué guapa era mi mamá! Se llamaba Marieta y siempre olía a colonia. Si aceptas un consejo, no le cojas cariño al nombre que te pusieron tus padres. Es mejor que lo sepas desde ya: en el Más Allá nadie conserva su nombre de vivo. Todos los muertos llevan el nombre de la causa de su muerte. Por eso yo, desde que soy niña difunta, o mejor dicho, desde que por fin asumí que ya no pertenezco al mundo de los vivos, me llamo Escarlatina. Porque mi muerte se debió a una enfermedad llamada *fiebre escarlatina*. Y ya que estamos, tampoco deberías cogerle cariño al aroma de las colonias. Los muertos olemos todos a podrido.

Mientras estaba viva, en esos escasos diez años, mi existencia entre ollas, mandiles y menús fue muy feliz y divertida. Menos por Amancio, hijo de Panderlú y dueño del hotel desde la muerte de su padre. Amancio poco tenía que ver con su antecesor. Era un individuo perverso y de costumbres primitivas. Pero ya habrá tiempo de hablar de él.

Como veis, la vida en aquel lugar, que era una especie de oasis plantado en medio del Salvaje Oeste, daba mucho de sí. Pero a pesar de lo bien que lo pasaba, de todas las aventuras que tuve la ocasión de vivir en el Hotel Fantastique, la más emocionante comenzó el día que enfermé. Ese día todo cambió y ya no hubo vuelta atrás. La cosa empezó con un fuerte dolor de garganta. Era como si tuviese una bola de espinas atrancada. No podía ni tragar saliva. ¡Y mucho menos comer! Ni siquiera los deliciosos pasteles de Belém, esos dulces portugueses que me gustaban tanto y que mi madre había hecho expresamente para mí al saber que estaba enferma. A las pocas horas de tener los primeros síntomas, me salieron puntos rojos por todo el cuerpo y empecé a delirar. Mamá, papá y la abuela abandonaban la cocina cada dos por tres para ver cómo estaba ¿Y cómo iba a estar con esa enfermedad recorriendo mi cuerpo? Pues hecha un trapo. Yo sé que me daban besos y me acariciaban la frente, pero los sentía muy lejos. Me subió tanto la fiebre que vino a visitarme un doctor que olía a naftalina y me inyectó un remedio con una jeringa de cristal. Ellos debían de pensar que yo no los escuchaba, y por eso comentaban delante de mí que había varios casos de fiebre escarlatina en el hotel. Además del mío, otros dos niños mellizos, una niña y un niño con los cabellos de trigo, se habían puesto malitos y estaban muy graves. Se rumoreaba que fueron ellos los que contrajeron la escarlatina a bordo del barco en el que habían llegado a esta villa, desde el puerto francés de Nantes. Y así fue como yo también me contagié.

El doctor me visitó dos veces más. Eso supuso otras dos inyecciones que me dolieron bastante. No sirvió de mucho. Después de estar en cama varios días, con el cuerpo todo rojo e inflamado y mi familia llenándome de besos y caricias, morí. ¡Pero no pienses que lo viví como algo dramático! Fue todo muy raro. Sentí que, de repente, mi vida me abandonaba para siempre, así que di un salto y abandoné mi cuerpo. Salí de él, como si me desdoblase en dos: Esmeraldina la difunta se quedó tumbada en la cama, muertísima. Y yo, la otra Esmeraldina, muerta también pero convertida en una masa fantasmal, me coloqué a los pies del lecho y observé mi cadáver desde esa posición privilegiada. Allí estaba la niña que había sido yo, con los ojos cerrados y la cara fría y pálida. Mamá, papá y la abuela lloraban los siete llantos y no dejaban de preguntarse por qué me había tocado morir a mí, si no era mas que una niña pequeña. Pero, por lo que supe después, la muerte hace ese tipo de jugadas. Sobre todo en aquellos tiempos, cuando había pocos medicamentos y morían muchos niños.

Yo quería tranquilizar a mis padres y también a la abuela para que se acabasen su dolor y sus lágrimas; hacerles saber que seguía allí, con ellos; que ya no me dolía la garganta ni me picaba el cuerpo; ¡Que me encontraba de maravilla! Podía caminar sobre la madera del suelo o elevarme y volar hasta llegar al techo. Aquello era fantástico, aunque debo reconocer que en un primer momento lo de volar no lo tenía muy controlado y mi cuerpo iba hacia donde le apetecía. Tratando de situarme sobre la cama para observar mi cadáver desde arriba, di unas cuantas volteretas y acabé con el vestido enganchado en la barra de la cortina, con las piernas para arriba y la cabeza para abajo. Fue en ese momento en el que intenté comunicarme con mi familia para decirles que estaba allí, con ellos, cuando descubrí que algo no iba bien. Quise hablarles, pero la voz no me salió. *Muerta y muda, pensé. Esto complica mucho la situación.*

Capítulo 2

MI VELATORIO fue todo un acontecimiento. Acudió gente de muchos lugares a darme el último adiós. Al tratarse de los más altos cargos de la *Brigada de cocina* del Hotel Fantastique, mi abuela y mis padres conocían a un montón de gente que no quiso faltar al entierro. Y los que no pudieron venir por encontrarse en países muy alejados (como un chef que me había enseñado a hacer unos dulces de canela típicos del Tíbet), enviaron telegramas: *Mi más sentido pésame (stop) Esmeraldina siempre en mi corazón (stop) Una desgracia incomprensible (fin)*.

Dos señores de bigote, empleados de una empresa llamada Trompas Fúnebres, trajeron un ataúd hecho a mi medida y metieron dentro mi cuerpo después de que mamá me pusiera un hermoso vestido blanco con encaje de volantes que aún estaba sin estrenar. Lo reservaba para una ocasión especial, y qué mejor que mi entierro para lucirlo. Me recogió el cabello dejando sueltos algunos rizos que se retorcieron sobre mis hombros y me puso un bonito tocado con flores de azahar. No quiero parecer presumida, pero me veía muy favorecida. En un primer momento me pareció raro que me engalanaran de aquella manera. Total, iba a acabar en una tumba, bajo tierra. Daba igual que fuese bien vestida, nadie iba a verme nunca más. Pero cuando caí en la cuenta de que lo estaban preparando todo para una sesión fotográfica, empecé a comprender. ¡Querían que estuviese guapa para crear un álbum de muertos! Eso cambiaba las cosas.

Los señores de las Trompas Fúnebres dejaron el ataúd abierto y lo colocaron ligeramente inclinado, apoyando la parte superior sobre un pedestal de mármol, para que mi cadáver quedase bien expuesto. Alrededor, decorando la estampa, habían puesto muchos ramos y coronas de flores rojas, blancas, azules y violetas. Sentados cada uno en una silla de terciopelo verde, vestidos también con sus mejores galas, mis padres y mi abuela cerraban la composición. El fotógrafo era un tipo bastante singular: bajito, gordinflón y con la voz muy aguda. Tenía gafas y un espeso bigote rubio. Iba cargado con una cámara muy grande que colocó sobre un trípode. Era una de esas con un fuelle negro semejante a un acordeón. Un paño, también negro, colgaba a su alrededor y llegaba hasta el suelo. El hombre abría el paño y metía la cabeza dentro para sacar las fotografías, dándole a un botón que hacía un ruido tremendo y provocando una espesa nube de humo gris. Cada foto era un espectáculo: cabeza de hombre dentro de paño negro, ruido y nube gris. Parecía una atracción de feria. En aquellos tiempos estaban muy de moda las fotografías de muertos. Yo, que no me quise perder la sesión, me coloqué entre mamá y la abuela, dispuesta a formar parte de aquel álbum de cadáveres. No me importaba ser una masa fantasmal, me sentía con derecho a estar allí. Por eso posé con una sonrisa bien grande, para que todo el mundo supiese que estaba contenta. A medida que fui cogiendo confianza con el fotógrafo, empecé a hacer monadas. Saqué la lengua y puse caras para ellos (algunas bonitas y otras muy feas), convencida de que les daría un ataque de risa en cuanto el fotógrafo revelase las imágenes. Lo que yo no sabía en aquel

momento era que las masas fantasmales no salen en las fotos así como así.



Durante el resto del día me dediqué a perseguir a mamá, a papá y a la abuela. Ellos sí que parecían espíritus, y no yo. Arrastraban su tristeza insoportable por el hotel como si fuesen fantasmas antiguos, de esos que llevan sábana con dos agujeritos a la altura de los ojos y una bola de hierro encadenada a un tobillo. Daba pena verlos. La abuela intentó preparar unos aperitivos para que picasen los asistentes al velatorio. En realidad, creo que quiso buscar algo que hacer, para que el tiempo avanzase más rápido, o simplemente para olvidarse de que yo ya no estaba. Pero de tanto llorar sobre los pinchos, le salieron demasiado salados y fue un fracaso. No se puede cocinar cuando se está triste.

A las doce en punto de la noche, sucedió algo que no te vas a creer. A aquella hora, todo el mundo se encontraba ya en su cuarto, tratando de conciliar el sueño en la quietud de la noche. Todos menos yo, que vagaba inmersa en la oscuridad del edificio buscando algún lugar recóndito donde esconderme. Todos los quinqués estaban apagados, salvo uno que siempre quedaba encendido en el recibidor. Decidí sentarme bajo aquella luz amarilla para sentirme acompañada, esperando que pasasen las horas. Nunca había imaginado la soledad tan grande en que viven sumidas las masas fantasmales. Ves a todo el mundo a tu alrededor, pero no puedes comunicarte, ni tocarlos, ni hacerte ver. O por lo menos, en aquellas primeras horas de mi nueva existencia, yo no sabía cómo hacerlo y me resultaba algo frustrante. Estaba dándole vueltas a esa cuestión cuando escuché un misterioso ruido en el exterior que me puso alerta. Rápidamente supe que algo estaba a punto de ocurrir. No sé cómo explicarlo, solo lo sabía, podía sentirlo. En condiciones normales, mi corazón empezaría a latir muy fuerte y seguro que se me formaba un nudo de cosquillas en la barriga, como pasaba siempre que me ponía nerviosa. Pero la muerte tiene esas cosas: te vacía por dentro, no tienes corazón, ni dolor de barriga, ni siquiera ganas de hacer pis. Eres ligera como una nube de verano que se mueve en el cielo impulsada por un golpe de brisa. Estar muerta tiene sus cosas buenas, como, por ejemplo, no hacer pis. ¡Eso te proporciona un gran número de ventajas! No tienes que estar aguantando las ganas, ni echar a correr en busca de un retrete cuando ya no puedes más. Se gana mucha tranquilidad.

Pero ahora no me quiero enredar con esas cuestiones fantasmales, te estaba contando lo que pasó con aquel ruido que me puso alerta.

—¿Hola? —dije muy bajito, casi con cierto temor, pensando que tal vez alguien podría escucharme.

No obtuve respuesta. El único sonido que llegaba a mis oídos de muerta era el de los ronquidos de un huésped que roncaba de manera escandalosa en el piso de arriba. Seguro que se trataba del señor Ambrosio, un hombre exageradamente gordo que comía con tanta ansia que ni la servilleta de la mesa anudada al pescuezo impedía que se pusiera todo perdido.

—Qué ingenua eres, Esmeraldina —me dije a mí misma.

Entonces, cuando ya creía que no había misterio ninguno y que el ruido había sido producto de mi imaginación, o de las ganas que tenía de que sucediese algo para matar el aburrimiento, vi como una especie de niebla de colores atravesaba la pared y se materializaba delante de mis ojos de cadáver, hasta adquirir forma más o menos humana. Al principio me quedé petrificada. Inmóvil como una estatua. A medida que fueron pasando los segundos, sin saber muy bien cómo comportarme ante semejante ente, decidí hacer una reverencia.

—¿Disculpe, quién es usted? —le pregunté con un hilo de voz, convencida de que, a diferencia

de mi familia, aquella muerta sí podía escucharme.

La masa fantasmal plantada delante de mis ojos era imponente. Todo de ella me sorprendió, desde su indumentaria hasta su manera de moverse. Lo primero que llamó mi atención era que no tenía carne en la cara. Era una calavera con melena, una esqueleta hecha y derecha. Aun así, no me provocó escalofríos. Al contrario, me pareció muy sofisticada. Llevaba un vestido blanco con el cuerpo de encaje y botones hasta el cuello, revólveres enfundados en las caderas y botas altas con espuelas a la altura del tobillo. Fumaba de una pipa que echaba mucho humo y de su cinto de cuero colgaba una cuerda enrollada. Me observó con actitud desafiante.

—¿Está usted enfadada conmigo? —insistí, deseando que por fin dijera algo.

A ella le dio por torcer la mandíbula en un gesto que pretendía ser una sonrisa.

—¡Carne fresca! —Eso fue todo lo que dijo.

Eché mano a la cuerda que llevaba en el cinto, hizo un lazo con una rapidez alucinante y a continuación comenzó a girarlo en el aire, sin dejar de observarme fijamente con las cuencas de sus ojos. Yo retrocedí un par de pasos. No sabía cuáles eran las intenciones de aquel ectoplasma, pero las palabras *carne fresca* no me inspiraban mucha confianza. Cuando me di cuenta de que el lazo empezaba a girar más y más rápido, eché a correr para alejarme de la esqueleta. No estaba dispuesta a quedarme allí quieta, a merced de aquella desconocida con cara de pocos amigos. Pero apenas logré dar un par de pasos. Ella lanzó el lazo por el aire y me cazó con una agilidad pasmosa, comprimiéndome el cuerpo.

—¿A dónde ibas tan rápido? —me preguntó mientras tiraba de la cuerda para acercarme hasta ella.



—Perdone, señora masa fantasmal, no pretendía ofenderla —me disculpé, pensando que lo mejor que podía hacer era no enfadarla más de lo que ya estaba.

—¿Masa fantasmal? Pero tú, ¿en qué idioma se supone que hablas? Venga, vamos a la diligencia mortuoria —ordenó, después de sacar la pipa de la boca para escupir en el suelo—. Aún tengo que dar caza a otros dos muertos y se me está echando el tiempo encima. No tengo tiempo para tonterías.

Yo puse cara de pena. No vayas a pensar que fue una cara forzada, me salió porque sí. No quería ir a ningún lado con aquella desconocida. Solo quería quedarme para siempre en el hotel, debajo de la luz del quinqué, abrazada al frío fantasmal que producía mi propio cuerpo.

—Venga, venga. No me mires así —gruñó la vaquera—. Yo solo hago mi trabajo.

—¿Y cuál es su trabajo? Es que acabo de morirme y no entiendo nada —le confesé—. Fíjese que hoy intenté volar para observar mi cadáver desde arriba, y acabé con la falda del vestido enganchada en la barra de la cortina del que era mi cuarto. Tardé un mundo en liberarme. No sabía que los vestidos de las masas fantasmales se enganchasen. Ni siquiera sabía que existiesen las masas fantasmales. Yo solo quiero que mi familia deje de llorar por mí. ¡Que sepan que estoy bien! —acabé, con los ojos llenos de lágrimas.

—Puf —resopló la vaquera—. De acuerdo, te voy a soltar. Pero me tienes que prometer que no vas a escapar. Ya has visto lo hábil que soy con el lazo y sabes lo poco que me costará cazarte de nuevo —me advirtió señalándome con el dedo índice.

—Prometido —susurré, deseando que aflojase aquella cuerda que tanto me apretaba. Me sentía como un roti de carne de los que preparaba la abuela.

—Ven, anda, vamos a sentarnos.

Se dirigió hacia la luz del quinqué, se sentó en el suelo y me hizo un gesto para que me colocase a su lado.

—¿Qué es lo que necesitas saber? —me preguntó con una actitud que me tranquilizó un poco.

De pronto había dejado de tratarme como si ella fuese una cazadora y yo su presa. Eso me dio confianza para ir directa al grano.

—¿Quién es usted y a dónde me quiere llevar?

—Me llamo Nicotina y soy la encargada de cazar a los muertos que acaban de fallecer para trasladarlos al Más Allá.

Las palabras «Más Allá» me sonaban a viaje y a frío.

—¿El Más Allá es la tierra de los muertos?

—Así es —confirmó ella—. Se trata de un lugar infinito, dividido en sectores. Mi obligación es llevarte a uno de los sectores que denominamos «de paso». Allí hay un jefe que estudiará tu caso particular y decidirá dónde debes instalarte.

—¿Y si yo no quiero ir? ¿Y si quiero quedarme aquí, en el Hotel Fantastique?

Nicotina me miró con compasión. O eso fue lo que me pareció a mí.

—Querida Esmeraldina, te aseguro que vivir entre los vivos no es cosa fácil. Tu lugar no es este. Aunque ahora no lo entiendas, tu sitio está en el Más Allá. A los niños recién fallecidos siempre os cuesta separaros de vuestras familias. La culpa es de Muerte —confesó hablándome con cierta ternura cadavérica—. Estoy harta de decirle que no se lleve por delante a gente tan joven, pero ella sí que es una fanática de la carne fresca. ¡A su lado, yo solo soy una aprendiz!

—¿Muerte? —dije con temor—. Usted... ¿Usted la conoce? ¿Es una persona?

En aquel momento, Nicotina se echó a reír.

—¡Persona, dice! Mira, Esmeraldina, si quieres que las cosas te vayan bien, lo primero que

tienes que hacer es corregir tu lenguaje. Ningún fallecido es una persona, y menos aún, Muerte. Muerte es aquella a la que más temen los vivos y a la que más respetan los muertos.

—¿Y cómo es físicamente?

—Espectacular —se limitó a contestar.

Me quedé algo chafada. No había entendido ni una sola palabra de la última parte de aquella conversación. Era como si Nicotina me hablara en clave, o algo así.

—¿Por qué trabaja usted cazando muertos? —le pregunté con la esperanza de que esta vez su respuesta fuese algo más concreta.

—Pues eso tiene que ver con mi vida anterior. ¿Te suena el nombre de William Frederick Cody?

Intenté hacer memoria, por el hotel pasaba mucha gente. Era posible que se hubiera alojado alguna vez, pero de buenas a primeras aquel nombre no me sonaba de nada.

—Creo que ha llegado el momento de hablarte de mis aventuras en el Salvaje Oeste.

Entonces, con las palabras Salvaje Oeste retumbando en mi cabeza, me relajé y apoyé la espalda contra la pared. Yo salía en contadas ocasiones del hotel. Aquel lugar era mi mundo, allí tenía todo lo que necesitaba para ser feliz: la cocina, una pequeña biblioteca, los jardines para correr y jugar, huéspedes con los que relacionarme... A mamá y papá les parecía peligroso ir a las ciudades y villas cercanas porque había muchos bandidos y forajidos. Hacía solo unas semanas, unos bandoleros habían robado un banco haciendo volar con cartuchos de dinamita la caja fuerte donde guardaban el dinero. Si soy sincera y confieso la verdad, a mí todo esto me daba miedo, pero al mismo tiempo me parecía excitante. Las historias que corrían por el hotel sobre el Salvaje Oeste eran increíbles. Pero no tenían nada que ver con la que Nicotina estaba a punto de contarme. Esa sí que me dejó absolutamente pasmada.

Capítulo 3

—**A**SÍ QUE EL NOMBRE de William F. Cody no te resulta familiar —insistió Nicotina—. ¿Y si te digo Búfalo Bill? Así es como lo llama ahora todo el mundo.

—¡Búfalo Bill! —exclamé recordando a aquel tipo tan fascinante—. ¡Por supuesto que lo conozco! Estuvo en el hotel. Recuerdo que le encantaba el pastel de carne de la abuela. Practicaba su puntería disparando a una fila de botellas de cristal. Era muy rápido y nunca fallaba —añadí imitando la forma de una pistola con los dedos índice y pulgar—. Antes de irse, me regaló una pluma blanca que había pertenecido a un cheyene. La tengo guardada en el primer cajón de mi tocador.

—Mi querido William —suspiró Nicotina con nostalgia—. Pues debes saber que yo era su hermana.

—¿La hermana de Búfalo Bill? —pregunté con asombro.

—La misma. Nicoleta Cody —confirmó muy orgullosa, pronunciando con gran énfasis su nombre de viva—. Fallecí hace tres años, antes de cumplir los veinte. Una lástima. ¡La de cosas que podríamos haber hecho juntos Búfalo Bill y yo!

Entonces, como animada por una fuerza invisible, empezó a hablar de su vida anterior. Me explicó que su padre era un hombre que había luchado por la abolición de la esclavitud. Me contó los terribles trabajos que asignaban a los negros en los campos de algodón. Tras la muerte de su padre, William, cuando aún no era conocido con el apodo de Búfalo Bill, siendo solo un niño, se vio obligado a ponerse a trabajar para sostener a su familia. Empezó como mensajero de una empresa de correo rápido. Iba a caballo, llevando mensajes de acá para allá en el Salvaje Oeste, esquivando a los forajidos que intentaban interceptar el correo. Nicoleta había aprendido con él a montar, a echar el lazo y también el oficio de mensajera. Los dos cabalgaban a gran velocidad por las extensas llanuras. Eran inseparables. Ni siquiera las devastadoras tormentas de arena conseguían frenarlos. Desafiaban al clima y al tiempo. Y también a los tornados de viento que avanzaban en espiral como si tuviesen vida propia, llevándose por delante todo lo que encontraban.

—Y jamás olvidaremos todo lo que nos inculcó nuestro padre —concluyó Nicotina—. Siempre luchamos en contra de la esclavitud y por la protección de los desfavorecidos.

Sí, ya sé lo que estás pensando, que aquello no cuadraba mucho con la imagen que transmitía Nicotina. Parecía una muerta dura, con los revólveres, la pipa humeante y el lazo de cazar fantasmas. Pero después de haberla escuchado hablar, sabía que detrás de su apariencia malvada había algo parecido a un corazón.

—Pero entonces, ¿qué era lo que sucedía en los campos de algodón con las personas negras? —pregunté volviendo a lo que había comentado Nicotina hacía unos minutos.

—Lo que sucedía no, Esmeraldina. Lo que sucede. Y no solo en los campos de algodón, también fuera de ellos —puntualizó muy seria—. ¿Nunca has visto a los esclavos caminando en fila india, unos detrás de otros, unidos por cadenas de hierro? Están por todas partes.

Era cierto, los había visto alguna vez cuando iba con mi padre o con la abuela a la ciudad. Llevaban argollas de hierro en los tobillos y tenían siempre la tristeza dibujada en sus rostros.

—Yo pensaba que esos señores y señoras estaban presos porque habían cometido un crimen.

—El único crimen que han cometido es tener la piel oscura, querida. ¡A ver si espabilas! —gritó echándose las manos a la calavera.

—Pues qué suerte la mía de tener la piel blanca —reflexioné en voz alta.

Nicotina puso cara de estar perdiendo la paciencia.

—Tú ya no tienes la piel blanca. Tienes la piel azul. Todavía no te has visto en un espejo, ¿verdad? Y al margen de esto, el mundo no funciona como tú piensas. ¡Alguna vez has tenido que escuchar las voces de los esclavos! Siempre cantan mientras recogen el algodón.

Eso era verdad. Me gustaba mucho escucharlos. Aquella música ya formaba parte de la vida cotidiana. Sonaba a todas horas.

—Las letras de esas canciones cuentan mucho de la historia de las personas que están detrás —continuó la cazadora—. De lo que sufren y lo que padecen en su vida de esclavos. Trabajar en la recogida de algodón es una pesadilla.

En ese momento, me sentí fatal por ellos. ¿Cómo no me había dado cuenta de todo eso? Pero la pena tan solo me duró unos segundos. De repente, se convirtió en rabia. ¡Yo solo era una niña! No tenía por qué saber todas esas cosas tristes. No me gustaba nada que la cazadora me hablase así, era como si me estuviese riñendo por algo que ni siquiera conocía.

—¡Ahora todo eso ya da igual! —dije, muy enfadada—. Estoy muerta. Lo que le sucede a los vivos ya no es asunto mío.

—¿Eso quiere decir que ya has entrado en razón y estás dispuesta a venir conmigo al Más Allá?

—¡No! Quiero quedarme aquí, en el hotel— me rebelé—. Me parece muy bien que usted se dedique a cazar muertos y me alegro de que sea muy feliz en su trabajo —dije de corrido, como si alguien me hubiese dado cuerda—. Pero yo no me siento preparada para irme con usted. Quiero quedarme aquí, en mi casa —afirmé cruzando los brazos para darle a entender que la discusión había finalizado.

—¡Pero mira que eres testaruda! Con esa inocencia tuya vas a durar aquí cuatro días. Te van a comer viva.

—¡No me diga! ¿Y quién me va a comer, si nadie puede verme ni escucharme?

Nicotina me miró con atención desde las cuencas negras donde un día habían estado sus ojos y me advirtió de algo con lo que yo no contaba.

—No falta mucho para que recibas la visita de otros muertos que van a hacer todo lo posible para echarte de este lugar. Un edificio solo puede ser habitado por fantasmas si alguien ha fallecido en su interior. Al morir tú, hay carta blanca. Te aseguro que hay fantasmas que desearás no conocer. ¡Te van a hacer papilla!

—No será para tanto —insistí yendo de valiente, aunque por dentro estaba muerta de miedo.

—De acuerdo. Te doy la oportunidad de pensarlo. Pero solo lo hago como excepción, porque me caes bien y porque sé que mi hermano debía de tenerte gran estima. La pluma cheyene que te

regaló es la prueba —me explicó poniéndose de pie—. Volveré dentro de unos días para ver si ya lo has pensado mejor. Te aconsejo que dejes de comportarte como si aún estuvieses viva. En cuanto asumas que eres una difunta, podrás atravesar paredes, volar sin enganchar la falda del vestido y hasta comunicarte con los vivos. ¡Y ahora venga, acompáñame a la salida!

Dicho esto, Nicotina echó a andar y atravesó la pared. Yo traté de hacer lo mismo diciéndome a mi misma «soy una difunta, soy una difunta, soy una difunta». Pero me llevé un golpetazo en toda la cara que me dolió como si estuviese viva.

—¡Cuando asumas que estás muerta, también dejarás de sentir el dolor de una manera tan intensa! —sonó la voz de Nicotina desde el otro lado de la pared.

—¡Cazadora de difuntos del demonio, que todo lo sabe y todo lo entiende! —bufé, rabiosa.

Para salir del hotel tuve que emplear el método tradicional: la puerta. La abrí con sigilo para no despertar a nadie y salí del edificio. Y entonces, nada más entrar en contacto con la oscuridad a cielo abierto, me sentí más libre que nunca. Era como si todo hubiese cambiado. Percibía la noche con mayor nitidez que cuando estaba viva, más fresca. Siempre me había dado miedo salir a la calle cuando empezaba a anochecer. Pero ahora no. Ahora las tinieblas me parecían apetecibles, casi fabulosas. Alcé la mirada y descubrí a Nicotina montada en la diligencia mortuoria. Delante de aquel vehículo que estaba algo estropeado iban tres caballos grises que la vaquera se encargaba de dirigir. Estaban tan flacos que daban escalofríos. La estructura de madera de la diligencia estaba cubierta por un toldo lleno de agujeros. Supuse que debajo del toldo se encontraban los muertos que Nicotina había cazado esa noche.



—Si quieres, puedes venir a echar una ojeada —me propuso la esqueleta—. Hay un par de muertos que se pusieron bravos, pero de poco les sirvió. ¡Esta noche llevo lo mejor de cada casa! —se regodeó echando una densa nube de humo por la pipa.

Di unos pasos hacia la diligencia, intentando parecer valiente. No entendía porqué nadie me había explicado que los muertos también sienten miedo e inseguridad.

—¡Vamos, aprisa, que no tengo toda la noche! —dijo Nicotina metiéndome presión.

Me armé de valor, aparté el toldo y metí la cabeza. En ese momento, fue tal el susto que me llevé, que sentí como mi cabello se ponía todo de punta y que los globos oculares se me salían por fuera de las cuencas. Di semejante grito que varios huéspedes del hotel abrieron las ventanas. Ni siquiera me di cuenta de que por fin había conseguido que mi voz fuese escuchada por los vivos. En aquel instante solo podía pensar en aquello tan aterrador que tenía delante de mis ojos.

Capítulo 4

MEDIA DOCENA de fantasmas estaban sentados en el interior de la diligencia mortuoria, atados todos con una cuerda de las que Nicotina usaba para cazar. Ella me contó la historia de todos. Uno de ellos, llamado el Ahorcado, tenía un pescuezo que casi llegaba al metro de longitud. Parece ser que se le había estirado de estar tanto tiempo colgado de la horca. Era feísimo, pero lo que más me desagradó fue la larga lengua verde que le asomaba entre los labios. En cuanto mi cabeza se asomó al interior de la diligencia, se dio semejante mordisco en la punta de la lengua, que esta le cayó al suelo y se quedó retorciéndose entre sus pies como la cola de una lagartija. Los dos empezamos a gritar al mismo tiempo. Al instante sentí cómo los ojos se me salían un poco hacia fuera de las cuencas. Mi melena pasó por diferentes fases. Primero se me erizó toda de golpe. Fue como si me diesen una descarga eléctrica en la cabeza. Pensé que iba a quedarme ese peinado para siempre, pero entonces empezó a oler a quemado y todos y cada uno de mis pelos se pusieron tiesos como alambres.



Al lado del Ahorcado estaba Machucati, un italiano que había sido pisoteado por una manada de bisontes que huía en estampida. Los ojos se le descolgaban cada dos por tres. Él trataba de meterlos dentro de las cuencas, pero se le caían una y otra vez. Daba pena verlo. Me pareció entrañable. Los otros cuatro fantasmas que viajaban en la diligencia mortuoria eran una familia: la madre, el padre y sus dos hijos pequeños. Resultaron muertos durante un incendio fortuito que se había producido en su casa. Sus caras estaban negras, echaban humo por la cabeza y de vez en cuando también les salían pequeñas humaredas grises del interior de las orejas. Nicotina se refirió a ellos como los Infiernos. Me habría gustado tener toda esta información antes de conocerlos, para ahorrarme la impresión que llevé.

—Disculpen la intromisión —dije.

Estaba tan nerviosa que la voz me salió más aguda de lo normal. Y dicho esto, saqué la cabeza de la cortinilla. Ya tenía suficiente. No quería saber nada más de aquellos desgraciados. Cuando la vaquera descubrió mi nuevo peinado, rompió a reír.

—Esmeraldina, ¿qué te ha pasado? ¡Tienes el pelo frito!

Palpé mi cabeza. Picaba como un cactus.

—No sé qué me está sucediendo —reconocí—. No controlo mi cuerpo.

—Eso es que tu anatomía empieza a asumir la muerte. En cuanto tu cerebro descompuesto asimile también lo que te ha sucedido, serás Escarlatina y defenderás tu nombre y tu condición con honor.

—Yo no quiero estar muerta —me limité a decir.

—¡Pues peor para ti! —gritó espoleando a los caballos para que emprendiesen la marcha—. ¡Nos veremos pronto, pelo frito!

Y los caballos empezaron a galopar, relinchando con un sonido agudo y endemoniado. Lo último que escuché allí fueron las risotadas de Nicotina entrando en el territorio del Más Allá. Y antes de que la diligencia desapareciese en la distancia, vi algo que se quedó grabado en mi mente: en la parte trasera del vehículo, agitándose por la inercia del movimiento, colgaba un letrero con una cara dibujada. Vi aquel rostro solo durante unos segundos, suficientes para sentir escalofríos. Tenía fuego en los ojos y dientes de tiburón. Debía de ser muy peligroso. Encima del retrato aparecían escritas en letras mayúsculas las palabras «SE BUSCA DIFUNTO». Y debajo la recompensa que ofrecían por la captura de ese muerto: 500000 macabrolares. A continuación, el vehículo fue engullido por las tinieblas. Suspiré con cierto alivio.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a la noche.

No hubo tiempo para responder. La puerta principal del hotel se abrió de golpe y salieron varias personas portando quinqués, candiles... y también palos. Papá, la abuela y Amancio, el dueño del hotel iban en primer lugar. La abuela estaba muy simpática con el atavío que usaba para dormir: llevaba un camisón blanco con volantes y una cofia. Papá dormía con un pijama de cuerpo entero, que tenía botones hasta el cuello. Amancio parecía una señora. Lo único que lo diferenciaba de la abuela era que su camisón no tenía volantes y que en lugar de cofia llevaba un gorro de dormir con un pompón colgado en la punta.

—¿Quién anda ahí? —gritó él con muy malas pulgas, agitando la cachiporra que llevaba en la mano.

Me di cuenta al instante de que todos habían salido de la cama alertados por mis gritos. Por primera vez desde mi muerte, me alegré de ser invisible para ellos. Sobre todo por lo que sucedió a continuación.

—Era un grito de niña —comentó un huésped.

—A mí me pareció un animal —apuntó otro.

—¿Sería un animal que atacó a una niña? —preguntó un tercero.

—Es muy probable —sentenció Amancio—. Que alguien vaya a buscar al *sheriff* y lo saque de la cama inmediatamente. ¡Y que no se corra la voz! Esto es una pésima publicidad para mi negocio.

—Pues a mí me parece la voz de mi hija —se sinceró mamá con timidez, abriéndose paso entre la multitud.

Tenía ojeras y llevaba los bucles recogidos en un moño. Por encima de los hombros se había

puesto un chal de calceta negro y azul que a mí me encantaba. Sostenía un candil de aceite que emitía una llama débil y temblorosa haciendo refulgir sus ojos de esmeralda. Amancio la miró con cara de «esta mujer ha perdido la chaveta». Varias personas empezaron a murmurar por lo bajo.

—¡Sí, era la voz de mi Esmeraldina! —dijo la abuela confirmando las palabras de mamá.

—Señoras, creo que deberían volver a la cama. No les hace nada bien este fresco. Es evidente que les está afectando a la cabeza —les espetó Amancio poniendo los ojos en blanco.

Yo miré a papá. Tenía la frente toda arrugada. Conocía esa expresión, era la cara que ponía cuando estaba a punto de estallar. Pero esta vez tenía que contenerse. Enfrentarse a Amancio podía suponer que los echaran del hotel y quedarse sin casa ni trabajo. No era la primera vez que pasaba algo así.

—Venga, volvamos a dentro —sugirió papá cogiendo a mamá de la mano y a la abuela de la cintura.

—¡Pero tú también has escuchado la voz de nuestra hija! —insistió mamá—. Tú mismo me lo has dicho.

—¡Eso, Marieta! Siga los consejos de su marido, que le irá mucho mejor —le dijo Amancio—. No me gustaría nada que los clientes del hotel pensarán que los miembros de la *Brigada de cocina* están locos de verdad. Me vería en la obligación de contárselo a las autoridades para que los trasladasen a un lugar apropiado para los enfermos mentales. ¡Y ahora venga, todo el mundo a sus dormitorios! —ordenó de malos modos—. Ya se encargará el *sheriff* de resolver lo que haya que resolver.

—Así te atragantes con un hueso de rabo de toro hasta que te pongas morado —gruñó la abuela por lo bajo, cuando ya se habían distanciado unos pasos.

—Mamá, no te pongas tremenda —le dijo mi madre en voz muy baja, para que nadie pudiera escucharla.

Y sin más, mi familia se retiró hacia sus habitaciones cargando con una doble pena: la de mi muerte y la de la incomprensión. Incapaz de contener la rabia que corría por el interior de mi cuerpo de fantasma, cogí aire por la boca para gritar a todo pulmón: «¡Amancio, maldito, estoy aquí! ¡Mis padres y mi abuela dicen la verdad!». Pero justo cuando iba a hacerlo, sentí una dolorosa picadura en el dedo gordo de mi pie izquierdo que me obligó a parar.

—¡Auuuuuu! —fue todo lo que alcancé a decir, pero en esta ocasión ninguno de aquellos vivos me escuchó.

Allí abajo, delante de mi pie, una araña enorme me miraba con cara de pocos amigos.

—*Peggggro* tú qué *pgggretendes*, ¿*complicaggggr* las cosas aún más? —me preguntó la araña con un marcado acento francés.

Todo empezó a dar vueltas y más vueltas. ¿Qué me estaba sucediendo? No sabía que los fantasmas se pudiesen marear, pero la sensación de que mis ojos empezaban a girar en espiral era tan auténtica que noté que estaba a punto de perder el conocimiento. Lo último que vi antes de desmoronarme en el suelo fue la cara de Amancio, gritándole con la boca abierta como un hipopótamo a uno de los empleados del hotel. Luego, todo se volvió negro, negrísimo, como la noche.

Capítulo 5

CUANDO DESPERTÉ, todo el hotel dormía de nuevo como si nada hubiese sucedido. Me incorporé lentamente, tratando de hacer memoria. ¿Qué me había ocurrido? Tenía la sensación de llevar horas y horas sin conocimiento. Noté cosquillas en la cara. Era aquella araña, que estaba paseando a sus anchas por mis mejillas.

—¡*Poggggr* fin! —exclamó—. No te *despegggrtabas*. Estaba a punto de *ponegggr* unos pololos, una enagua y una falda y *empezaggggr* a *bailaggggr* un cancán encima de tu *fgggrente*.

—Pero ¿qué ha pasado?

—He tenido que *inyectaggggrte* veneno con una *picaduggggra paggggra evitaggggr* que te *descubgggrieras* delante de toda esa gente.

—¿Y a ti quién te manda inyectarme nada? —le respondí furiosa, dándole un manotazo que la hizo volar por los aires y aterrizar en el suelo.

Sabía que eso no estaba nada bien, pero no lo pude evitar, me salió sin pensar. Empezaba a hartarme de que los muertos decidiesen por mí. Primero Nicotina, empeñada en llevarme al Más Allá, y ahora la patuda esta tan insolente. ¡Yo era una niña, no una marioneta!

—¡*Mon Dieu!* ¡Vaya genio! ¡*Debegggrías estaggggrme aggggradecida!* —protestó rascándose el golpe que se había llevado en la cabeza por la caída con tres de sus patas—. Te he *libgggrado* de una buena.

—¿Agradecida? Tú estás chalada.

—¿Qué *cgggrees* que *haggggría* toda esa gente si supiese que sigues aquí, *entgggre* ellos?

No supe qué contestar. Ignoraba cómo se trataban los asuntos del Más Allá entre los vivos.

—Te lo voy a *deciggggr* yo —continuó la araña—. *Llamaggggrían* a uno de esos *exoggggrcistas*. ¡O *peoggggr* aún, a un espantafantasmas! Tu familia *acabaggggría* expulsada de este hotel y tú metida *dentgggro* de un *taggggrro* de *cgggrystal*. ¡*Seggggrías* un vulgar sucedáneo de fantasma! ¡Ectoplasma!

Había escuchado hablar de los espantafantasmas. No era un tema que las personas adultas trataran delante de una niña. Era una de esas cosas que requerían espiar desde detrás de una puerta o de una pared, de esos asuntos que los niños sabemos que no son de nuestra incumbencia, pero nos pica tanto la curiosidad que acabamos haciendo lo posible para conseguir información.

—Mi abuela dice que los espantafantasmas son unos engañabobos —añadí, algo arrepentida por el golpe que le había propinado.

—Tu abuela puede *deciggggr* lo que le dé la gana, *pegggro* yo te *asegugggro* que los *mayogggres* enemigos de los *muegggrtos* son los espantafantasmas. Son muy *peliggrosos* para *nosotgggros*.

—¿Y quién eres tú, si se puede saber? —le pregunté al darme cuenta de que aún no sabía quién

era aquel bicho ni de dónde había salido.

—Yo soy lady *Hogggrrreugggr*, una *agggraña eggrrante*. Nací en *Bgggrasil*, me *cgggrié* en *Paggggrís y moggggrí* en *Inglategggrra* el año pasado.

—¿Y qué haces en el Hotel Fantastique?

—Una vez *muegggrta*, subí a un *baggggrco* sin *conocegggr* su destino. Me metí en la maleta de un *hombgggre* que viajaba en *pggggrimegggra* clase. *Gggresulta* que se hospedó en este hotel. Me gustó tanto que decidí *instalaggggrme* aquí.

Pensé detenidamente en las palabras que me había dicho Nicotina. Había algo que no me cuadraba.

—La vaquera cazadora de difuntos me explicó que un edificio solo puede ser habitado por fantasmas si alguien falleció en su interior. De ahora en adelante, como yo he muerto aquí, pueden presentarse fantasmas para robarme la casa. Pero si tú ya vivías aquí antes, no entiendo nada.

—Yo puedo *vivigggr* aquí *poggggrque* antes *mugggriegggron otgggras agggrañas* en el hotel.

—Ya comprendo —admití—. Así que la regla esa va por especies. ¡Qué forma más rara de funcionar tiene el mundo de los muertos! —dije después de suspirar.

—No es tan difícil. En cuanto te adaptes a tu nueva condición, todo *igggrá sobgggre gggruedas*.

Yo no lo tenía tan claro, pero preferí seguirle la corriente.

—¿Y ahora qué se supone que somos tú y yo? ¿Amigas?

—Llevo *hoggggras obsegggrvando* cómo haces el *gggridículo*. No te enfades, *pegggro egggres* una fantasma bastante patética. Yo me *ofgggrezco* a *enseñaggggrte* lo que sé del Más Allá. ¡Me *ofgggrezco* a *enseñaggggrte* a *segggr* una fantasma *magnifique*!

No me gustó que me llamase fantasma patética, pero eso de ser una fantasma *magnifique* sonaba muy bien. Aquella araña parecía saber de lo que hablaba.

—¿Y a cambio, qué quieres? —le pregunté. No había que ser muy lista para darse cuenta de que el ofrecimiento de lady Horreur escondía algo más.

—Solo compañía. Estoy *abugggrridísima*. Las *otgggras agggrañas* de este hotel me *abugggren sobegggranamente*. Les falta chispa y yo necesito un cambio *gggradical* en mi vida.

¡Caramba! Aquella araña era muy curiosa. Hablaba como un ser humano. Pero no acababa de fiarme de ella.

—¿Y si lo nuestro no funciona? ¿Si resulta que nos caemos mal? —le pregunté.

No quería ofenderla, pero pensaba que lo mejor era dejarlo todo claro desde el principio, para evitar malentendidos.

—Pues cada una *seguigggrá* su vida de fantasma *poggggr* su lado. Sin *gggrecoggggr*.

—No sé si fiarme. Ya he visto que a la mínima inyectas el veneno ese para atacar.

—*Tgggranquila*, tú ya estás *cadávegggr*. No puedo *envenaggggrte*, solo *hacegggrte pegggredegggr* el conocimiento. Cuando estaba viva, *egggra* mucho más eficaz. He matado *hombgggres*, *mujegggres* y caballos de una sola *picadugggra*. ¡Qué tiempos aquellos, *sacrebleu*! —exclamó con nostalgia.

¡*Caray con la araña!*, pensé. Pero no lo dije. Me vendría muy bien tener una compañera. La soledad no estaba hecha para mí. Ningún niño debería sentirse solo. ¡Nunca! Ni siquiera una niña fantasma.

—Muy bien, pues trato hecho —dije—. Ahora somos un equipo. ¿Por dónde empezamos?

—¡Pues por celebrarlo con una cena en condiciones! ¿No tienes hambre?

Nada más escuchar hablar de comida, algo empezó a rugir dentro de mi cuerpo con una furia desconocida.

—Lo imaginaba —añadió lady Horreur burlándose—. ¡Venga, a la *cuisine!* *Vegggrás* los *manjagggres* que *encontgggramos* allí.

Yo me había criado en esas cocinas. Sabía de sobra dónde estaba cada cosa. Pero por alguna extraña razón, las golosinas que antes hacían que me chupara los dedos, ahora no me apetecían nada. Me parecían asquerosas. Pensé en las natas que preparaba la abuela, en su pastel de carne, en el *coulant* de chocolate, en las napolitanas dulces y saladas... y sentí que se me revolvía la cavidad donde un día había estado el estómago.

—¡Puaj! —grité escupiéndolo en el suelo tres veces seguidas.

—De puaj nada —me riñó lady Horreur, yendo de nuevo de sabihonda—. Deja de *pensaggggr* como una viva. Te voy a *enseñaggggr* lo que es bueno.

Entramos en el hotel sigilosas como las fantasmas que éramos, y fuimos hacia la cocina. ¡Cuántos recuerdos me traía aquel lugar! Allí había aprendido a preparar habas con setas, langostinos con gabardina, profiteroles, manzanas asadas con vino de Oporto... allí me había convertido en una niña que soñaba con ser tan buena cocinera como mi madre y mi abuela. En una niña que sabía recitar de corrido la carta del Hotel Fantastique, con los entrantes, primeros, segundos y postres. Pero todos aquellos platos por los que suspiraba días atrás, ahora me parecían repugnantes.

—¿Lady? ¿Dónde te has metido?

Estaba claro que no podía despistarme ni unos segundos. La había perdido de vista.

—¡Estoy aquí *dentgggro!* —gritó desde el interior del cubo de basura—. Ven, anda, *vegggrás* qué cosas más *gggricas* hay aquí.

Abrí los ojos hasta que sentí que estaban a punto de descolgarse, como a aquel pobre difunto italiano que viajaba en la diligencia mortuoria.

—¿No pretenderás que me meta ahí dentro? —protesté. No quería manchar mi vestido por nada del mundo.

—*Esmegggraldina*, ¿*quiegggres seguigggr* siendo una fantasma patética o no?

—¡Buf! —protesté antes de coger fuerzas para entrar en el cubo.

Una de las cosas positivas de estar muerta era que la oscuridad ya no era tan oscura. O si lo era, algo había cambiado en mi forma de percibirla. Los fantasmas vemos de maravilla en el medio de la noche. Como los gatos o los linceos. No necesitamos candiles ni quinqués. Nos bastan nuestros ojos grandes y brillantes.

Dentro del cubo había sobras y desperdicios de tres días. Lady Horreur estaba dando buena cuenta de unos muslos de pollo ligeramente podridos y, para mi sorpresa, olían que daba gusto.

—¿Desde cuándo las arañas comen carne de pollo?

—Tú no sabes lo que es bueno. Venga, fantasma novata, ¿a qué *espegggras paggggra pgggrobagggr* alguno de estos *manjagggres*? Es muy fácil, solo tienes que *dejaggggrte llevaggggr* *pogggr* su *agggroma*.

No me veía capaz de semejante cosa.

—Pero estoy muerta. No sabía que los muertos podían comer —admití.



—¡Qué *tgggrabajo* me estás dando! —protestó poniendo los ojos en blanco—. Inténtalo. En la *muegggrte*, como en la vida, todo es cuestión de *pgggráctica*.

Empecé a estudiar con atención lo que había dentro del cubo. Mis pies reposaban sobre una carne de consistencia blanda con apariencia de colmena. *Estómago de ternera*, pensé. La abuela lo había cocinado hacía unos días. Era una de esas cosas que yo nunca quería probar. Me di cuenta de que mi vestido estaba embadurnado en una sustancia verde y viscosa que no supe identificar. Mojé un dedo y lo chupé para ver a qué sabía.

—¡Mmmm! —fue todo lo que acerté a decir.

—¡Ya te lo había dicho yo! Debe de *seggr bilis*. ¡*Gggrica, gggriquísima!*

De la bilis pasé a unas manitas de conejo. Siempre había pensado que el pelo era poco digestivo, pero a mí me sentó de maravilla. De segundo comí picos, plumas y uñas de gallo. Con los picos y las uñas tuve alguna dificultad, ya que los muertos no masticamos. Se hicieron bola y no era capaz de tragarlos, así que no me quedó más remedio que escupirlos. De postre me comí media docena de moscas verdes. Me costó una barbaridad cazarlas. ¡Cómo se resistían las condenadas! Cuando las metí en la boca, me hicieron cosquillas en la lengua, rebotando contra mi paladar al tratar de huir. Fue toda una experiencia. Un estallido de sensaciones.

—Tienes mucho *mejoggr* aspecto —comentó lady Horreur cuando acabamos de cenar, con la barriga hinchada como un odre.

Estaba tumbada sobre mi estómago, haciendo la digestión.

—Me gustaría mucho verme en un espejo. Nicotina me dijo que tengo la cara azul.

—Pues *eggres* una *muegggrta* bastante decente. *Pegggro* tu *cuegggrpo* aún no se muerteó del todo, por eso tuviste que escupir los picos y las uñas.

—¿Muer-qué? —le pregunté.

—Que aún no te has *tgggransfogggrmado* completamente en difunta. Es cuestión de *hogggras*, no te *pgggreocupes*. ¡La *natugggraleza* sigue su *cugggrso!*

Estuvimos de cháchara un buen rato, contándonos cosas de antes de que sucediesen las tragedias de nuestras muertes. Yo le hablé de cómo era la vida de una niña que vive en un hotel francés plantado en el Salvaje Oeste, y ella me contó su experiencia de araña errante. ¡La de gente que había matado lady Horreur a base de picaduras! Era una asesina infalible e implacable. Les clavaba sus colmillos rojos a las víctimas y ya no había vuelta atrás. Muerte segura. Le pregunté si no se sentía mal después de cometer los crímenes. Lady Horreur me explicó que esa era la naturaleza de las arañas errantes.

—Yo nací asesina, *quegggrida*. La sensación es *incompagggrable*. Mi *madgggre* me enseñó la consigna: *jescogegggr* la víctima, *acechaggr* y *atacaggr* sin *dudaggr!* ¡Qué felices *égggramos* las dos cazando juntas!

—¿Como cuando yo cocino con mamá y con la abuela?

—Pues sí, supongo que es algo muy *pagggrecido*. ¿*Gggreconfogggrtante, vegggredad?*

Le dije que sí con la cabeza. Después de la comilona, me pesaban tanto los párpados que me daba pereza hasta hablar. Cobijadas entre la pestilencia de los desperdicios que se descomponían en el interior de aquel cubo, nos quedamos profundamente dormidas, una sobre otra.

Capítulo 6

LOS SIGUIENTES DÍAS fueron muy intensos. Lady Horreur había planificado un entrenamiento bastante completo para llevar a cabo mi formación. Estaba decidida a enseñarme las cuestiones básicas que debe saber cualquier fantasma:

- 1.- Volar y aterrizar sin quedarse enganchada en los objetos aéreos.
- 2.- Atravesar puertas y paredes sin darse golpes en la cara.
- 3.- Reflejarme en los espejos sin gritar como una posesa al ver mi cara de difunta.
- 4.- Comunicarme con los vivos.

Además de estas clases prácticas, también recibí alguna clase teórica. Lady Horreur me fue desvelando las claves del funcionamiento del Más Allá. Tuve que aprender muchas cosas nuevas. Por ejemplo, los días de la semana: puses, muertes, mármoles, cadáveres, vermes, sábana y difuntos.

—El *pgggróximo* puses tienes que *seggr* capaz de *volaggr* sin mi ayuda, y el sábana ya *debeeggrias podegggr hablaggr* con los vivos —me dijo Lady en una ocasión.

Y claro, no pude contener la risa con los nombres de la semana. Intenté ser discreta, pero ella no me pasaba una.

—No sé qué te hace tanta *gggracia*. ¡Esta es una cosa muy seria!

Y tanto que lo era. Sobre todo el delicado asunto de comunicarme con los vivos. Lady me había enseñado la diferencia entre hablar con vivos y con muertos. Para que los vivos escuchen lo que dicen los muertos, hay que concentrarse mucho y lanzar la energía fantasmal de un golpe, en lugar de poco a poco, como hacen los humanos cuando hablan. ¡Todo lo que tuve que ensayar!

También descubrí algo insólito: podía hacerme oír y ver por una sola persona aunque estuviese en una sala llena de gente. Eso requería de una concentración especial. Lo mejor fue cuando llegó el momento de ponerlo en práctica. Tal y como lady Horreur había planeado, sucedió el sábana. Era una jornada de mucho trabajo en el hotel. El día anterior había llegado un cocinero portugués y todo el mundo estaba expectante. Iban a servir un menú diseñado por él. Por supuesto, bajo la supervisión de la abuela, que le dio el visto bueno a todos los platos. Era una comida espléndida. Los entrantes consistían en unos aperitivos, unos tomates asados con queso gratinado y orégano y una sopa de gallina. De primero había aguacates rellenos de langostinos, de segundo bacalao a la portuguesa y para acabar, pasteles de Belém. Era evidente que mamá y la abuela habían intervenido para que el chef portugués escogiese ese postre y no otro. Era su manera de tenerme presente.

Amancio estaba bastante nervioso. Tenía huéspedes de mucha categoría alojados en el hotel, entre ellos el *sheriff*, y quería que todo saliese a la perfección. Por eso no paraba de visitar las cocinas cada cierto tiempo. Allí dentro le gritaba a todo el mundo, haciéndole la vida difícil al

personal. Mamá, papá y la abuela, cada vez que lo veían entrar por la puerta, empezaban a sudar.

—¿Este Amancio es un *gggrancio insopogggrtable!* —me dijo lady Horreur—. ¿Qué te *pagggrece* si *pggggracticas* con él la comunicación selectiva con los vivos? ¿Le podemos *dagggr* un susto de *muegggrte!*

La idea me pareció estupenda. Sobre todo cuando me explicó paso a paso en qué consistía su plan.

—¿Pero eso es posible? —pregunté, nada más escuchar lo que tenía entre manos.

—¡*Poggggr* supuesto que sí! *Vegggrás* qué fácil y *divegggrtido*.

Esperamos a la hora de la cena. Las dos estábamos impacientes. Como yo sabía el orden en que papá mandaba a los camareros servir el menú, no fue difícil localizar el plato de sopa que acabaría delante de las narices de Amancio. Estaba sentado en el centro de la mesa presidencial, que era la primera que los camareros debían atender. Tuvimos que actuar con rapidez, antes de que los camareros cogiesen los platos y los llevasen al comedor. Mamá, vestida con su mejor mandil, iba llenando los platos con la sopa y colocándolos sobre la mesa central de la cocina. Esperamos escondidas debajo y, tal y como habíamos acordado previamente, en cuanto Lady me dio el aviso, empecé a desenroscarme los ojos a toda velocidad. ¡No era tan difícil como pensaba! Hasta me alegré de saber que eran desmontables. Ñi, ñi, ñi... Era como sacar el corcho de una botella de vino. Les daba vueltas y salían poco a poco. Cuando acabé de desenroscarlos hicieron ¡plop! Entonces volé hasta colocarme encima de la cabeza de mamá, que estaba llenando el plato de Amancio. Me dieron ganas de decirle: ¡Hola mamá, estoy aquí! ¡Mira, no tengo ojos y puedo volar! Una pena, pero no había tiempo para eso. En cuanto ella se dio la vuelta, lancé los ojos dentro de la sopa. Tuve que apretar la mandíbula para no soltar un grito. ¡Estaba hirviendo!

Para la segunda parte del plan, la ayuda de lady Horreur era determinante. La necesitaba para orientarme, porque al tener los ojos metidos en el plato de sopa, solo veía fideos y carne de gallina; no sabía lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Mientras tanto, mi instructora se colocó sobre una de mis orejas y me iba diciendo: ¡Izquierda, derecha, recto, arriba, abajo, cuidado con la columna! Y de esta forma me fue guiando hasta la mesa presidencial.

—Sopa de solomillo de gallina con fideos finos —anunció el camarero mientras dejaba los platos sobre la mesa.

Yo estaba flotando en el aire justo al lado de una de las orejas de Amancio esperando la señal de lady Horreur. Cuando ella me lo indicó, le hablé al oído tal y como habíamos practicado: soltando toda la energía fantasmal de golpe.

—Amancio el rancio, tienes los días contados.

Él dio un salto en la silla y empezó a mirar a derecha e izquierda, incómodo. Pero no encontró al culpable. Intentó tranquilizarse dándole un trago a la copa de vino. Posiblemente pensó que había sido producto de su imaginación, o de los nervios de las últimas horas. Se recolocó en la silla y llenó la cuchara de sopa, haciendo como si no hubiese pasado nada. Se la acercó a la boca y entonces fue cuando me concentré al máximo y empleé todos los conocimientos que había aprendido de lady Horreur para hacer visibles partes concretas de mi cuerpo. ¡Y vaya si lo conseguí! Amancio descubrió que uno de mis globos oculares estaba mirándolo fijamente desde aquel universo de fideos. El hombre, cuando descubrió un ojo flotando plácidamente en su cuchara, dio un grito y de la impresión se echó hacia atrás y se cayó, con silla y todo. Quedó patas arriba, como un bicho indefenso. Aprovechando el desconcierto de los comensales, que se

acercaron a él para ayudarlo a incorporarse, Lady y yo cogimos mis ojos y volví a enroscarlos en su sitio.

—¡Hay un ojo humano en mi sopa! —gritó Amancio desde el suelo.



Un comensal se puso a revolver en su plato en busca del supuesto ojo, pero no dio con él.
—Aquí no hay nada, señor Amancio.

—¿Me estás llamando mentiroso? —preguntó él, ya en una postura más digna, acercándose para observar el fondo del plato.

Los camareros y los comensales que llenaban el restaurante murmuraban por lo bajo cosas del estilo: «*Este hombre ha perdido la cabeza*», «*Está como una cabra, no sabe lo que dice*», «*Ya te había dicho yo que era un tipo muy raro*»...

Minutos después del incidente, cuando el salón recuperó la normalidad, lady Horreur me animó a continuar con el plan.

—Vamos, ya los tenemos donde queríamos. ¡Hay que seguir!

Estábamos flotando muy cerca del techo, una al lado de la otra. No había pensado en las cosas tan divertidas que podían hacer las masas fantasmales. Tal vez Nicotina estuviese en lo cierto y ser una difunta no fuese tan malo. Mientras cavilaba en estas cuestiones, vi como papá se acercaba a Amancio. Descendí un poco para escuchar la conversación.

—Señor, acaban de comentarme que se ha producido un incidente con su sopa —le dijo mi padre muy amablemente.

—¿Incidente? —gritó Amancio, soltando saliva por la boca—. No quiero escuchar ni una sola palabra. Prepárense los tres, usted y esas dos cocineras de pacotilla, porque esto no va a quedar así.

Entonces, entré en cólera. Toda la rabia que no había experimentado cuando era una niña la experimentaba ahora, dentro de mi cuerpecito de fantasma. ¿Cómo se atrevía a dirigirse a mi padre de forma tan grosera? Sentí una especie de frío quemándome por dentro. Como si la rabia enfriase mi interior.

—Este bocazas va a saber lo que es bueno —afirmé.

Lady Horreur rio por lo bajo. En el fondo estaba encantada con mi enfado; sabía que iba a darle un escarmiento a aquel ser tan despreciable. ¡Lo tenía merecido! Antes, cuando estaba viva, jamás habría tenido pensamientos como esos. Pero ahora que era una fantasma, mi naturaleza había cambiado. Empezaba a sentirme distinta, más poderosa. Sin dudar, bajé hasta ponerme a la altura de Amancio. Me metí debajo de la mesa, desaté los nudos de sus zapatos y até unos cordones con los otros, los del pie derecho con los del pie izquierdo. Mientras yo realizaba esta maniobra, lady Horreur se encargó de desabotonarle los pantalones. Pero yo no quedé contenta con eso. Todavía quedaba una advertencia que hacerle. Me pegué bien a su oreja para que no se le escapase ni una sola palabra:

—Amancio el rancio, escúchame bien. —Él se puso todo tieso en la silla, masticando con fuerza los langostinos que llenaban los aguacates del primer plato—. ¡Cómo me entere de que le causas algún mal a un miembro de mi familia, te hago puré!

Amancio se atragantó y empezó a toser. El problema era que por mucho dinero y mucho poder que tuviese, la educación no era una de sus cualidades. Tosió abiertamente, sin cubrirse con la mano, y varios trozos de langostino salieron volando del interior de su boca para aterrizar en diversos puntos de la mesa: dentro de una copa de vino, sobre el plato del comensal que tenía enfrente, en el peinado de la mujer del *sheriff*... ¡Un desastre! La gente miraba horrorizada las porciones de langostino volando en todas las direcciones y la cara de Amancio, roja como un pimiento morrón. Un espectáculo bochornoso.

—Ten esto presente, te voy a estar vigilando —continué, dispuesta a decirle todo lo que me corroía por dentro—. De ahora en adelante, vas a tratar a toda la *Brigada de cocina* como si

fuesen reinas.

Miré un momento hacia la derecha y descubrí a lady Horreur aplaudiendo emocionada con sus ocho patas.

—A la mínima, volveré para arruinar tu reputación —concluí, sin ni siquiera saber de dónde me habían salido todas esas palabras que sonaban tan bien.

La traca final fue cuando me coloqué delante de él, flotando encima de la mesa, y me mostré únicamente para sus ojos durante unos segundos. Se le desencajó la cara. La mandíbula le quedó colgando y empezó a hacer pucheros, como los bebés cuando están a punto de romper a llorar. Como la lección de materializarme para los vivos no la tenía muy controlada, en vez de mostrarme entera, solo logré que Amancio viese mi boca y mi pelo. Fingí que esa había sido mi intención, haciendo como si nada:

—¿Te ha quedado claro, Amancio? —le solté para finalizar, tratando de torcer la boca en un gesto fantasmagórico y terrorífico.

Él movió la cabeza muy levemente, de arriba abajo, sin apartar la vista de mi cuerpo.

—¡No te oigo!

—¡Síííí! —dijo por fin mientras echaba su silla hacia atrás, dispuesto a salir corriendo del salón.

Nada más ponerse en pie, los pantalones se le escurrieron por las piernas y se quedó en calzones. Intentó subirse los pantalones, pero ya no pudo. Dio un paso hacia adelante y los nudos hicieron su trabajo: cayó de morros sobre la moqueta. Todo el salón estalló en una carcajada monumental al ver al pobre hombre tumbado boca abajo. El *sheriff* se irguió solícito para ayudarlo, pero el ridículo ya estaba hecho.

Una pena que mamá, papá y la abuela se hubiesen perdido el espectáculo. Estarían orgullosos de mí. Lady y yo nos fuimos hacia las cocinas muertas de la risa, nunca mejor dicho. No recordaba pasarlo tan bien desde hacía muchísimo tiempo.

—¡Dicen que se atragantó con los langostinos y que luego se le cayeron los pantalones! —comentaba mamá con la abuela.

—Acabo de verlo en calzones —confirmó papá—. ¡Qué cuadro! ¡Va a ser la comidilla del año en cien kilómetros a la redonda! —añadió, divertido.

—Le ha estado bien —comentó la abuela—. No sé quién le ató los zapatos, pero tiene mi admiración. ¡Tremendo!

En cuanto escuché estas últimas palabras dichas por mi abuela, no me pude contener. Descendí hasta ponerme muy cerca de ellos y cerré los ojos, imaginando que los cuatro nos fundíamos en un abrazo tan caluroso como el sol que calienta las grandes llanuras, cuarteando la tierra. Esa era una de las cosas que más echaba de menos: el calor de los tres, sus caricias suaves y sentidas, los besos antes de dormir; esos gestos diminutos que esconden las sensaciones más placenteras que existen en el mundo de los vivos.

Capítulo 7

LA VIDA y la muerte en el Hotel Fantastique transcurrían con cierta normalidad. Lady Horreur y yo pasábamos muchas horas practicando las lecciones fantasmales. Tengo que reconocer que era muy buena instructora. Gracias a su empeño (y también a mi tesón), iba mejorando día a día. También pasábamos una gran parte del tiempo en las cocinas, haciéndole compañía a mamá, papá y la abuela. Yo no quería perderlos de vista, me gustaba tenerlos cerca. Aunque ellos no lo supiesen, hacíamos de guardianas.

Algunas veces teníamos que intervenir, como cuando descubrimos que mister Boogie, un chef inglés que en el tiempo libre daba clases de baile, robaba piezas de la cubertería de plata. Tenía una chaqueta con bolsillos interiores y escondía allí el botín que iba recolectando a lo largo del día. El tipo era un artista. Amancio notó que faltaban piezas y mandó registrar los dormitorios de todo el personal. Lady y yo, que estábamos alerta, una mañana cogimos al chef con las manos en la masa, metiendo un tenedor en uno de los cajones de la cómoda de la abuela. Pretendía que la acusasen de ladrona para poder hacerse con su puesto en la *Brigada de cocina*, así que nos pusimos manos a la obra: devolvimos el cuchillo a su lugar y acordamos dejarlo en evidencia. En una de estas, aprovechando que tenía en sus manos una cazuela llena de chocolate, se la volqué por encima de la chaqueta. Salió todo a las mil maravillas, porque Amancio entró en la cocina justo en ese momento. La abuela se empeñó en quitarle la chaqueta y sumergirla en no sé qué mezcla, para que la mancha no se incrustase.

—¡No, no! No se moleste, ya me encargo yo —El chef sudaba en frío.

—¡No es molestia ninguna! —le dijo la abuela desabotonándole la chaqueta.

—¡Deje, de verdad, prefiero hacerlo yo! —insistió el chef tratando de zafarse de las manos de la abuela.

—Mister Boogie, haga lo que le dice la *Chef de cuisine* —intervino Amancio, que desde mi advertencia estaba como una malva.

Mister Boogie no tenía escapatoria. En cuanto la abuela cogió la chaqueta, empezaron a caer al suelo cuchillos, tenedores, y cucharas de plata con el mango repujado. Para nosotras fue todo un éxito. Para mi familia, no tanto. El chef en cuestión les caía bien y se llevaron un pequeño disgusto.

Un mármol muy soleado ocurrió algo con lo que yo no contaba. Con la vida tan intensa que llevaba desde que me había muerto, ni siquiera me acordaba ya de aquella sesión de fotos de muertos que habían hecho justo después de mi fallecimiento. ¡Y eso que no hacía tanto tiempo! El fotógrafo se presentó en el hotel para hablar con mamá, papá y la abuela. Se dirigieron a la cocina y se sentaron los cuatro alrededor de la mesa.

—Entonces, ¿ya tiene el álbum de nuestra Esmeraldina? —preguntó mamá, sin disimular la

emoción.

No había ninguna duda de que tenía muchas ganas de verme. Quería saber si salía favorecida. El fotógrafo, que iba vestido con chaqueta americana y camisa con lazada en el pescuezo, puso sobre la mesa su maletín. Lo abrió y sacó un álbum con tapas de piel marrón.

—Aquí está el álbum —dijo muy serio, con su singular voz aguda—. He hecho cientos de trabajos como este y reconozco que nunca había visto nada igual.

—¿A qué se refiere? —preguntó papá.

El hombre sacó una lupa del interior de su maletín y abrió el álbum por la primera página.

—Al principio pensé que era problema de mi cámara, que se trataba de una cuestión técnica —les explicó—. De hecho, nada más revelar todas estas fotografías y ver lo que sucedía, me puse a sacar fotos, para comprobar si el error estaba en la máquina.

—¿Problema? —intervino la abuela—. Explíquese, por favor.

—No sé cómo decirles esto sin incomodarlos —El hombre acariciaba las puntas de su bigote mientras buscaba las palabras adecuadas—. Es un asunto delicado.

—Está empezando a preocuparnos —dijo mamá impaciente.

—Fíjense en las fotografías. Obsérvenlas con atención, sin prisa. Mírenlas atentamente —les pidió—. ¿Detectan algo raro?

Mi familia observó las fotos en busca de alguna cosa que llamase su atención.

—¡Vamos, Lady! —le dije a la araña cogiéndola de una de las patas.

Descendimos hasta ponernos justo sobre sus cabezas para tener ver el álbum de cerca. No quería que se me escapase un solo detalle.

—¡Cínfanos y rebirbiricínfanos, pero si soy yo! —exclamé con emoción.

—¡Y *poggr paggrtida* doble!

Las imágenes eran muy nítidas, no había lugar a dudas. Allí, detrás del ataúd donde mi cuerpo humano reposaba para toda la eternidad, estaba yo. Yo en calidad de fantasma, claro, poniendo caras: sacando la lengua, arrugando la frente, fingiendo ser un ángel... ¡Aquello sí que era un verdadero álbum de muertos! El fantasma de la difunta posando junto a su propio cadáver. ¡Era fantástico! Me puse morada de felicidad.

—¿Pero cómo es posible que no me vean? —le pregunté a lady Horreur al ver que mi familia no comentaba nada al respecto—. ¡La imagen es perfecta!

—*Esmeggraldina*, ¿cuándo vas a *entendeggr* que estás muerta y que lo que tú *peggrcibes* no es lo mismo que lo que *peggrciben* los vivos?

—¡Pero fíjate! —insistí—. Ahí estoy, y salgo guapísima.

Entonces, por fin, mamá pareció detectar algo.

—¿Se refiere a que en algunas fotos hay una zona más clarita? —le preguntó al fotógrafo señalándome en una de las instantáneas.

—¡Exacto! —confirmó él.

—Pero es muy leve, cuesta apreciarlo —apuntó papá.

—Por favor, usen esto —les pidió el hombre tendiéndoles su lupa—. Vean las fotografías aumentadas.

—Parece una especie de silueta —comentó mamá mirando a través del cristal de la lupa—. Como una sombra que se repite.

—¿Cómo que una silueta? —gruñó la abuela—. A ver, dejadme ese chisme —dijo quitándole

la lupa de la mano.

A medida que observaba las fotografías, la cara de la abuela iba cambiando de incredulidad a sorpresa.

—¿Cuál es su teoría? —le preguntó papá con la frente perlada de sudor.

Aflojó la pajarita de *maître* que tanto odiaba y que Amancio le obligaba a llevar puesta a todas horas. Yo podía percibir el miedo de papá. Sabía que la respuesta de aquel hombre le preocupaba mucho.

—¿Ustedes creen en la vida más allá de la muerte? —inquirió entonces el fotógrafo con solemnidad.

En ese momento, me puse muy nerviosa. Miré a lady Horreur en busca de un gesto tranquilizador. Ella encogió sus hombros.

—Yo creo que Esmeraldina sigue aquí, con nosotros —admitió mamá con un hilo de voz.

—Marieta, por favor —quiso atajarla papá.

Pero ella siguió, convencida de que había llegado el momento de hablar.

—Julius, yo ya no puedo seguir con esto dentro —Estaba a punto de romper a llorar—. El día de su entierro escuchamos un grito en medio de la noche que venía del exterior del hotel. Salimos y allí no había nadie. Si de algo estoy segura, es de que se trataba de la voz de nuestra hija.

—Yo también lo escuché —aseveró la abuela—. ¡Y no tengo ninguna duda de que era Esmeraldina!

—Desde entonces, empecé a notar algo muy raro. No sé explicarlo, es como si alguien nos estuviese observando. Son cosas muy leves...

Al llegar a este punto, mamá se calló. Supongo que para ella no era nada fácil hablar de esas cosas.

—Continúe, por favor —la animó el fotógrafo infundiéndole confianza—. Estoy aquí para ayudarles en todo lo que pueda.

—Una puerta que se abre de repente, unas cortinas que se agitan cuando no hay ninguna corriente de aire, un objeto que cambia de lugar sin explicación aparente... Así llevamos desde el fallecimiento de nuestra querida hija —terminó mamá.

—Entiendo —comentó el fotógrafo con expresión pensativa.

Y se quedó en silencio durante unos segundos que se hicieron interminables.

—¿Qué es lo que entiende? —le preguntó papá, con cierta ansiedad.

—Señoras, señor; creo que esto es un caso claro de presencias.

—¿Presencias? —preguntó mamá, que no parecía entender a qué se refería.

—Presencias, apariciones, espíritus que se manifiestan, muertos que por algún motivo no han pasado al otro mundo... Ya saben —explicó el fotógrafo, como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—¿Y cómo puede demostrar eso que acaba de decir? —papá se negaba a asumir lo que le estaba diciendo aquel hombre—. ¿Es usted experto en el tema o qué? Porque, que yo sepa, su oficio es el de fotógrafo.

Entonces, sin decir nada, el fotógrafo se quitó las gafas y respiró profundamente, como si estuviese a punto de decir algo importante. Luego, miró hacia mamá, papá y la abuela y esbozó una sonrisa pícaro. A continuación, tiró de su bigote, que se separó de la piel con toda facilidad, y lo colocó sobre la mesa. Hizo lo mismo con las cejas y con la mata de pelo rubio que lucía

hermosa en su cabeza. Fue quitándose todo como quien se quita la chaqueta.

—Como ve, señor Julius, las cosas no siempre son lo que parecen.

—¡Recórcholis, pero si es una mujer! —exclamé pasmada al descubrir a aquella señora morena y regordeta.

—Me llamo Lili y soy una famosísima espantafantasmas —se presentó con orgullo.

Mamá, papá y la abuela la miraban con la boca abierta.

—¿Pero esto qué significa? —Papá fue el primero en decir algo.

—Entiendo la sorpresa. Lo primero que deben saber es que no me dedico a los retratos de muertos solo por una cuestión de dinero. También porque, gracias a este trabajo, descubro casos fascinantes como el de su hija. ¡El mundo espectral es mi auténtica pasión! —La mujer se iba emocionando a medida que hablaba—. Un universo fascinante en el que pierdo la noción del tiempo y del espacio. Algo que no está al alcance de todo el mundo.

—Lo que es esta *mujegggr* es una *gggrelente* —gruñó lady Horreur.

—¿Y puede saberse por qué anda por ahí disfrazada? —le preguntó la abuela, que tenía la mosca detrás de la oreja.

—Para poder trabajar como fotógrafo. De otra manera, sería impensable. Y no solo eso. Les parecerá difícil de creer, pero he burlado a muchísimos fantasmas gracias a mis cambios de vestimenta. En el gremio de los espantafantasmas me conocen como el Hombre de las Mil Caras.

—¿Y por qué se destapa así, tan alegremente? —le preguntó mamá—. De haber un fantasma aquí presente, se acaba de descubrir delante de él.

—El único fantasma que hay en este hotel es el de su hija —afirmó muy segura de sí misma—. Aquí no tengo nada de qué preocuparme. Por lo menos, de momento...

—¡Eh! ¡*Macgggrocéfalo!* —protestó lady Horreur, a quien no le gustó ni una pizca que la hubiesen dejado de lado—. ¿*Pegggro* qué dice esta espantafantasmas de pacotilla? ¿Y yo qué soy, un *flogggregggro*?

—Entonces, ¿a qué se dedica usted exactamente? —Papá no acababa de comprender.

—Espanto a los fantasmas molestos que dificultan la convivencia de los vivos.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió de repente. Cuando vi a Amancio con cara de triunfo, me quedé aún más fría de lo que solía estar. Ignoraba cuánto tiempo llevaba espionando y si había escuchado la conversación, pero daba la impresión de que sabía demasiado. Irrumpió en la cocina como un tornado. Se acercó a la mesa y dio un golpe seco:



—¡Ponga un precio! —le exigió a la espantafantasmas—. ¡Le pagaré lo que me pida, lo que

sea! Quiero que eche de mi hotel a esa fantasma malcriada. Y detrás de ella, irán ustedes tres, uno a uno —añadió señalando a mamá, a papá y a la abuela.

Tan pronto Amancio acabó de decir esto, percibí algo raro en el ambiente. Rápidamente me di cuenta de lo que se trataba.

—¿Tú también lo has notado? —le pregunté a lady Horreur.

Ella me miró fijamente durante unos segundos antes de sentenciar:

—*Cgggreo que tenemos pgggproblemas.*

Capítulo 8

LADY Y YO volamos rápidamente hacia el recibidor, donde estaba la recepción del Hotel Fantastique. Delante del mostrador, tocando el timbre de la campana con insistencia, había una señora mitad humana, mitad serpiente, con la piel cubierta de escamas azules. Tenía el pelo recogido en un moño blanco y cara de estar a punto de perder la paciencia. Cada dos por tres, cogía un espejo de mano y retocaba su peinado. Llevaba una maleta vieja tan llena que parecía que iba a reventar de un momento a otro. Detrás de ella, docenas y docenas de muertos formaban una hilera interminable, aguardando su turno.

—¿Qué significa esto? —le pregunté en bajito a lady Horreur.

Lady Horreur quiso decir algo, pero la señora de las escamas la interrumpió. Se puso a aporrear el timbre para hacerse escuchar.

—A ver, ¿quién atiende aquí?

Tenía una lengua larga y delgada, con la punta abierta en los dos extremos. La hacía vibrar antes de volver a meterla dentro de la boca.

—¿Qué desea? —le pregunté con intención de aclarar algo de aquella situación tan extraña.

—¿Qué voy a *desssear*? *Inssstalarme* —dijo con una voz siseante que resultaba un tanto desagradable—. Me han dado *referenciasss* de este fantasmahotel y vengo para quedarme. ¿*Eresss* tú la *repcionisssta*?

—*Esmegggraldina*, estamos metidas en una buena —comentó lady Horreur, que se había posado sobre una de mis orejas.

—Perdone, creo que ha habido algún tipo de malentendido —traté de explicarle—. Esto no es un fantasmahotel.



—¡Nosotros no tener todo el día! —protestó el tercer muerto de la fila.

Era un indio, por eso hablaba así. Tenía la cabeza adornada con un llamativo tocado de plumas y llevaba un arco a la espalda. Pero lo que más me sorprendió fue su pecho: ¡tenía un montón de flechas clavadas!

—¡A ver! ¿Es para hoy? —refunfuñó otro, un hombre decapitado que portaba en la mano derecha la pica donde habían clavado su cabeza.

—¿Cómo que no *ess* un *fantassmahotel*? —soltó con sorna la señora de las escamas, mirándome con aires de superioridad—. Creo que no *estásss* bien informada. *Todoss loss* que

essstamos aquí *venimoss* de muy *lejoss* para *inssstalar* *no*ss. Y yo, *perssonalmente*, no *piensso* irme a ningún lado. ¡Quiero mi habitación ya!

—Pero es que no hay sitio para tanto muerto —traté de hacerla entrar en razón, señalándole la fila a la que se estaban uniendo nuevos fantasmas a cada minuto que pasaba.

Entonces, la señora de las escamas abrió la boca y me enseñó sus largos y afilados colmillos de manera amenazadora. Debajo de su falda empezó a sonar un cascabel que producía un ruido muy perturbador.

—De acuerdo —cedí, al ver que aquella muerta estaba a punto de echarse encima de mí—. Puede usted acomodarse en el piso superior, en la habitación número 55.

Aquel cuarto era el de Amancio. No se me ocurrió un lugar mejor para ofrecerle.

—*Essso essstá* mucho mejor. Toma nota, me llamo *Sssibilina* —me contestó la fantasma de lengua bífida, echando a volar escaleras arriba.

—¡Que disfrute de la estancia y de la compañía, señora Sibilina! —añadí, subiendo el tono de voz.

Su respuesta fue agitar el cascabel de su cola por debajo de la falda.

El segundo muerto de la fila era un pequeño tornado de arena que giraba en espiral. En su interior, dando vueltas sin parar, había un cuerpo que en un tiempo muy lejano había sido humano.

—Tormento de *Arenaaaaaa* —gritó el muerto al tiempo que giraba y giraba, enganchado en la inercia del tornado—. Quiero un cuarto con una ventana *grandeeeeee*, por *favooooor*.

Le concedí lo que me pedía y le dije que podía instalarse desde aquel mismo momento. Me pareció que lo más correcto era facilitarle un poco las cosas a aquel difunto giratorio.

El indio de las flechas clavadas en el pecho, al que me tocaba atender ahora, no estaba para tonterías.

—Yo hacer largo viaje por el Oeste. Querer habitación con vistas a las Montañas Coloradas.

—Y yo *quiegggro* una con vistas a los *platanegggros* de *Bgggrasil* —protestó lady Horreur, que empezaba a hartarse de tanta exigencia.

Era imposible atender todas las demandas de los muertos. Lo hice mientras pude, pero llegó un momento en el que ya no quedaban habitaciones libres. Una banda de saqueadores de tumbas se empeñó en instalarse en la cocina. Eran cinco hermanos que en vida se habían dedicado a asaltar cementerios por las noches. Cavaban en las tumbas de los millonarios y robaban joyas y objetos de valor que luego vendían. Me daban muy mala espina.

—Qué pena, la cocina está ocupada.

¡De ninguna manera iba a consentir que aquellos bandidos estuviesen todo el día pululando alrededor de mamá y la abuela!

—¿Ocupada por quién? —me preguntó uno de ellos, el que parecía ser el jefe.

—Ocupada por nosotras, que somos las jefas del fantasmahotel —contesté.

—Y si no está de *acuegggrdo*, ya sabe donde tiene *la puegggrta* —me apoyó lady Horreur.

Al final, los saqueadores de tumbas tuvieron que conformarse con un armario que había en uno de los corredores del piso inferior.

—Estaréis algo apretados, pero es lo único que os podemos ofrecer.

Siguieron llegando más y más fantasmas que confiaban en quedarse a vivir en el Fantasmahotel Fantastique. Traté de informarles amablemente de que estaba completo, pero algunos no querían entrar en razón. En una de estas me despiqué y una momia empezó a discutir con

un difunto con cuerpo de hombre y cabeza de cerdo, muy bien trajeado, eso sí. Ambos pretendían quedarse en la recepción.

—¡La *gggrecepción* no está disponible, así que dejen ya de *discutiggr*! —gritó Lady toda enfadada.

Ellos, sin hacer ningún caso, se fueron enredando más y más en una discusión que fue subiendo de intensidad. Lady, al ver que aquello pintaba mal, subió a la cabeza del cerdo y tejió una telaraña a su alrededor, tapándole la boca. Luego saltó a la cabeza de la momia y procedió de la misma forma.

—¡Y *ahoggggra*, *fuegggra* de aquí! ¡A *discutiggr* a *otgggra paggrte*, que me tenéis la cabeza loca!

Suspiré aliviada al ver que se marchaban cada uno por su lado. Pero el problema aún no estaba resuelto. Muchos otros fantasmas seguían reclamando su derecho a quedarse a vivir allí: una señora muy emperifollada que había muerto en el siglo XVIII de tuberculosis y quería una cama con dosel; un hombre que había sido aplastado por una locomotora de vapor y echaba humo blanco por un agujero que tenía en la cabeza; y lo que más le llamó la atención a Esmeraldina: un viejo que llevaba un bastón incrustado. Le entraba por una oreja y le salía por la otra. Como no escuchaba nada, se dedicaba a dar gritos en la fila, reclamando su derecho a instalarse por llevar muerto ciento ochenta y cinco años.

—No sé qué podemos *hacegggr* —reconoció lady Horreur—. Son *incontgggrolables*.

Entonces, me puse tan triste... Sabía que si lady Horreur conociese los pensamientos que se apiñaban en mi mente en ese momento, me reñiría. Aun así, no podía evitarlo. Echaba de menos los tiempos de antes, cuando era una niña normal que soñaba con ser *chef de cuisine*. Ahora todo eran problemas y más problemas. Todo había cambiado de repente. El aroma que salía de las ollas ya no despertaba las mismas sensaciones dentro de mí. Ahora me atraía más lo que acababa en el cubo de la basura. Me atraía lo podrido, los alimentos en descomposición, las tripas del pescado, aquello que peor olía. La putrefacción. Todos aquellos fantasmas que me parecían tan disparatados y se empeñaban en instalarse en el hotel donde me había criado, eran criaturas de ultratumba como yo. Mi mundo era ahora el mundo del frío. Ni siquiera me reconocía cuando me escuchaba. Yo siempre había sido dulce, callada y tranquila. Y ahora, de improvisto, tenía que enfrentarme a bandidos, momias, serpientes y otros seres que dejarían pálido a cualquier humano.

Si alguien me preguntase, no sabría decir si me gustaba aquello en lo que me había convertido. Pero algo en mi interior me decía que tenía que aprender a quererme. Aprender a ser yo. Por mucho que costase dejar atrás el pasado, no me quedaba otro remedio.

—Lady, ha llegado el momento de quitarse este vestido —dije señalando mi ropa.

—¿Y eso *poggr* qué?

—Porque ya no soy una niña como antes —afirmé, intentando asumir mis propias palabras—. Ya no soy Esmeraldina.

Capítulo 9

LA SOLUCIÓN para echar a los fantasmas que protestaban delante de la recepción tal vez no fuese la mejor, pero funcionó. Harta de tanta queja, me subí encima del mostrador y toqué el timbre para obligarlos a callar y que me hiciesen caso.

—¡Atención, atencióóóón! —dije poniendo voz de mensajera oficial de algún rey de un país lejano. Solo me faltaba la trompetilla—. ¡Se hace sabeeer que en la cocinas de este hotel, en este momento, está teniendo lugar una reunión secreta con una espantafantasmas! En breve, empezará a emplear sus terribles métodos para expulsar de aquí a todas las masas fantasmales que dificulten la convivencia.

Para darle más énfasis a mi intervención, levanté los brazos e hice un movimiento fastasmagórico. Varios muertos torcieron sus rostros en gestos de espanto y asco. No quería adelantarme a los acontecimientos, me parecía que el plan que había improvisado tenía alguna opción de éxito.

—Según nos han informado, es una espantafantasmas de las más temidas por los de nuestra especie —continué, inventando sobre la marcha—. El hotel está completísimo. Aquí no hay sitio para nadie más. Si se empeñan en quedarse, no puedo garantizarles su seguridad.

Fue una suerte que justo en ese instante, mi familia y la espantafantasmas abriesen la puerta de la cocina y empezasen a caminar hacia la puerta principal del hotel, que estaba justo delante de la recepción. Entre las masas fantasmales se hizo un silencio sepulcral. Ningún difunto osó decir ni mu. Todos permanecían atentos a la conversación que mantenían los vivos, que caminaban a nuestro lado con absoluta normalidad, ignorando que estaban siendo observados por un grupo de muertos ansiosos.

—No sé cómo agradecerle que diese la cara por nuestra hija delante del señor Amancio —le dijo mamá a la espantafantasmas, justo cuando pasaba a la altura del tipo que había sido atropellado por una locomotora y echaba humo por la cabeza.

—Querida, yo no me vendo. Y menos a un tipo como él. No me gustan esos modales tan ordinarios que exhibe ni tampoco...

La mujer calló de repente. Sus mejillas perdieron el color casi en el acto. Se puso tan pálida que pensé que iba a sufrir un desvanecimiento.

—¿Qué pasa? —le preguntó la abuela—. ¡Ni que acabara de ver un fantasma!

—Ojalá fuese uno —contestó ella en un susurro—. ¡Por la brujas de Salem! ¡Este hotel está infestado!

—¡Pero si usted misma dijo que no había nada de qué preocuparse! Que el único fantasma que había aquí es el de nuestra Esmeraldina —protestó papá.

La espantafantasmas no fue capaz de contestar. Empezó a tambalearse, y papá tuvo que ir

corriendo a coger una silla para que se sentara.

—Nunca había sentido nada igual —reconoció—. Hay presencias por todas partes. Su hija tiene compañía. Debemos limpiar este hotel, o los muertos acabarán tomando el control.

Al escuchar esta frase, los fantasmas empezaron a hablar por lo bajo. Unos pocos se retiraron discretamente; imagino que la mayor parte de ellos conocían los métodos de los espantafantasmas. Quizás los habían sufrido en sus propios cuerpos incorpóreos. De ahí que empezasen a emprender la marcha hacia otro lugar, dejando libre el recibidor del hotel.

—¡Qué alivio! —le dije a lady Horreur mientras veía cómo se alejaban.

—*¡Gggrecuerda* que aún tenemos las habitaciones del fantasmahotel llenas de *muegggrtos*, no cantes *victogggria!*

—Por lo menos ha vuelto el silencio. Esto, con tanto ruido, era insoportable.

Acto seguido, volví a prestar atención a la conversación entre mi familia y la espantafantasmas. Necesitaba más información sobre lo que tenían entre manos.

—Señora Lili, ¿qué podemos hacer? —le preguntó mamá, que parecía algo asustada.

—Les prometo regresar mañana y ponerme a trabajar. Pero esto es demasiado para mí sola. Tal vez necesite la intervención de algún ayudante.

—¿Y qué pasa con Amancio? —intervino la abuela—. Usted acaba de decirle cuatro cosas bien dichas. Dudo que la deje volver.

—Lo engañaré —contestó Lili con toda tranquilidad—. Pediré disculpas, le diré que he cambiado de opinión y que estoy dispuesta a ahuyentar al fantasma de Esmeraldina. ¡Pan comido! Y ahora disculpen, pero tengo que irme —añadió—. Empieza a oscurecer. La noche pertenece a las criaturas del Más Allá. Los vivos no somos bien recibidos. Si quieren un consejo, en cuanto puedan, retírense a sus cuartos y no paseen por los pasillos del hotel. Este lugar ya no es seguro.

A continuación, cogió el maletín que había apoyado en el suelo y se dirigió a la salida dejando tras de sí un rastro de desasosiego. Papá cogió a mamá de la mano y le susurró algo que pareció tranquilizarla durante unos instantes, pero la preocupación enseguida volvió a reflejarse en su rostro.

—Esmeraldina nos protegerá —dijo la abuela antes de retirarse a las cocinas—. Mi nieta cuidará de nosotros.

La abuela no se equivocaba. Era una mujer muy sabia. ¡Por supuesto que cuidaría de ellos! Le pedí a lady Horreur que me ayudase a buscar un atuendo más adecuado para un fantasma con tanta responsabilidad como la que tenía ahora. Eso era lo más urgente. Había dejado de sentirme a gusto con mi vestido.

Tuvimos que entrar en un montón de habitaciones y remover todos los armarios. Finalmente, después de dos horas de pruebas agotadoras, acabé poniéndome un traje de vaquero perteneciente a un niño que se hospedaba en el hotel desde hacía una semana. Me sentí mucho más cómoda con aquella indumentaria, como si acabase de liberarme de una pesada carga. ¡Me daba la sensación de que me parecía un poco a Nicotina y todo! Me imaginé cabalgando por el Salvaje Oeste a lomos de un caballo blanco, al lado de ella y de Búfalo Bill, rodeados de cactus, tierra seca y bolas del desierto.

—¡Yiiiihaaaa! —grité, dejándome llevar por la emoción.

—¿Te *encuentgggras* bien? —me preguntó lady Horreur, que debió pensar que me había dado un ataque repentino.

—¡Mejor que nunca, amiga! Tenemos mucho trabajo que hacer.

—Sí, *pegggro* antes hay que *llenagggr* la *bagggrriga* —protestó ella.

Esperamos a que fuese noche cerrada. Cuando las cocinas estuvieron a oscuras, hicimos una de nuestras habituales expediciones al cubo de la basura. Removimos hasta encontrar los desperdicios que llevaban allí más tiempo, los del fondo. Yo saboreé varias piezas de fruta con un delicioso moho azulado y partí unos huesos para rechupetear el tuétano. La médula en estado de descomposición es de los alimentos más nutritivos que hay para los fantasmas. Esperé a que lady Horreur acabara de relamerse la boca y las patitas, que estaban llenas de sangre de conejo, y nos dispusimos a vigilar que todo estuviese en orden. Las masas fantasmales son muy amigas de las salidas nocturnas y nos preocupaba que pudiesen darnos algún problema. A eso de las doce y media, cuando ya todos los huéspedes y los habitantes del hotel dormían, Lady y yo escuchamos voces en uno de los corredores del segundo piso. Volamos hasta allí y encontramos a la banda de los saqueadores de tumbas delante de la puerta de la habitación n.º 26.

—¿Recuerdas a qué fantasma le asignamos este cuarto? —le pregunté a lady Horreur.

—Si no me equivoco, al fantasma que *quegggría* un *dogggrrmitogggrio* con vistas a las Montañas *Cologggradas*. Me *pagggreció escuchagggr* que se llama Caballo Desbocado. Debí de *moggggrigg* al *caegggrse* de un caballo que *pegggrdió* el *contgggrol*.

Nos acercamos a los saqueadores, que nos miraban con desconfianza. Tenían ganas de pelea, de eso no cabía duda.

—Buenas noches —los saludé, imaginando que era una especie de vigilante nocturna custodiando la seguridad del fantasmahotel—. ¿Algún problema con la estancia que les ha sido asignada?

—Ese armario que nos empaquetaron es muy pequeño para los cuatro —me contestó el jefe—. Nos gusta más este otro.

—Los cuartos se asignan por orden de llegada y el fantasma que se aloja ahí estaba antes que ustedes —les expliqué.

—Él es uno, nosotros somos cuatro —intervino otro de los hermanos. Tenía una cicatriz en forma de zeta en la frente—. Si queremos echarlo a la fuerza, ¿quién nos lo va a impedir? ¿Tú? —añadió mirándome de arriba abajo con cara de risa.

—Ten cuidado con lo que dices, estos tipos son *peliggrosos* —me advirtió Lady al oído.

Tuve que echar mano de toda mi inventiva para salir del paso. Lo último que quería era enfrentarme a aquellos saqueadores. Sobre todo, porque seguro que salía perdiendo.

—Este fantasmahotel es un sitio tranquilo, donde los muertos vienen a descansar. Este cuarto pertenece a Caballo Desbocado por derecho. Les ruego que lo respeten.

Los saqueadores de tumbas se echaron a reír. Imagino que por mucho que fuese vestida como una vaquera, ellos me veían como la fantasma novata que yo era. Iba a ser difícil hacerlos entrar en razón.

—No nos gustan los indios —explicó el jefe de la banda, ajustándose el paño negro que llevaba al cuello.

—Pero mira que sois tontos —les dije entonces, harta de tanta protesta. Conocía la antipatía de los vaqueros hacia los indios, sus enfrentamientos eran famosos en el Salvaje Oeste.



Los saqueadores se pusieron en guardia ante mi comentario.

—Sois cadáveres andantes, como yo, Lady y Caballo Desbocado. Deberíais dejar atrás las rencillas del mundo de los vivos. Lo único que os distingue de él es que tiene varias flechas clavadas en el pecho y vosotros unos disparos de bala —continué señalando sus corazones agujereados—. Además, debería daros vergüenza.

—¿Vergüenza de qué?— preguntó otro de ellos, uno que no tenía dientes, salvo por cuatro piezas de oro que brillaban dentro de su boca.

—¿No os habéis dado cuenta? Todos los fantasmas que hay en este hotel os tienen por unos cobardes. Creen que os dedicabais a saquear tumbas porque no teníais valor para enfrentaros con los vivos. Si aún fueseis unos salteadores de caminos... ¡pero no! Sois simples saqueadores de tumbas, el hazmerreír del fantasmahotel.

A medida que hablaba, me sentía como una justiciera del Salvaje Oeste. Iba ganando confianza y seguridad en mí misma. Los bandidos me miraban fijamente con la boca abierta y lady Horreur con los ojos relucientes de satisfacción.

—Pero tranquilos, que todo tiene solución. ¿Sabéis lo que haría yo en vuestro lugar?

—Ilústranos —dijo el jefe.

—Buscaría a un vivo a quien asustar, alguien que de verdad merezca un buen escarmiento, un susto de los que no se olvidan —dije bajando el tono de voz, para darle más credibilidad a mis palabras—. Y yo conozco a la víctima perfecta. Hay que apostar fuerte: el hombre más importante que vive aquí. El dueño de todo esto. ¡El señor Amancio! Eso os haría ganar el respeto de los demás fantasmas.

—No es mala idea —gruñó el jefe, que estaba valorando seriamente mi propuesta—. ¿Dónde duerme ese tal Amancio?

—En la habitación n.º 55. Hablad con la señora Sibilina, que comparte estancia con él. Seguro que a ella también le apetece unirse a la fiesta. ¡Sería grandioso!

Los saqueadores comenzaron a hablar entre ellos por lo bajo, hasta llegar a un acuerdo.

—Gracias por la recomendación. El Amancio ese va a saber quiénes son los saqueadores de tumbas —se burló el jefe.

Y sin más, ascendieron hasta atravesar el techo desapareciendo de delante de nuestros ojos.

—¡Has estado *trés bien ma chérie!* —gritó Lady, aplaudiendo con las ocho patas—. A Amancio le va *a saligggr* el *cogggrazón pogggr* la boca. ¡Quién sabe lo que están tramando esos bandidos! —añadió haciendo como si sacase unas pistolas de las cartucheras.

Entonces, de repente, Caballo Desbocado atravesó la pared de su cuarto y se materializó en el corredor, justo delante de nosotras.

—¡Hao! —me saludó levantando una mano—. Tú ser mi nueva amiga blanca.

—¡De blanca nada! Yo soy azul muerte —lo corregí.

Él se echó a reír e inclinó la cabeza levemente, a modo de reverencia. No había duda de que había escuchado toda la discusión desde el otro lado de la pared. Había ganado su confianza al enfrentarme a los saqueadores.

—¿Qué tal las vistas a las Montañas *Cologgradas*? ¿Está todo a su gusto, *señogggr* fantasma? —le preguntó lady Horreur, que a veces parecía estar metidísima en su papel de recepcionista de fantasmahotel.

—Las montañas ser maravillosas. Por eso indio no querer marchar al Más Allá.

—Tal vez allí también haya montañas hermosas y grandes valles y llanuras interminables —le dije yo, soñando en voz alta.

—No como estas. Mi familia habitar en esas montañas desde hace muchos, muchísimos años. Estas montañas ser únicas.

Y sin más, regresó a sus aposentos tal y como había venido, atravesando la pared. Entendí el razonamiento de aquel difunto, pero algo dentro de mí me decía que era fundamental desprenderse de las cosas de la vida pasada para poder avanzar hacia el futuro. A fin de cuentas, teníamos toda la muerte por delante.

—Lady —susurré.

—Dime, *quegggrida*.

—De ahora en adelante puedes llamarme Escarlatina. Creo que ya estoy preparada.

Capítulo 10

LAMADRUGADA avanzó tranquila, salvo por un detalle: a eso de las dos y media, cuando la luna observaba los movimientos de la noche como un enorme ojo blanco, los gritos de Amancio se propagaron por el hotel, despertando a todos los huéspedes. Lady Horreur y yo lo encontramos en el quinto piso, corriendo con todas sus fuerzas, agarrando su camión de señora a dos manos para no pisarlo. La madera del suelo retumbaba con sus zancadas. Detrás de él iban Sibilina y los saqueadores. Sibilina se había quitado la ropa y exhibía su cuerpo lleno de escamas muy orgullosa. Perseguía a Amancio reptando por el suelo y siseando de manera estremecedora, con la lengua bífida rozando la nuca del hombre cada poco tiempo, asegurándose de meterle el miedo en el cuerpo. Como nadie más que él podía ver a los fantasmas que lo perseguían, los huéspedes no entendían nada. Lo que veían era a Amancio, corriendo solo por el hotel y gritando cosas del tipo «¡Déjame tranquilo, maldita serpiente del infierno!». Solo mamá, papá y la abuela, que sabían del mundillo de fantasmas que infestaban el hotel, entendieron lo que estaba sucediendo.

—Como se corra la voz de que Amancio se ha vuelto loco y se dedica a despertar a los huéspedes en plena madrugada, va a ser la ruina del hotel —comentó papá, que no podía ocultar su preocupación.

—Nadie querrá alojarse aquí. Esto va de mal en peor. —Mamá estaba muy pálida y tenía unas pronunciadas ojeras—. ¿Qué va a ser de nosotros?

—¡Esmeraldina, hija, tienes que parar esto! —gritó entonces la abuela, llamándome en voz alta, mirando para todas partes, buscándome en el aire—. Si me escuchas, haz que esta locura se detenga.

—Abuela —dije para mis adentros—. Tranquila, lo arreglaré como pueda.

No dudé ni una centésima de segundo. Sé que los fantasmas no tenemos corazón, que estamos vacíos por dentro; que somos como una ráfaga de viento, un espejismo o un arco iris que pinta el horizonte cuando el sol saca la cabeza entre la lluvia. Sé que flotamos en el aire, sin más; que somos algo y al mismo tiempo no somos nada. Pero en aquel momento, sentí dentro un fuerte latido. Animada por las palabras de la abuela, me acerqué rápidamente a Sibilina y a los saqueadores y los felicité por su actuación.

—¡Habéis estado fantásticos! —exclamé muy contenta—. Para celebrarlo, y como excepción, os invito a que visitéis mis cocinas. Podéis servirlos vosotros mismos del cubo de la basura. Está lleno de desperdicios y alimentos en plena descomposición. ¡Son todos vuestros!

Los bandidos y Sibilina me dieron las gracias, se olvidaron de Amancio rápidamente y se fueron a la cocina para continuar la fiesta con un buen banquete.

—Me *soggrprgggrende* tu astucia —admitió lady Horreur al ver cómo había conseguido frenar aquello—. ¡Estás *apgggrendiendo* muy *gggrápido*! Vas a *segggr* una *gggrandísima*

fantasma.

A la mañana siguiente, en el hotel no se hablaba de otra cosa. Era el segundo episodio en el que Amancio perdía la cabeza. El primero había sido en la noche de la cena, cuando yo puse a prueba con él la comunicación selectiva con los vivos haciendo la travesura de la sopa de ojos. El segundo, la noche anterior. Algunos de los huéspedes, tal y como habían adelantado mamá y papá, después de valorar la situación, decidieron hacer las maletas y marcharse. Yo me sentí un poco mal. En el momento de proponerles a los saqueadores la idea de asustar a Amancio, no imaginaba que la cosa iba a acabar así. Sin querer, había puesto en peligro la estabilidad del hotel. Y aunque el dueño me pareciese un hombre despreciable, mis padres y mi abuela trabajaban para él.

Necesitaban el hotel para vivir.

—*Encontgggraggremos* una solución —intentó tranquilizarme lady Horreur—. Tú *eggres* muy lista, *segugggro* que lo *gggresuelves*.

Estábamos sentadas en el mostrador de la recepción, dándole vueltas al nuevo problema al que nos enfrentábamos. Últimamente pasábamos muchas horas allí. Cada poco tiempo acudía un fantasma para hacer una petición o dar alguna queja. ¡Los muertos pueden resultar muy estresantes!

—Pues como los saqueadores y la señora Sibilina le cojan el gusto a asustar a Amancio, vamos a tener jaleo todas las noches —comenté bastante preocupada—. Si los huéspedes siguen abandonando el hotel, mi familia está perdida.

—A no *seggr...*

—¿A no ser *qué?* —la interrumpí.

—A no ser que la espantafantasmas haga bien su *tggrabajo* y eche de aquí a todo difunto cuanto hay —comentó señalando hacia la puerta del hotel.

Tal y como había prometido Lili el día anterior, allí estaba con su ayudante. Qué queréis que os diga, cuando la espantafantasmas habló de pedir ayuda, imaginé que se refería a una persona adulta. Nada de eso. Venía con un niño rubio, de ojos azules y con la cara llena de pecas. No pasaba de los trece años. Cada uno de ellos llevaba su respectivo maletín y vestían traje negro, con corbata y sombrero. Lili se había puesto de nuevo el bigote, abundantes cejas y peluca, pero a aquellas alturas ya no podía engañarnos. Sus andares, su voz aguda y su cuerpo gordinflón eran inconfundibles. La recibió Amancio, que a pesar del intercambio de palabras que habían tenido el día anterior, pareció muy aliviado al verla. Después del susto estaba aterrorizado y lo único que quería era que aquella mujer disfrazada de hombre ahuyentase hasta el último fantasma de su hotel.

—*Escagggrlatina*, ¿*cgggrees* que también nos va a *espantaggr* a *nosotgggras?* —me preguntó lady Horreur.

—Es difícil saberlo, pero tal vez haya que ir pensando en hacer las maletas y buscar otro sitio.

Mientras Lili y Amancio conversaban, me dio la sensación de que el niño de las pecas me clavaba la mirada. Me observaba con una media sonrisa en los labios. *No puede ser*, pensé sin apartar la vista de él. *Está vivo, no puede verme a no ser que yo quiera*. Pero entonces, el chico hizo un leve gesto con la cabeza, como si me estuviese saludando. Me quedé más fría de lo que solía estar. ¿*Será cosa de mi imaginación fantasmal?*, me pregunté.

—Lady, ¿ese niño puede vernos?

—No sé qué *deciggrte*. ¡*Me pagggrece gggraggrísimo!*

Lili y Amancio echaron a andar hacia el interior del hotel, en nuestra dirección. El niño iba

unos pasos por detrás, sin interferir en la conversación de los mayores. Cuando pasaron a nuestro lado, el chico levantó una mano discretamente para saludarnos. Yo bajé del mostrador de un salto y me puse frente a él.

—Hola, niño forastero —le dije hablando como si el fuese un fantasma más—. ¿Puedes vernos?

Me dijo que sí con la cabeza.



—Pero tú no estás muerto.

Entonces movió nuevamente la cabeza, esta vez de izquierda a derecha. Llevó la punta del dedo índice a la boca y luego señaló a Amancio y a Lili, queriendo decirnos que no podía hablar delante de ellos, y se fue caminando detrás de la espantafantasmas, como si fuese su sombra.

—¡Recífanos! —le dije a lady Horreur, observando cómo se alejaba el chico—. Un niño que ve masas fantasmales. Nunca pensé que la vida de los fantasmas fuese tan activa.

—*Quegggrás decigggr la muegggrte de los fantasmas, no la vida. Tengo que gggreconocegggr que la mía egggra muy tgggranquila, hasta que llegaste tú.*

—Ese era el trato, ¿no? Tú me enseñabas a ser fantasma y a cambio tus días dejarían de ser tan aburridos. Venga, vamos a echar un vistazo. ¿No tienes curiosidad por conocer los métodos de la espantafantasmas?

—¡*Clagggro* que sí!

Aquel día fue verdaderamente intenso. Lili y el chico, que resultó ser su nieto, abrieron sus maletines y sacaron toda clase de aparatos. Empezaron con una especie de pieza cilíndrica llamada estetoscopio. La espantafantasmas lo ponía en las paredes y pegaba el oído, para ver si escuchaba algo misterioso desde el otro lado. ¡Con lo sencillo que sería entrar en el cuarto y llamar en voz alta al fantasma! Más de uno estaría encantado de manifestarse si con eso les daba un buen susto.

El niño de las pecas se limitaba a tomar notas con una pluma en un cuaderno de tapas negras, siguiendo las indicaciones de su abuela. Tenía una letra muy pequeña y graciosa, como hormiguitas formando una hilera.

—Aquí parece no haber actividad —comentó Lili, adoptando un tono solemne de científica prestigiosa—. Antoine, acércame el termómetro. Vamos a pasar a la segunda fase.

La espantafantasmas colocó el termómetro debajo de la puerta y esperó con cara de concentración varios minutos a que el mercurio marcase la temperatura.

—Nada. Temperatura normal.

Y Antoine anotó en el cuaderno: *Habitación n.º 21: audición normal. Temperatura normal. No se detecta actividad.*

Además de escuchar a través de las paredes y tomar la temperatura, la espantafantasmas llevó a cabo otras maniobras, como emplear un péndulo para medir las vibraciones de las distintas estancias. Pese a todos esos artefactos, los resultados no parecían muy fiables. De hecho, si funcionase, el termómetro se dispararía con mi presencia y la de lady Horreur, y el péndulo se movería en algún sentido.

—No entiendo nada —reconocí después de ver cómo trabajaba Lili—. ¿No sería más fácil que le preguntase directamente al chico?

—¿*Poggggr* qué lo dices?

—Porque él sabe de sobra dónde hay fantasmas y dónde no.

Entonces Antoine, que había escuchado mis palabras perfectamente, miró hacia mí y me guiñó un ojo.

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro! —gritó lady Horreur, echándose dos patas a la cabeza—. Está jugando con su abuela.

—Tiene que haber alguna razón para que se comporte así —le dije muy bajito a Lady, para que

él no pudiese escucharme.

Justo en ese momento, el péndulo que sostenía Lili empezó a girar a toda velocidad. Estábamos delante del cuarto donde se alojaba Tormento de Arena, el muerto que giraba y giraba sin parar enganchado a la inercia de un tornado. Observé que el chico miraba fijamente el péndulo muy concentrado y eso me hizo sospechar.

—¡Rápido, rápido, aquí hay algo! —exclamó la mujer—. Antoine, acércame el espantador. Vamos a hacer una prueba.

El niño saco del maletín un fuelle parecido a los que se usan para avivar el fuego. Me fijé en que tenía acoplados unos tubos de cristal en la parte de atrás y una botella que contenía un líquido rosa.

—¿Está cargado? —le preguntó Lili.

—Sí, abuela. Lo cargué con la mezcla que me indicaste al salir de casa.

—Así me gusta.

Lili se agachó, introdujo la boca del fuelle por debajo de la puerta y comenzó a agitarlo. Una especie de vapor rosa empezó a salir por debajo. ¡El líquido de la botella debía de ser algún tipo de sustancia química rara, porque aquel gas olía horrible!

El niño miró hacia mí y me sonrió abiertamente. Entonces, tuve una idea que me pareció fantástica.

—Lady, vamos a poner a prueba a esta señora.

Me acerqué a la puerta y la abrí de repente.

—¡Eureka! ¡Funciona! —exclamó triunfal la espantafantasmas.

Estaba tan contenta como si acabase de descubrir la pólvora.

—¿Y *ahoggra* qué le ha dado? —se sobresaltó lady Horreur con los gritos de la espantafantasmas.

—La pobre piensa que la puerta se abrió gracias a ese líquido rosa que roció por debajo —le expliqué—. Cree que esa sustancia provocó la huida de un fantasma.

En el interior de la habitación, Tormento de Arena estaba junto a la ventana contemplando el paisaje y girando sobre sí mismo, ajeno a las maniobras de aquella mujer.

—¿Sucedee algooooo? ¿Qué hace esa viva con ese aparatooooo?

—¡El tonto! —le contestó lady Horreur, que desde el principio había pensado que Lili era una temida espantafantasmas y estaba tan decepcionada como indignada—. Está haciendo el tonto. *¡Troglogytes! ¡Rocambole!*

El chico tuvo que contener la risa ante el comentario de lady Horreur para que su abuela no se diese cuenta de nada. Estaba muy nerviosa buscando algo en el interior de su maletín.

—¡Antoine, rápido, necesito más carga para el espantador!

El chico, con toda la calma, sacó de su maletín un tubo de cristal que contenía la mezcla rosa.

—Aquí está, abuela.

—¡Apura! Anota todo lo que acabamos de presenciar. La variación en el movimiento del péndulo y la puerta que se abrió sola justo después de la activación del espantador. Acabamos de provocar la huida de un fantasma. ¡Esto es un grandísimo avance para las ciencias ocultas! ¡Hoy es un gran día, pequeño Antoine!

—¿Pero qué dice esta mujeeeeeer? ¿Es una locaaaaa? —preguntó Tormento de Arena.

—No, no es una loca —contesté yo, que empezaba a intuir lo que sucedía entre la abuela y el

nieto—. Perdona las molestias, Tormento. Usted siga a lo suyo, que nosotros nos marchamos enseguida.

Dicho esto, volví a cerrar la puerta de golpe y observé la reacción de la espantafantasmas. Se quedó atónita, con los ojos abiertos como dos huevos fritos.

—Antoine, anota que tras unos segundos de inactividad del espantador, la puerta se volvió a cerrar por sí sola —le ordenó—. Esa actividad es una advertencia. Creo que es mejor continuar y alejarnos de esta habitación. Lo que sea que habita en su interior, nos quiere bien lejos.

—Sí, abuela —le contestó el chico—. Es mejor que nos vayamos. El riesgo es demasiado grande.

Durante el resto de la mañana, abuela y nieto continuaron buscando lo que Lili había denominado «actividad espectral». De vez en cuando, sucedía algo que animaba a la mujer: un leve ascenso en la temperatura del termómetro, una variación en el movimiento del péndulo... Antoine hacía como que era un simple observador, un aprendiz que se dedicaba a tomar notas. Pero yo sabía que no era así. Aquel niño no era como los demás. Tenía un don especial que, por alguna razón, mantenía en secreto.

Capítulo 11

ESTUVIMOS toda la mañana observando de cerca a Lili. Lady Horreur estaba cada vez más decepcionada. Había pensado que la espantafantasmas era una mujer de facultades extraordinarias, con métodos que provocaban la huida inmediata de las masas fantasmales. De hecho, esa era la fama que tenía. Yo, después de ver como se comportaba, tuve la certeza de que Lili podía percibir ciertas cosas; solo eso podría explicar el mareo que había sufrido el día anterior, cuando la recepción se hallaba repleta de fantasmas. Pero quien de verdad me tenía fascinada era su nieto. En lugar de tener miedo, o de sentirse incómodo, parecía estar encantado con nuestra compañía. Cada vez que su abuela notaba una supuesta presencia y empezaba a gritar toda nerviosa, él nos guiñaba un ojo. Parecía que se divertía mucho con aquel trabajo. Yo estaba deseando tener la oportunidad de hablar con él.

Ese momento llegó justo antes de la hora de comer. Aprovechando que la espantafantasmas iba a rendirle cuentas a Amancio de sus avances, mi abuela invitó a Antoine a visitar las cocinas. Allí estaba preparando un delicioso menú compuesto de ensalada de requesón con fruta, pollo estofado al estilo de las antiguas casas labriegas francesas y mandarinas heladas. Por supuesto, Lady y yo fuimos tras ellos para no perder detalle.

—Así que tú eres el ayudante de Lili —le dijo la abuela, a quien le debía extrañar la edad del colaborador.

—Sí. Me lleva con ella siempre que puede.

—Yo también tenía una nieta que me ayudaba aquí, en la cocina. No te imaginas cuánto la echo de menos —reconoció mientras cogía una cuchara de madera para remover el pollo.

—Mamá, no le hables de cosas tristes al chico —le riñó mi madre.

—No me importa, estoy acostumbrado a que la gente hable delante de mí de personas que ya no están en este mundo —dijo Antoine como si tal cosa—. Ella se llamaba Esmeraldina, ¿verdad?

Al escuchar mi nombre, me puse alerta. No me gustaba que aquel niño hablase de mí como si yo no estuviese presente. Sobre todo, cuando me tenía justo a su lado. Me parecía muy feo.

—Sí, Esmeraldina —le confirmó la abuela—. Era una niña fantástica.



—Seguro que allí donde esté, la lleva en el corazón —comentó el chico.

Aquello ya me gustaba un poco más, aunque no fuese del todo exacto. ¿Cómo las iba a llevar en el corazón si yo no tenía *corazón*? Ese niño tenía la facultad de comunicarse con las masas fantasmales, pero aún le quedaba mucho que aprender.

—¿Sabes qué dice tu abuela, Antoine? Que mi nieta sigue aquí, entre nosotros.

—¡Mamá! —Mi madre volvió a llamarle la atención, esta vez con más énfasis.

Antoine permaneció callado, sin decir nada al respecto, con cara de pensar en muchas cosas a la vez. Antes de hablar, me estudió de una manera extraña.

—¿Han intentado hablar con ella?

Mamá y la abuela intercambiaron una breve mirada en la que se dijeron muchas cosas.

—Pero ¿qué dices, hijo? No se puede hablar con los muertos —le replicó la abuela.

Él sonrió con dulzura.

—A lo mejor, si lo intentan, se llevan una sorpresa. Si ella está aquí, seguro que lo que más le gustaría es poder hablar con ustedes.

Eso me pareció un abuso. ¿Cómo se atrevía a hablar en mi nombre? ¿Qué sabía él sobre mis pensamientos? ¡Nada!

—¡Tú no tienes ni idea! —le dije muy enfadada.

En aquel momento tenía muchas ganas de ponerme a soltar improperios sin parar. Las palabras más feas que conocía, y otras que ni siquiera sabía que conocía, se atropellaban en mi cabeza, peleando por salir todas a la vez.

—Disculpen —se excusó el chico, que debía de intuir que estaba a punto de caerle una buena—. Tengo que regresar con mi abuela ¡Me tiene por un tragón!

—Vuelve cuando quieras, hijo —se despidió la abuela—. ¡Me ha gustado mucho hablar contigo!

Antoine salió de la cocina algo apresurado. Yo lo seguí por el corredor volando bien pegada a su cabeza.

—¡De nada te servirá huir! —le grité—. ¿Por qué les has dicho eso a mamá y la abuela?

—¡Eres muy *atgggrevido*! —lo reprendió también lady Horreur.

Antoine se paró y me miró a los ojos. No encontré ninguna maldad en su manera de mirarme, pero sí algo de compasión. Sabía lo que era la compasión desde una vez que iba con mamá por la calle y encontramos a una viejita pidiendo para comer. Me había explicado que era muy importante ponerse en el lugar de las otras personas para comprender lo que sentían y también compartirlo, aunque solo fuese por un instante. Eso era la compasión.

—Tú puedes comunicarte con los vivos —me dijo el chico—. ¿Por qué razón no has hablado aún con tu familia como estás haciendo conmigo, si son las personas que más quieres?

Noté como me sacudía un estremecimiento. No quería escuchar esas cosas.

—¡Tú no sabes nada de mí, no me conoces!

—Sé que no eres una fantasma feliz —me contestó en un susurro. Su voz era como una caricia—. Y también sé que no eres capaz de marcharte de este mundo, porque eso significaría despedirte de tu familia para siempre.

No pude soportar aquellas palabras. Una furia muy potente se desató dentro de mí y me empujó a dar vueltas a toda velocidad, alrededor de la cabeza de Antoine. En ese momento no era capaz de controlarme. Solo pensaba en ir más y más rápido. Giré con tanta fuerza que levanté una ráfaga de viento que puso de punta los pelos del chico. Lady, que estaba agarrada a uno de mis hombros, empezó a gritar:

—¡*Esmegggraldina, paggggra yaaaa!*

Estaba tan ciega y tan furiosa que ni siquiera me di cuenta de que con aquel movimiento acababa de provocar una fuerte corriente de aire. Alertada por este suceso apareció Lili, que estaba buscando a su nieto. Cuando vio al chico con los ojos cerrados y atrapado en el medio del vendaval, se echó las manos a la cabeza.

—¡Antoine, ven hacia mí! ¡Sal de ahí, estás en el centro de una masa de aire espectral!

El muchacho quiso moverse, pero era como si estuviese en el centro de un tornado. No podía luchar contra aquella inercia.

—¡Tranquila, abuela! —gritó poniendo las manos delante de la cara para protegerse del viento—. Pasará enseguida.

—¡*Esmegggraldina, cgggreo* que ya ha entendido tu mensaje! —trató de detenerme lady Horreur—. ¡*Paggggra ya, poggggr favoggggr!*

Ni siquiera me enteré de que varios fantasmas habían salido de sus habitaciones, sobresaltados por el alboroto que se estaba armando.

—¿Pero qué pasa en este fantasmahotel, que es imposible descansaaaaaar? —protestó Tormento de Arena.

—Esto es inaudito —exclamó un difunto con cuerpo de hombre y cabeza de oso. Había sido devorado por un enorme ejemplar de oso pardo en Alaska.

Aún di unas cuentas vueltas más antes de frenar. Me paré cuando sentí dentro de mí el miedo de Antoine.

—*Poggggr fin* —suspiró lady Horreur cuando cesaron las vueltas y el viento.

El niño parecía triste. Yo sabía que era la causante, pero en aquel momento no me importó. Lo único que quería era alejarme, atravesar el techo y desaparecer cuanto antes. Pero algo debí de hacer mal, porque choqué contra él y me llevé un tremendo coscorrón en la cabeza que me hizo tambalear.

—¡Malditos techos! —protesté dirigiéndome a las escaleras principales.

Lady Horreur, mi amiga inseparable, no me abandonó. Venía detrás de mí.

—¡Y tú déjame en paz, gabacha! —le espeté—. Todo esto es por tu culpa. No sé por qué te empeñaste en hacer de mí una gran fantasma. ¡Yo no quiero ser una gran fantasma! Solo quiero estar sola.

Entonces me detuve al sentir algo en mis ojos. Empezaron a formarse unas bolitas heladas. Eran piedrecitas de lágrimas congeladas que se derretían a los pocos segundos de caer al suelo, como el granizo.

—No *llogggres, Escaggggrlatina* —trató de consolarme lady Horreur—. *Migggra, ¿quiegggres vegggr* cómo *atgggrapo* tus *lággrimas*?

Para mostrarme su habilidad, se puso de culo delante de mí y expulsó un hilo de tela polvorienta, que chocó contra uno de mis ojos.

—¡*Migggra*, la cacé!

Y se puso a chupetear la lágrima.

—¡Mmmmm, qué *nutgggritiva!*

—Pero mira que eres payasa —le dije, sin poder reprimir una sonrisa.

—Eso está muchísimo *mejoggggr*.

Me acarició una mejilla con las patitas, haciéndome cosquillas.

—Perdona por las cosas feas que te dije antes. No es culpa tuya. Es culpa de ese niño, que se ha metido donde no le llaman.

—Ese niño ha dicho cosas que son *ciegggrtas* y tú lo sabes. Anda, no te pongas así.

—Lady... —dije después de unos minutos de silencio.

—Dime, *Escaggggrlatina*.

—¿Tú también piensas que sigo en este mundo porque tengo miedo de despedirme para siempre de mi familia?

Ella se limitó a permanecer a mi lado, tratándome con mucho cariño.

—Cálmate —me tranquilizó—. Tú *egggres* una fantasma muy valiente. No hay más que *vegggr* cómo te *enfgggrentaste* a los *saqueadogggres* de tumbas. Pase lo que pase, *elegigggrás* el camino

coggrrecto.

—Ojalá —dije en un murmullo que sonó igual que el granizo cuando choca contra los cristales.

Capítulo 12

LILÍ se asustó mucho al ver a Antoine atrapado en la masa de aire espectral. ¡Para qué negarlo! Me había puesto como un basilisco. Tras aquel incidente, la peculiar mujer dudó de su capacidad para ahuyentar a los espíritus que habitaban en el hotel. Estaba hablando de eso con el chico, dentro de la cocina. Mamá, que también había visto con sus propios ojos a Antoine con los pelos de punta, les ofreció una taza de leche caliente para tranquilizar los ánimos. Estaban sentados a la mesa, uno al lado del otro, mientras mamá colocaba unas pastas francesas sobre una bandeja. Lady Horreur y yo atendíamos a la conversación desde arriba, flotando a la altura del techo. Lili hablaba en voz baja, para que mamá no la escuchase, ignorando que tenía otras dos espectadoras muy interesadas en lo que estaba a punto de decir:

—Nunca antes me había cruzado con unos espectros tan fuertes. No sé si estoy preparada para algo así —prosiguió la mujer—. Esto me viene muy grande.

—Abuela, claro que estás preparada. Eres la mejor espantafantasmas de todo el Salvaje Oeste.

—Antoine, hoy te he puesto en peligro y eso es algo que no se me va de la cabeza. Cuando te vi atrapado en el medio de aquel vendaval, pensé que si te llega a pasar algo, nunca jamás podría perdonármelo.

—No fue culpa tuya. Debía de ser un fantasma que estaba muy enfadado. Igual simplemente tiene un mal día.

Yo sabía que, en realidad, Antoine estaba hablando para mí, aunque él tratase de disimular.

—No, hijo —le contestó Lili—. Esto se ha vuelto demasiado peligroso. Empiezo a pensar que ha sido una equivocación traerte hoy.

—Pero, abuela, ¡yo soy tu talismán!

—Sí, sí que lo eres —admitió ella al tiempo que le hacía una caricia en la cabeza—. Solo consigo resultados de verdad cuando tú estás a mi lado. A veces pienso que mi don solo funciona si tú me acompañas.

Lady Horreur, que estaba posada encima de una de mis orejas, se quedó patidifusa cuando escuchó semejante declaración.

—¿Pegggro de vegggrdad la mujegggr piensa eso? ¿Cgggree que tiene un don y que el chico le da suegggrte? ¡Iconoclasta! ¡Cegggrcopiteca!

—Chsssss, tranquila, que esto se pone interesante —le dije yo, que no quería perder nada de lo que Lili hablaba con su nieto.

—Abuela, tienes que limpiar este lugar de espectros —dijo Antoine con una seguridad asombrosa para un niño—. No puedes rendirte tan pronto.

—¿Y qué hago contigo?

—Lo que haces siempre. Tenerme a tu lado, de talismán. No te preocupes por mí, si vemos que

la cosa se complica, me iré a casa, ¡te lo prometo! Aunque eso no será necesario. Yo confío en ti, abuela.

—¡Tienes razón, Antoine! ¡Hay que volver al trabajo! —exclamó la espantafantasmas poniéndose de pie, como si de repente le hubiesen infundido nuevas fuerzas—. Las personas de este hotel me necesitan y yo soy la única que puede ayudarlos.

A continuación, cerró los ojos e inclinó la cabeza ligeramente hacia atrás.

Cruzó los brazos sobre el pecho y realizó cuatro inspiraciones profundas.

—¡Ya estoy lista! —añadió echando a andar hacia la puerta—. Marieta, gracias por la leche —se dirigió a mamá—. Luego vendremos a probar una de esas pastas tan apetitosas. Antoine, ¡vamos! —le dijo a su nieto de modo enérgico—. Tengo mucho que hacer. ¡Soy la espantafantasmas, la salvadora, la única capaz de limpiar este hotel y hacer que recupere la paz!

—¡Si no lo veo, no lo *cgggreo*! Esta *mujegggr* está completamente chalada.

—Vamos, Lady —le dije yo echando a volar—. No quiero perderla de vista.

Lilí se pasó toda la tarde realizando mediciones, como las llamaba ella. Sacaba sus aparatos y escuchaba detrás de las puertas y de las paredes de las habitaciones. A veces parecía saber perfectamente lo que hacía, y otras daba la impresión de que era una especie de embustera que creía sus propias invenciones. A pesar de todo, me resultaba simpática. No sé si era su voz aguda, su peculiar disfraz de hombre o la pasión que ponía. El caso es que me caía bien. Antoine le seguía la corriente sin contradecirla y tomaba nota de todo. Se notaba que la quería mucho. Casi tanto como yo a mi abuela.

El anochecer llegó muy pronto y coloreó el horizonte de tonos suaves como la crema de un pastel. Cuando el sol se metió por completo detrás de las Montañas Coloradas y llegó la noche, Lilí vino a la cocina con Antoine para anunciar algo.

—Quería informarlas de que a partir de las doce habrá mucho movimiento espectral en el hotel —les explicó la mujer a la abuela y a mamá—. Les ruego que no salgan de sus habitaciones, escuchen lo que escuchen. Temo por su seguridad.

—Entonces, ¿qué es lo que se está cocinando? —le preguntó la abuela.

—Esta noche tendrá lugar una Gran Espantada —les informó Lilí, hablando con un tono muy rimbombante—. Es muy peligroso andar por los corredores y salas comunes del hotel, no sé cómo podrían reaccionar los espectros que habitan en este lugar. Después de lo que sucedió con mi nieto, creo que estos fantasmas están algo descontrolados.

Antoine me miró a los ojos por primera vez desde que había tenido lugar el episodio del vendaval. Mi respuesta fue cruzar los brazos y mirarlo fijamente desde el aire con un gesto desafiante.

—¿Y mi nieta? —quiso saber la abuela—. ¿Qué va a ser de ella? ¿También la va a espantar?

—De eso quería hablarles —continuó Lilí con un tono mucho más cercano—. Puede que esta sea su última noche aquí. Si quieren despedirse de ella, háganlo antes de las doce. Les queda muy poco tiempo.

—¿Despedirnos? —inquirió mamá—. Pero ya nos despedimos de ella cuando murió. ¿Me está diciendo que tengo que hablar con mi hija fantasma? Yo no sé cómo se hace eso. ¡No puedo!

—Claro que sí —dijo la espantafantasmas—. Ella sigue siendo su hija, Marieta. No le tenga miedo. Seguro que está deseando comunicarse con usted.

En aquel instante, papá entró en la cocina con cara de cansancio. Le sucedía siempre a la hora

de comer y a la de la cena. Eran momentos de un trabajo frenético, sobre todo cuando tenía a Amancio revisando cada paso que daba.

—Los comensales ya han terminado —informó nada más entrar—. Unos han ido a la sala de fumadores, otros están jugando una partida de cartas y el resto se ha retirado a sus dormitorios. ¿Están listos los dulces de cortesía?

Era costumbre del Hotel Fantastique dejar dulces en el salón donde se jugaban las partidas de cartas y también en el salón de fumadores, por si a alguien le entraba hambre. Yo odiaba aquel lugar. Siempre olía a puro y estaba todo tan ahumado que me resultaba repugnante.

—Claro que están listos —gruñó la abuela—. Pero aquí estamos teniendo una conversación mucho más importante, así que déjate de dulces de cortesía. La espantafantasmas acaba de informarnos de que esta puede ser la última noche de Esmeraldina en el hotel. Tenemos la oportunidad de despedirnos de ella.

Papá dejó sobre la mesa de la cocina la bandeja que traía en la mano y se sentó en una silla, aprovechando para descansar unos minutos. Sus pies echaban humo. Y en aquel instante, también su cabeza. Miró a la abuela, a mamá y a Lili, una a una, antes de decir:

—¿Estáis hablando en serio?

—Completamente —confirmó Lili, acariciando los pelos de su falso bigote—. Voy a espantar todos los espectros que pueda. Es muy probable que su hija ya no esté aquí mañana.

—También es muy probable que no esté aquí hoy y que todo esto sea una mentira como una catedral.

—¡Julius! —le riñó mamá—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Hasta ahora he sido comprensivo, Marieta, pero esto está llegando demasiado lejos.

—Pero tú también escuchaste el grito de nuestra Esmeraldina la noche de su muerte. Y viste como Amancio corría en medio de la noche por todo el hotel, huyendo de unos espíritus que lo perseguían. ¡Y las fotos! ¿Qué me dices de la sombra que había detrás del ataúd de nuestra hija?

—Simples indicios —le contestó él, más serio de lo que jamás lo había visto—. No hay certezas. ¿Quién me asegura a mí que Esmeraldina está en este hotel? Nuestra hija está muerta, Marieta, y tú y la abuela parece que no lo queréis ver. Cuanto antes lo aceptemos, más fácil será para todos. ¡Fantasmas! —añadió, echándose las manos a la cabeza—. ¿Desde cuándo creemos nosotros en los fantasmas?

En ese preciso momento, supe que tenía que intervenir. Debía buscar la manera de manifestarme para que papá creyese en mí. Sentí la mirada de Antoine clavada sobre mi cuerpo incorpóreo. Se la devolví y él me hizo un gesto casi imperceptible; se limitó a mover la cabeza de arriba abajo. Fue suficiente para mí. Era como si me dijese: ¡Venga, Escarlatina. Tú puedes! Y de repente, ya no importaba que estuviésemos enfadados, que lo hubiese asustado mucho hacía solo unas horas o que me pareciese un niño entrometido. Mi padre necesitaba pruebas de que yo era de verdad y eso era algo que nadie más podría remediar. Así que eché a volar por la cocina y fui directa a la abuela y a mamá. Tomé prestados los gorros de chef que llevaban en la cabeza y empecé a dar vueltas alrededor de la mesa. Antoine me guiñó un ojo y sonrió. Supe que había tomado la decisión correcta.

Mi familia y Lili no se atrevían a mover un músculo. Aguantaron la respiración mientras observaban aquel suceso paranormal. Para ellos debía ser espectacular ver los gorros volando solos alrededor de la mesa. Fue la abuela la primera que se atrevió a hablar:

—¿Es nuestra Esmeraldina! Esmeraldina, ¿eres tú, verdad?

Mi respuesta fue volar más y más rápido para darle a entender que era yo. Que estaba allí, con ellos. Algo cambiada, eso sí. Pero en el fondo seguía siendo yo y los quería igual que cuando era una niña de carne y hueso.

—¡Detente, Esmeraldina! —exclamó la espantafantasmas haciendo exagerados aspavientos con los brazos.

Yo le hice caso y me quedé flotando en el centro de la mesa, sin soltar los gorros.

—Rápido, Marieta, atranca la puerta para que nadie entre en la cocina —le pidió Lili—. ¡No podemos perder la comunicación! Esmeraldina —se dirigió a mí de nuevo hablando muy despacio, con tanta pompa que daba la risa— ¿Podrías mostrarte para nosotros? Tu familia necesita verte.

En ese momento me puse muy nerviosa. Mi aspecto había cambiado mucho desde que era una fantasma. Tenía miedo de asustarlos con mi pelo frito y mi piel azul. Y, encima, había cambiado mi vestido por ropa de vaquera. ¡Igual no me reconocían y pensaban que era una impostora!

—Tus ojos —me dijo entonces lady Horreur, que había entendido a la primera el motivo de mis dudas—. ¡Son mucho más *gggrandes* de lo que *egggran* antes, *pegggro* son inconfundibles! ¡*Muéstgggraselos!*

—¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido a mí?

Me concentré mucho para que no me sucediese lo mismo que la noche en la que quise aparecer ante Amancio, cuando solo conseguí hacer visibles algunas partes. Si por equivocación mostraba mi cabello o una de mis huesudas manos, iban a llevarse un susto tremendo. Imaginé que estaba a solas con lady Horreur, practicando; que aquello solo era una prueba como tantas otras que habíamos hecho durante el entrenamiento. Y, poco a poco, sentí como mis ojos se iban materializando para mamá, papá y la abuela.

—¡Es ella! ¡Son sus ojos! —exclamó la abuela, con la emoción rompiéndole la voz.

—Julius, es nuestra hija. ¡Nuestra Esmeraldina! —Mamá daba saltos de alegría—. Lo sabía, hija. ¡Sabía que estabas aquí!



Papá no fue capaz de decir una sola palabra. Cogió las manos de mamá y lloró de alegría.

Imagino que para ellos era increíble ver los ojos de su hija muerta flotando en el aire, en medio de unos gorros de cocina voladores.

—Esmeraldina —la que ahora hablaba era Lili—, ¿quieres decirle algo a tu familia? Si deseas comunicarte con ellos, este es el momento.

Empecé a buscar las palabras más adecuadas en mi mente. Pensé que quedaría genial algo así como: *Os quiero muchísimo y os echo de menos aún más. Espero que os muráis pronto, para volver a estar todos juntos*. Bueno, realmente no quería que se muriesen, pero en ese momento me salió así. De todos modos no pude pronunciar aquellas palabras porque sucedió algo que me frenó, algo que acabó con aquel instante tan íntimo y tan maravilloso. De repente, los quinqués se apagaron todos al mismo tiempo, dejando el hotel sumido en la oscuridad más inquietante. Unos cirios que la abuela tenía encendidos en la cocina desde el día de mi muerte se apagaron con un soplo invisible que nos rozó como una ráfaga de viento helado.

—¿Qué está pasando, Lady?

—*Segggrá* cosa de Sibilina, que *queggrrá asustaggr* a Amancio y está haciendo de las suyas con la banda de los *saqueadoggrs*.

¡Ojalá hubiese sido eso! El suelo del hotel se sacudió con un potente temblor que me hizo enmudecer. Las tazas de café chocaron unas contra otras en el interior de las vitrinas, la cubertería chilló desde dentro de los cajones, el piano rechinó en el salón con varios sonidos agudos y desafinados. El edificio entero se retorció en un escalofrío. Parecía estar rebelándose contra lo que se avecinaba. Varias imágenes espantosas se cruzaron en mi mente a toda velocidad: unas calaveras rodando por el suelo, sombras de formas monstruosas que nos envolvían, enormes llamaradas de fuego... Asustada, solté los gorros de mamá y de la abuela, que cayeron sobre la mesa como un mal presagio.

Capítulo 13

DEL EXTERIOR llegaban unos ladridos que no pertenecían al mundo de los vivos. Abandonar la cocina y dejar a mi familia en un momento como aquel fue la cosa más difícil que tuve que hacer desde que era una niña fantasma. No había otra opción. Tenía la sensación de que un ser oscuro, procedente de las mismísimas entrañas de la noche, se aproximaba al hotel.

—Tranquilos. Volveré enseguida —dije afligida por dejarlos allí solos.

Pero los únicos que me escucharon fueron mi amiga lady Horreur y Antoine. La araña y yo fuimos hasta la recepción y atravesamos la pared de la fachada principal del hotel. Allí fuera, la noche caía sobre el edificio como el aliento de un ser oscuro. Los ladridos sonaban cada vez más cerca.

—¡Mira, Lady! —le dije señalando al horizonte, donde divisé una sombra rodeada por brillos rojos—. ¡Es el esqueleto de un caballo!

Me sobrecogió aquella imponente figura del Más Allá. Era la osamenta de un caballo con la crin y la cola incandescentes. El esqueleto avanzaba en dirección al hotel a mucha velocidad. Delante de él, una jauría de perros de ojos rojos corrían y ladraban sin parar, mostrando sus lenguas de fuego. Todas aquellas llamas iluminaban la noche de manera estremecedora.

—¡Volvamos *dentgggro*, *Escagggrlatina*! ¡Esto no me gusta nada!

—Pero ¿quién es el jinete que va sobre el caballo? —pregunté, tratando de distinguir su rostro entre las sombras.

—¡*Sacrebleu*! ¡No *quiegggro* *sabegggrlo*! —contestó asustadísima, atravesando la pared para entrar de nuevo en el hotel.

Me di cuenta de que, sin un plan o sin saber a lo que me enfrentaba, no podría hacer nada contra aquellas criaturas, así que me di media vuelta. En el interior del hotel, volamos hacia lo alto de las escaleras principales, coronadas por una gran estatua que nos sirvió para escondernos. Permanecimos atentas, acechando en medio de la oscuridad, sin atrevernos a decir ni una sola palabra. Otros fantasmas habían percibido lo mismo que nosotras. Andaban de aquí para allá, preguntando qué pasaba, a qué se debían esos temblores y la sensación tan extraña que nos había asaltado a todos.

A los pocos minutos, la jauría de perros negros cruzó la puerta principal del hotel. Pensaba que eran un montón de ellos y, en realidad, solo eran tres. ¡Parecían muchos más porque tenían dos cabezas!

—*Escagggrlatina*, tengo mucho miedo —admitió Lady cuando vio aquellos perros bicéfalos, con las bocas repletas de dientes largos y afilados, soltando babas pegajosas. ¡Eran unos guarros! Estaban poniéndolo todo perdido.

Notaba el temblor de las ocho patitas de Lady en mi oreja derecha. Nunca la había visto así de

asustada. La cogí y le acaricié su lomo redondeado en un intento de transmitirle algo de tranquilidad. Se acurrucó en forma de bolita y se hizo pequeña, como hacen las arañas cuando las tocan. Entonces, tuve una idea.

—Aquí dentro no tendrás miedo —le dije con ternura, mientras la introducía en uno de los huecos de mi nariz. Tal vez no fuese el lugar más apropiado, pero fue el único que se me ocurrió en aquel momento para que se sintiese protegida. Como los muertos no tenemos mocos, pensé que no le daría reparo ocultarse ahí.

Un fantasma que respondía al nombre de Colador, un vaquero despistadísimo y aquejado de hipo, pasó por delante de la recepción. Cuando vio a los perros de dos cabezas, se llevó un susto de tal calibre que cogió un florero que había en el mostrador y de un trago se bebió toda el agua, confundiendo con una botella de whisky. El problema era que el vaquero había muerto en un tiroteo y tenía varios agujeros de bala en la barriga. Tan pronto como bebió, el líquido empezó a salir a chorros por los agujeros. Uno de los perros se acercó al charco de agua sucia que se había formado en el suelo y las dos cabezas se pusieron a beber con ansia.

—Qué extraña puede ser la vida de los fantasmas —afirmé.

Si los perros de dos cabezas daban miedo, el jinete provocó tal impresión que hasta las paredes del hotel se retorcieron. Era como si el edificio estuviese manifestando su malestar; como si de ninguna manera quisiese que aquel fantasma permeneciera en el interior de sus paredes. El caballo realizó una entrada espectacular. Atravesó la puerta, relinchó con una potencia descomunal y se alzó sobre las patas traseras. El jinete que lo montaba era un hombre vestido de negro que no tenía cabeza. ¡Por eso no había sido capaz de distinguir su rostro en medio de la noche!



—¡Ay, ay, ay...! —fue todo lo que conseguí decir ante la visión de aquel cuerpo decapitado.

—No me cuentes nada —la voz de Lady sonó como un eco desde su nuevo escondrijo—.

¡Pgggrefiegggro no sabeggrlo!

No había que ser muy inteligente para saber que a aquel jinete era mejor tenerlo lejos. Lo observé con mucha atención. Llevaba una túnica que lo cubría hasta los pies. También botas y guantes negros. Todo su cuerpo estaba rodeado de un halo rojo fuego a causa de las llamas que emitían las crines incandescentes del caballo. Del pescuezo del animal colgaba una ristra de calaveras que tintineaban cada vez que chocaban unas con las otras. Y, para acabar, sobre el lomo portaba una gran alforja.

Cuando el fantasma Colador vio al jinete decapitado sobre el caballo, hizo ademán de huir. Algo normal. Yo, en su situación, también querría alejarme lo antes posible de semejante fantasma. Pero entonces, del interior de la alforja que pendía del lomo del animal, sonó una voz cavernícola:

—¿Dónde te crees que vas, zarrapastroso?

El jinete cogió un lazo parecido al que usaba Nicotina para cazar fantasmas y comenzó a girarlo por encima de donde debería tener la cabeza. ¡Zum, zum, zum, zum...!, sonaba el lazo mientras daba vueltas aumentando de velocidad. Entonces, lo soltó con una agilidad sorprendente para un decapitado y cazó al vaquero por el cuello. En ese momento, mi mirada se detuvo en la ristra de calaveras que colgaban del caballo a modo de collar y lo tuve muy claro:

—Lady, no podemos quedarnos aquí —le dije en voz tan baja que parecía el aleteo de las alas de las moscas que vivían en el cubo de la basura—. Tenemos que ir a la cocina y advertir a Antoine. No quiero pensar en lo que puede suceder si Lili hace alguna tontería que cabree a este espíritu. No sé quién será ese jinete, pero huele a problemas serios.

—¡Es *tegggrribilis!* —resonó la voz de lady Horreur desde dentro de mi nariz. ¡Y eso que ella no había llegado a ver más que a los perros!

Antes de irme con el mítico sigilo de los fantasmas, eché una última ojeada al jinete decapitado. Había apretado tanto el lazo alrededor del cuello del vaquero que se le puso la cara color azul océano. Parecía estar a punto de explotar. No quise ver más. Atravesé techos y puertas, ignorando a las masas fantasmales que deambulaban por todas partes preguntándose unas a otras de dónde venían esos ladridos tan molestos.

En la cocina, alguien había vuelto a encender un cirio que proyectaba sombras interminables en las paredes y el suelo. Papá y mamá continuaban cogidos de las manos, tal y como yo los dejara hacía unos minutos. Debían de pensar que había estado allí todo el tiempo, que no había abandonado la cocina, y miraban a Lili completamente pasmados. La espantafantasmas, encaramada a una silla, hablaba con los gorros de cocinera, como si yo siguiese allí. Les decía cosas del tipo: *Esmeraldina, ¿continúas con nosotros? ¿Quieres decirnos algo? ¡Manifiéstate!*

—¡Esta *mujegggr* es incansable! —rebotó la voz de lady Horreur en las paredes de mis fosas nasales.

Dejé a Lili haciendo su teatro y me acerqué a Antoine para alertarlo de lo que acababa de ver con mis ojos fantasmales:

—Antoine, escúchame bien. No llevo muerta mucho tiempo, pero en estos días han pasado por delante de mis ojos docenas y docenas de fantasmas. Ninguna me ha hecho sentir algo como el ser del Más Allá que está ahí fuera.

Mientras le explicaba esto, el chico parecía querer leer en mi interior con sus ojos. ¡Era un niño verdaderamente enigmático!

—Lo mejor que podéis hacer tu abuela y tú es marcharos cuanto antes a vuestra casa — continué—. Temo que estéis en peligro. ¡Huid de aquí y, por favor, convence a mi familia para que se vayan con vosotros!

Antoine no podía contestarme. Si hablaba en voz alta, todo el mundo se daría cuenta de que era capaz de comunicarse con los muertos. ¡Estábamos en un apuro! Lili continuaba parlotando, ajena a la conversación que yo trataba de mantener con su nieto. Mamá, papá y la abuela tenían cara de estar esperando a que sucediese algo que parase aquella locura. De nuevo, imágenes horripilantes de sombras, fuego y calaveras empezaron a dibujarse en mi mente y supe que algo terrible iba a suceder de un momento a otro.

—¡Tienes que hacer algo, Antoine! —lo apuré para que pensara rápido—. ¡Se está agotando el tiempo! Puedo sentirlo en mi interior.

Y ¡lo que son las cosas!, tan pronto pronuncié esas palabras, di con la solución: No era él quien tenía que convencer a Lili y a mi familia para que se marchasen. ¡Era yo! Sin perder un segundo más, me acerqué a los gorros de cocinera y los cogí de nuevo, para llamar la atención de los vivos.

—Esmeraldina, estamos aquí para escucharte —dijo rápidamente la espantafantasmas con tono triunfante, al ver que los gorros volvían a flotar en el aire. Seguro que pensaba que cada una de mis intervenciones era mérito suyo.

Yo no sabía ni por dónde empezar. ¿Cómo se alerta a las personas que más quieres de que hay un peligro terrible acechando? Desconocía si aquella criatura podía hacerle algún mal a mi familia, pero no podía correr semejante riesgo. Dispuesta a comunicarme con ellos, cerré los ojos, me concentré mucho y empecé a hablar con una voz que me salió duplicada. Era como si fuéramos dos Escarlatinas hablando al mismo tiempo:

—Papá, mamá, abuela, tengo algo muy importante que deciros.

—¡Hija! —exclamó mamá, que me reconoció al instante.

—Estáis en peligro —continué, intentando no pensar en lo emocionada que estaba mamá.

—Habla sin miedo, Esmeraldina —me interrumpió la espantafantasmas abriendo mucho los brazos, reclamando el protagonismo—. Comunícate con nosotros con total libertad.

—¡Señora, deje el teatro para otro momento! —le grité, algo cansada de tanto cuento. No hay tiempo para estas tonterías.

—Esmeraldina, vaya carácter —murmuró la abuela, maravillada. Supongo que mi genio le debía recordar al de ella misma.

—Tenéis que ir de aquí lo antes posible —seguí, dispuesta a resolver aquello de una vez—. Acaba de llegar al hotel una criatura que no puedo ni describir. Tengo miedo de que pueda haceros daño. Sé que es difícil creer en los fantasmas, sobre todo para ti, papá. Pero necesito que confiéis en mí y que hagáis lo que os digo.

—Pero hija, no tenemos a dónde ir —contestó mamá, que no dudaba en absoluto de que el fantasma que estaba hablando era el de su hija.

—Pueden venir a nuestra casa —aproveché para apuntar Antoine, echándome una mano—. No está muy lejos de aquí y hay sitio para todos, ¿verdad, abuela?

Lili, después de mi reprimenda, estaba muy seria y se había alejado un poco de la mesa, como si aquello ya no fuese con ella. La había herido al hablarle de aquella manera.

—Señora espantadora de fantasmas —me dirigí a ella de nuevo, de modo más respetuoso—, le

pido disculpas si he sido un poco brusca con usted, pero tiene que comprenderme.

—*¡Bgggrusca, muy bgggrusca!* —resonó la voz de lady Horreur haciéndome cosquillas en las paredes de la nariz. Me propiné a mi misma un bofetón para que se callase.

—Sé que no tengo derecho a pedirle nada —proseguí—, pero le ruego que se concentre un momento. Que cierre los ojos e intente sentir en su interior lo mismo que siento yo. La presencia más terrorífica que nadie se haya imaginado nunca se encuentra en este instante en la recepción del hotel. Intente percibirla, por favor.

—Muy bien. Veremos si lo que dices es cierto —admitió orgullosa, con el cuello estirado como un pavo real.

Y tal y como estaba, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos poniendo una cara bastante ridícula.

Los perros ladraron con mucha fuerza y el sonido corrió por el hotel hasta llegar a la cocina. A Antoine le empezaron a temblar las piernas. Su cara era el espejo del miedo.

—Tú también los has escuchado, ¿verdad? —le pregunté hablando solo para él.

Me dijo que sí como siempre hacía, moviendo la cabeza de manera discreta. Entonces, para mi sorpresa, Sibilina hizo una teatral aparición en la cocina, siseando y moviendo el cascabel de su cola como una posesa. Venía muy despeinada, con el moño blanco medio deshecho. ¡Lo que nos faltaba!, pensé yo.

—*¡Essscarlatina! ¡Esssto no ssse puede conssssentir! Tienesss que hacer algo. Losss fantasmasss essstán huyendo despavoridossss de tu fantasssmahotel. ¡Essse jinete ha venido a por nuestrasss cabezasss! ¡Esss un coleccionisssta de calaverasss!*

—¿Qué jinete? ¿De qué habla? —preguntó lady Horreur, a quien le pudo la curiosidad y asomó la cabeza por el agujero de mi nariz.

—¿Cómo que qué jinete? *Malditasss recepcionistasssss holgazanassss*, que no saben ni lo que pasa en su propio negocio. ¡Quiero el libro de *reclamacionesss!* ¡*Essstá* claro que no *essstáiss* preparadass para dirigir *essste fantasssmahotel!*

Sibilina tenía tal enfado que dio una sacudida y el cascabel de la punta golpeó contra la cabeza de la espantafantasmas. Del trompazo, su peluca de hombre saltó por el aire y las cejas cayeron sobre la mesa.

—*¡Está tan cabgggreada que no se contgggrola y ataca a los vivos!* —dijo lady Horreur.

—*¡Malditosss humanosss! ¡Impostoresss! Essste lugar esssta lleno de trampososs* —gritó Sibilina, fuera de sí.

Lilí, que seguía concentrada tratando de percibir la terrible presencia, abrió los ojos como platos. El hecho de que su peluca hubiera salido despedida por una fuerza invisible fue la señal definitiva de que allí estaba ocurriendo algo grave.

—*¡Oh, por todos los fantasmas espantados!* —exclamó—. Esmeraldina lleva razón: esta criatura es peligrosísima. ¡Hay que escapar de este hotel cuanto antes!

Se acumulaban los problemas. Por un lado estaba mi familia, a la que tenía que sacar del hotel inmediatamente. Y, por otro lado, teníamos a Sibilina furibunda. Menos mal que ninguno de ellos podía escuchar aquella serpiente de cascabel. ¡Se desmayarían de la impresión! Salvo Antoine. Se notaba que estaba acostumbrado a vivir con los fantasmas rondando a su alrededor. La cuestión es que tuve que echar mano de todo mi ingenio para salir del paso. Tratando de no perder los nervios, me dirigí a Sibilina:

—Sibilina, le prometo que ahora mismo acudiré a recepción para solucionar esto.

—¿Y que *pienssss* hacer? ¡*Essse* jinete *essstá* cortando *nuestrasss* *cabezasss* una por una!

—Deme un minuto. Solo le pido un minuto. Tiene mi palabra de que iré a hablar con él.

—¿*Peggro* tú estás loca? —protestó Lady—. *Mon Dieu!*, ¿cómo vas a hablar con él si no tiene cabeza?

—La lleva dentro de la alforja del caballo. Sé lo que digo —añadí, tratando de parecer muy segura de mí misma.

Debió de sonar muy convincente, porque Sibilina dio media vuelta y comenzó a reptar.

—¿Quién me mandaría a mi venir a *essste sssitio!* *Ssssi* ni *sssiquiera ssson capacesss* de cuidar *sssu* apariencia, ¿cómo van a *gessstionar* en *condicionesss* el hotel! Menudas *pintasss* se *gassstan essstasss dosss* —añadió refiriéndose a lady Horreur y a mí, justo antes de atravesar la puerta.

Respiré aliviada cuando la vi alejarse. Ahora solo me quedaba sacar de allí a todos los vivos y ponerlos a salvo. Volví a dirigirme a los vivos:

—¡Atendedme bien, amigos! Tenéis que irros, pero de ninguna manera podéis pasar por delante de la recepción del hotel. Huid por la ventana y hacedlo ya.

—Pero... ¿Y qué harás tú, hija? —me preguntó mi madre—. ¡No podemos dejarte aquí!

—Yo ya no pertenezco a vuestro mundo, mamá. Me da tanta pena irme de este lugar donde he sido tan feliz, que me duele el hueco donde un día tuve el corazón. Pero sé que algún día nos volveremos a encontrar en el Más Allá, y eso es suficiente. Además, estoy segura de que allí donde viven los muertos no se está tan mal —añadí pensando en lo que se divertía Nicotina cazando difuntos. ¡Igual hasta me hacía un sitio en su diligencia y todo! Sería genial poder ir de caza juntas.

—Esta nieta mía es tremenda. ¡Eres tremenda, Esmeraldina! —gritó la abuela, con lágrimas en los ojos.

—Ya no soy Esmeraldina —les expliqué con dulzura—. Ahora me llamo Escarlatina y creo que estoy preparada para partir camino del Más Allá.

—Escarlatina —dijo por fin papá rompiendo su silencio—. Perdona por no creer en ti hasta ahora. ¡Estamos muy orgullosos de ti! Eres la mejor hija del mundo.

En aquel momento sentí que mi cuerpo incorpóreo se materializaba delante de ellos. No importaban mis pelos tiesos como alambres, mi piel azul o el arañón francés de mi nariz, que pendía de un hilo de telaraña que le salía del trasero. Ellos tenían derecho a verme por última vez.

—¡Nos vemos en el Más Allá! ¡Os quiero muchísimo! —les grité mandándoles besos por el aire.

Ellos también me mandaron besos del mismo modo y, aunque parezca mentira, sentí como se estrellaban en mis mejillas. Verlos así de felices y de emocionados fue de las mejores cosas que me han sucedido jamás.

—¡Nosotros también te queremos, Escarlatina! —corearon todos a una.

No logré contener las lágrimas de granizo que se apiñaban en las cuencas de mis ojos. Varias bolitas de hielo cayeron sobre la mesa de la cocina. Mamá las cogió y observó maravillada cómo se deshacían en la palma de su mano.

—Hasta siempre, hija —me dijo.

Había llegado el momento de marcharse.

—Antoine —me dirigí solo a él, sintiendo que mi cuerpo se volvía a hacer invisible para el resto—. Abre la ventana y sácalos de aquí. Gracias por todo. ¡Nunca te olvidaré!

El chico me guiñó un ojo y representó con las manos un corazón sobre el pecho.

—Hay corazones que laten más allá de la vida. Hasta siempre, Escarlatina.

Capítulo 14

—¡NO HAY TIEMPO que perder. Veamos qué está pasando en la recepción! —le ordené a lady Horreur.

Observé a través de los cristales de la ventana cómo mi familia, junto con Antoine y la excéntrica Lili, se marchaban del hotel en medio de la noche. También varias masas fantasmales huían despavoridas. Al final, Lili había acertado. Iba a producirse la Gran Espantada que ella se había hartado de anunciar.

—*Pegggro Escagggrlatina, ¿paggggra qué quiegggres igggr a la gggrecepción? Tú egggres una fantasmita. Como quien dice, acabas de moggggrigggrte. ¡Y ese jinete, poggggr lo que ha contado Sibilina, pagggrece un vetegggrano! Nos va a hacegggr papilla.*

—¡Que se atreva! —le contesté, haciendo algo que ya era habitual en mí: fingí que desenfundaba dos pistolas.

En esta ocasión, puse tanto entusiasmo en el gesto que de mis dos dedos índices salió una pequeña nube de humo.

—Le tengo mucho *apgggrecio* a mi cabeza —señaló Lady.

—Pues venga, métela dentro y deja de dar la lata.

Y le propiné un golpe para que entrase de nuevo en mi nariz y me dejase trabajar. Yo también estaba muerta de miedo, sería una tontería negarlo. Pero si algo tenía claro, es que el miedo no me podía ganar la partida. Iba a plantarle cara al jinete decapitado. No sabía cómo, ya encontraría la manera. El hecho de haber hablado con mis padres y con mi abuela fue una inyección de ánimo. Me sentía mucho más fuerte y con unas ganas tremendas de emprender el viaje al Más Allá. Algo me decía que esa iba a ser una grandísima aventura. Pero antes tenía que asegurarme de que mis padres y mi abuela podrían continuar con sus vidas en el hotel. Necesitaba saber que se quedaban a salvo.

Subí hasta el último piso para tener una buena perspectiva y aproveché para hacer una ronda y ver cuántos fantasmas seguían allí. Al pasar por delante de la habitación 55, escuché a Amancio gritar desde dentro, aporreando la puerta como un poseso:

—Señora espantafantasmas, ¿está usted ahí fuera? Escucho ruidos muy raros. ¿Puedo salir ya?

Claro, como Lili había dado instrucciones claras de no salir de las habitaciones a partir de las doce de la noche, Amancio no se atrevía. Y las masas fantasmales que estaban hospedadas en el hotel se revolucionaron tanto con la llegada del jinete que durante la huida tiraron quinqués, estatuas y otras cosas por el suelo, montando un jaleo descomunal. Aproveché la ocasión para hacer de las mías. Total, solo serían unos segundos. Me acerqué mucho a la puerta y la atravesé solo con la cabeza. Imaginé la cara de Amancio al ver mi rostro traspasando la puerta como una gárgola y me pareció un susto genial. Como era de esperar, al hombre casi le da un patatús.

—¡Amancio el rancio! ¿Quieres que te prepare una riquísima sopa de globos oculares?

El pobre soltó un berrido que si no llego a estar muerta, me rompe los tímpanos:

—¡Otra vez túúúú!

Lady Horreur, que no quiso perder la oportunidad, se descolgó de mi nariz por sorpresa:

—¡Amancio, *gggrancio!*

Torcí la boca, saqué la lengua y empecé a moverla en todas las direcciones, intentando darle mucho miedo. Mientras, Lady sacudía sus ocho patas de arriba abajo al tiempo que repetía *¡Buu, buuu, buuuu!* Amancio corrió hacia la cama y se tapó la cabeza.

—¡Dejadme en paz y huid de aquí, fantasmas inmundas!

No me tomé lo de inmundas como un insulto. Desde mi muerte, uno de los lugares donde me sentía más feliz era dentro del cubo de la basura, nadando entre la inmundicia.

Como aún tenía mucho que hacer, dejé a Amancio, seguí mi camino y me aproximé a la barandilla del quinto piso, desde donde podía observar a vista de pájaro la entrada del hotel. Allí abajo estaban los horripilantes perros bicéfalos y el jinete decapitado. Por el suelo rodaban varias calaveras y aquí y allá había fantasmas descabezados dando tumbos. Es lógico: como no podían ver, no daban pie con bola.

—*¡Migggra, ese cuegggrpo sin cabeza es uno de los saqueadogggres!* —dijo lady Horreur.

—Y aquel otro es Colador. Tiene la barriga llena de agujeros.

Me llamó la atención que las cabezas cortadas se convirtieran en calaveras tan rápido.

—¿Eso es lo que sucede cuando decapitan a un fantasma? —le pregunté a Lady, convencida de que ella conocía la respuesta—. ¿Su cabeza se convierte en una calavera en el acto?

—¡Su cabeza y *cualquiegggr otgggra paggggrte* del *cuegggrpo!* El esqueleto es nuestra esencia. En cuanto le amputas un *miembgggro* a un fantasma, *cualquiegggra* que sea, queda inmediatamente *gggreducido* a huesos.

—¡Oh! —me limité a decir.

¡Cuánto me quedaba por aprender de las normas del mundo de los muertos!

De repente, alguien se presentó interrumpiendo mis pensamientos. ¿Quién sería? ¡Pues claro!: Sibilina. Empezaba a convertirse en una costumbre que apareciera en el momento más inesperado.

—Ya han *passsado* ocho *minutosss* y *siguesss sssin* hacer nada con *essste* entuerto. *Essstá visssto* que lo de dirigir un hotel no *esss* algo que pueda hacer cualquiera —me recriminó mientras aprovechaba para atusar su moño blanco.

—¡Mujer, lo del minuto era una forma de hablar! —repliqué, tratando de parecer amigable—. Mire, ¿ve la alforja del jinete? Si usted se fija, tiene dos agujeros. Estoy segura de que ahí dentro guarda su cabeza y que esos agujeros son para los ojos. Si conseguimos arrebatarse la alforja, lo dejaremos ciego.

—*Sssssss* —me contestó Sibilina. Y se quedó callada unos instantes. Debía de ser el ruido que hacía cuando pensaba.

—¿*Sssssss* qué?

—Aunque lo que *digasss sssea* cierto, ¿cómo *vamosss* a hacer para arrebatarse la alforja con *esosss perrosss* que lo protegen?

—Atacándolo desde arriba.

—*Losss sabuesosss* empezarán a ladrar y *nosss* delatarán.

—Aunque nos delaten, él no podrá saber el lugar exacto donde estamos. Solo puede mirar en la

dirección que le permiten los agujeros de la alforja.

—¿Y qué *piensasss* hacer, *sssaltar* encima de él y tirarlo del caballo? —me preguntó con ironía—. Compara *sssu* tamaño con el tuyo. ¡A *sssu* lado, *eresss* una pulga!

—En realidad, mi plan es otro.

Sibilina sacó su lengua bífida, la hizo vibrar y volvió a meterla en la boca. Yo sabía que esperaba mi respuesta. Pero, en realidad, no era una respuesta lo que yo tenía en la cabeza, sino una pregunta:

—Sibilina, ¿cuál fue la causa de su muerte? ¿Por qué tiene usted mitad forma humana y mitad reptil?

—Es elemental, querida. Me atacó una *ssserpiente* de *cassscabel* y me mató. El *Sssalvaje Oessste essstá* repleto de *ellasss*. Pero creo que esto me da un punto de fantasma exótica. Me gusta *ssser* medio humana y medio *ssserpiente*. *Lasss essscamas azulesss* combinan muy bien con mi pelo blanco.

¡Qué presumida es esta Sibilina!, pensé.

—Cuando llegó al fantasmahotel, me fijé en que tiene unos colmillos prominentes y afilados —continué.

—*Esss* de las *pocasss ventajasss* que tiene *ssser* una *ssserpiente*-fantasma. Yo no necesito *armassss* para defenderme o atacar. *Lasss* llevo *integradasss*.

No me sorprendió que nada más decir esto me enseñase sus colmillos, como si al mostrarlos quisiera asustarme o advertirme de que ella era más poderosa que yo. Pero Sibilina ya no me daba ningún miedo. Tenía mucho genio, pero algo me hacía pensar que, en el fondo, yo le caía bien.

Supongo que algo influiría el hecho de darles (a ella y a los saqueadores) la idea de asustar a Amancio la noche anterior. Lo habían pasado de miedo persiguiéndolo por todo el hotel. ¡Y no me extraña!

—Pero su veneno ya no es mortal —repliqué llevando la conversación a mi terreno.

—¿Cómo va a *ssser* mortal? *Losss fantasmasss* ya *essstán muertosss*. No *ssse* pueden morir *doss* *vecesss*. ¿Nadie te ha explicado *essso*? —se enojó, como si yo hubiese dicho una barbaridad—. Lo que hace mi veneno *esss* paralizar a los *fantasmasss variosss minutosss*. ¡*Estásss* muy verde, *Essscarlatina*!

Eso era justo lo que necesitaba saber. Unos minutos serían más que suficientes. Lady Horreur también podría hacerlo, de hecho a mí me había dejado seca de una picadura, pero no era tan fuerte como Sibilina. Además, no quería ponerla en peligro.

—¿Sabe qué estoy pensando? Que si fuese capaz de darle un mordisco a la alforja e inyectarle el veneno en la cabeza, derrumbaría al jinete decapitado —razoné, convencida de que el plan podría funcionar—. Con su cabeza en nuestro poder, está perdido.

—*Pssssss* —me contestó ella, meneando su cascabel—. ¿Y qué gano yo con todo *esssto*? Porque *sssoy* la única que *ssse arriesssga* —replicó después de reflexionar unos segundos.

—Le ofrezco un trato: si usted se compromete a librarnos del jinete y a cuidar de mi familia, le cedo mi puesto de directora del fantasmahotel. ¡Ah! Y también debe mantener a Amancio a raya. ¿Qué me dice?

Sibilina no dio una respuesta inmediata. Permaneció en silencio, meditando sobre mi propuesta.

—¡Eso sí, *tendgggrás* que *buscagggr* una *gggrecepcionista*, *pogggrque* yo me voy allá donde

vaya *Escagggrlatina!*

—No me *ssssería* difícil encontrar una *repcionisssta másss* competente que tú —le contestó Sibilina a lady Horreur, que no perdía la oportunidad.

—*¡Seggggrá gggroseggra!* —gruñó metiéndose de nuevo en mi nariz.

—Entonces, ¿tenemos trato? —le pregunté.

Sibilina resopló, como si mi presencia la exasperase. Pero, en realidad, yo creo que solo estaba haciéndose la interesante porque, a continuación, dijo:

—*Sssí, tenemossss* trato.

El plan era relativamente sencillo, pero no estaba exento de riesgos. Sibilina debía precipitarse desde la barandilla, en lo alto de las escaleras, y dar un salto colosal hasta la recepción. Una vez ahí venía la parte más difícil: sería el momento de lanzarse sobre la alforja para hincarle los colmillos e inyectar el veneno. La clave estaba en la rapidez. Tenía que coger por sorpresa al jinete decapitado y a los perros para no darles tiempo a reaccionar. No valía que se acercase volando, tenía que dar un salto acrobático milimétricamente calculado y luego coger la cabeza y traérnosla.

—*¡Hogggrrreugggr!* —gritó Lady desde el interior de mi nariz—. ¡El jinete está bajando del caballo!

—¡Corre, Sibilina! —exclamé sin disimular los nervios, sabiendo que había llegado el momento de actuar—. ¡Es ahora o nunca!

Sibilina subió a la barandilla, sacó y metió la lengua varias veces, se retocó el moño por última vez, y se precipitó sobre el caballo.

—*¡Muégggrdele, muégggrdele, muégggrdeleeeee!* —la animó lady Horreur, a pesar de que no se llevaban demasiado bien.

La serpiente-fantasma sacó los colmillos y los clavó en la alforja sin piedad. Mientras inyectaba el veneno, las escamas de su rostro se volvieron completamente blancas. Debía de estar haciendo un esfuerzo titánico. A partir de ese momento, todo se precipitó. El jinete empezó a tambalearse y se derrumbó en el suelo. ¡El veneno ya había hecho efecto! Los perros bicéfalos ladraban enfurecidos y babeaban. Parecía que tenían la rabia. Intentaron acercarse a Sibilina, pero no conseguían alcanzarla. Ella estaba suspendida en el aire sobre el lomo del caballo, haciéndoles burla. Hizo sonar el cascabel de su cola y movió el cuerpo al ritmo de la música, bailando para ellos. Los perros saltaban, furiosos, dando mordiscos al aire.

—¡La cabeza, Sibilina! —le grité desde arriba—. ¡Coge la cabeza antes de que el jinete recobre el sentido!

No podía creer que Sibilina se pusiese a hacer tonterías en un momento crucial como aquel. Por lo menos, me hizo caso. Abrió la alforja y cogió la cabeza. Eso sí, sin dejar de menear el cascabel.

—¡Oh, no! —exclamó lady Horreur.

Las llamas de las crines del caballo crecieron de repente, como si el animal tuviese el don de incendiarse a su antojo, y alcanzaron a Sibilina, que cayó al suelo, echando humo negro por las escamas. La cabeza del jinete se le cayó de las manos. Rodó varias veces y, desde mi posición, logré ver por fin su rostro. Me pareció una cara muy familiar, pero no tenía tiempo para pensar. En aquel instante, lo único que me importaba era ayudar a Sibilina, que se retorció en el suelo con el cuerpo chamuscado. La única opción que se me ocurrió fue la de saltar, cogerla por un brazo y

ayudarla a volar. Puse la mente en blanco, dispuesta a ser más valiente de lo que había sido jamás, aun sabiendo que llevaba todas las de perder. Y, aunque parezca mentira, salté. Por el aire, mientras me precipitaba hacia la serpiente-fantasma, una imagen se cruzó en mi cabeza y recordé dónde había visto la cara del jinete. ¡En la diligencia de Nicotina, en aquel cartel de «SE BUSCA»! Justo cuando estaba a punto de chocar contra el suelo, frené y me concentré para flotar a una distancia prudente. Pero las cosas no siempre salen como uno espera. No había calculado bien la altura. Además, era imposible imaginar que aquellos perros tuviesen tanta potencia en las patas. Uno de ellos saltó directo hacia mí y, sin darme tiempo a reaccionar, me mordió en la cara con una de sus dos bocas. Noté como me arrancaba un trozo de carne espectral. *Ahora sí que estamos perdidas*, pensé.

—¡Escaggglatina! —gritó lady Horreur al escuchar mis gemidos.

La pobre había percibido el mordisco a escasos centímetros de su escondrijo. Intenté volar, pero no lo conseguí. Era como si hubiese perdido la facultad de sostenerme en el aire por culpa del mordisco del sabueso. Tirada en el suelo, me sentía muy débil. Los perros nos tenían rodeadas. El caballo relinchaba luciendo sus crines y su cola ardientes y el cuerpo del jinete empezaba a moverse levemente, como si estuviese recobrando el sentido.

—Esto es el fin —susurré, mientras los perros se iban acercando más y más a nosotras.

—¡Escaggglatina, no digas eso! ¡Venga, tienes que volaggggr! ¡Ponte de pie! —me gritaba lady Horreur.

Pero yo no podía, me había desinflado. Entonces, cuando ya pensaba que todo estaba perdido y que nuestras cabezas iban a rodar por el suelo, vi volar una pluma blanca con la punta roja que me hizo recuperar la esperanza.

—Caballo Desbocado —dije, en un susurro.

Allí estaba el jefe indio, observándonos desde la barandilla, con el arco en la mano. Vi cómo iba sacando de su pecho las flechas que tenía clavadas y las disparaba con maestría, directas a los perros. Solo necesitó lanzar tres para inmovilizarlos.



—Yo deberte un favor, amiga Escarlatina —dijo mientras volaba hasta colocarse a mi lado—.
Caballo Desbocado nunca olvidar.

Capítulo 15

CABALLO DESBOCADO fue nuestra salvación. Después de dejar fuera de juego a los perros con sus flechas, agarró la cabeza del jinete dispuesto a alejarla del cuerpo de aquel peligroso difunto. Nada más cogerla, su voz de cavernícola resonó de forma grave.

—¡Caballo Desbocado, suéltame! Te vas a arrepentir.

—Tú no estar en posición de exigir nada —le contestó Caballo Desbocado con toda la tranquilidad del mundo—. Tú callar si no querer que te corte la cabellera y la queme en el fuego de tu caballo.

A continuación le dirigió una mirada fugaz a los perros bicéfalos y añadió:

—Yo alegrarme de que todas estas flechas que aquellos vaqueros me clavaron en el pecho cuando todavía estaba vivo, después de caerme del caballo desbocado, hayan servido para algo.

Aquella confesión me conmovió. ¡Qué muerte más cruel! Después de dejar la cabeza en el quinto piso, regresó con nosotras e hizo algo que al principio no entendí. Me parecía que se trataba de una especie de ritual. Se puso a cantar y a bailar alrededor del caballo ardiente y también de la pobre Sibilina, que seguía echando humo por las escamas chamuscadas. El indio levantaba y agachaba su cabeza adornada con el tocado de plumas mientras cantaba en un idioma ancestral que le salía de lo más profundo. Era como si estuviese conectado con la tierra. El suelo latía debajo de sus pies. No te puedes imaginar lo que sucedió después. Bajo el techo de la recepción del hotel, empezaron a formarse unos nubarrones negros que aumentaban de tamaño a medida que Caballo Desbocado cantaba más y más fuerte. El sonido de un trueno retumbó en las paredes haciéndolas vibrar.

—¡Es la danza de la lluvia! —me dijo lady Horreur—. Venga, *Escagggrlatina*, unámonos a él.

—¿Pero qué quieres, que nos pongamos a bailar en un momento como este?

—*Siempgggre* es un buen momento *pagggra bailaggr* y *cantaggr*. ¡*Alegggria!*

Era difícil no dejarse contagiar por el entusiasmo de lady Horreur. Me incorporé e imité los movimientos del jefe indio. Lady también bailaba sobre mi frente. El caballo no dejaba de relinchar con sus ojos rojos encendidos de rabia y los perros gruñían entre dientes desde el suelo, donde se habían quedado tendidos gracias a los certeros disparos de Caballo Desbocado. Levanté la cabeza y vi que los nubarrones negros engordaran tanto que parecían a punto de explotar. Entonces chocaron unos contra otros y empezó a llover como solo llueve cuando un indio baila. Aquella impresionante tromba de agua apagó las crines y la cola del caballo en el acto. Con las llamas consumidas, no daba ni la mitad de miedo. No era más que un pobre esqueleto. Todos aquellos litros de agua que descargaron las nubes sirvieron también para aliviar a Sibilina.

—¡Mi cabello! —gritó echándose las manos a la cabeza—. ¡Decidme que no se ha quemado!

—Tranquila, Sibi, tu pelo está intacto —la tranquilicé mientras la ayudaba a incorporarse. Me

pareció que había llegado el momento de tutearla—. Y si te soy sincera, esas escamas negras te dan un toque muy elegante. En una ciudad como París estarías a la última moda. ¿Verdad, lady Horreur?

—¡Desde luego que sí, *mon amie!*

—*Sssi* tú lo *dicesss* —contestó algo enfadada, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

El cuerpo del jinete se había movido durante el diluvio. Ahora estaba de pie, apoyado contra una pared. ¡Qué envergadura tenía! Imponente. Debía medir cerca de dos metros. No voy a ocultar que su visión me provocaba una tremenda inquietud. Seguro que era muy fuerte. A mí me daba la impresión de que debajo de aquellas ropas negras se escondía un esqueleto de hierro.

—No temer. Jinete ser inofensivo sin su cabeza —me tranquilizó Caballo Desbocado, que por la expresión de mi rostro debió intuir lo que estaba pensando—. Tú ser muy inteligente, Escarlatina. El veneno de Sibilina salvarnos a todos.

—Da mucho miedo —comenté sin apartar la vista del cuerpo decapitado.

—¡Pues prepárate, porque pienso vengarme! —sonó su voz desde el quinto piso.

—*Hoggrreugggr!* —exclamó Lady.

Un escalofrío sacudió mi cuerpo. Tuve la certeza de que aquella cabeza parlante hablaba muy en serio.

—¡Tú callar, decapitado! —le gritó Caballo Desbocado con voz firme—. Yo no consentir que tú amenazar a mi amiga.

De pronto, un sonido muy familiar me obligó a volver la vista hacia la puerta principal del hotel.

—¡Nicotina! —exclamé, felicísima de verla de nuevo.

Allí estaba la cazadora de difuntos, con su pipa humeante en la boca y las pistolas, moviendo el lazo sobre la cabeza, dispuesta a cazar a todos los muertos que andaban por allí y meterlos en su diligencia mortuoria.

—¿Tenías ganas de verme, pelo frito?

Corrí hacia ella con la única intención de abrazarla muy fuerte. Rodeé su cuerpo esquelético con mis brazos. En un primer momento pensé que no me correspondería, pero sí que lo hizo. Me dio un abrazo cadavérico que me reconfortó. Luego cazó el cuerpo de Colador y también del integrante de la banda de saqueadores que había sido decapitado.

—Querida, concédeme unos minutos, que tengo mucho que hacer —se disculpó ceremoniosa.

Ató los lazos de los fantasmas que acababa de cazar alrededor de su silla para que no huyesen y empezó a voltear otro lazo, dispuesta a atrapar una nueva presa. Caballo Desbocado se acercó a los perros para quitarles las flechas. Para mi sorpresa, después de extraerlas de sus cuerpos, volvió a clavarlas en su pecho, una por una. Le vi hacer un gesto de alivio, como si acabara de recuperar el aliento cuando devolvió las flechas a su lugar original.

—Pero ¿qué es lo que tenemos aquí? —preguntó Nicotina cuando vio el cuerpo del jinete decapitado—. ¡Qué ganas tenía de cogerte, cabeza de mequetrefe! Llevo mucho tiempo detrás de este muerto —nos explicó—. Me imagino que ya habéis visto que se dedica a robar cabezas. Yo creo que está algo desequilibrado. Eso de ir decapitando muertos a diestro y siniestro para colgar sus calaveras de un collar, es algo que no se puede consentir. Da muy mal ejemplo. Por cierto, no sabréis por dónde anda su cocorota, ¿verdad?

—La cabeza estar a salvo, Nicoleta Cody —le contestó Caballo Desbocado.

—¡Hao, Flecha Veloz! ¿Qué haces tú por aquí? —lo saludó Nicotina.

—Se llaman *poggr* sus *nombggres* de vivos —murmuró lady Horreur en mi oreja—. Deben de *seggr* viejos conocidos.

—Yo venir aquí para estar cerca de mis montañas —le explicó Flecha Veloz a Nicotina.

—Me alegro de verte —le dijo ella inclinándose levemente hacia delante, mostrándole su respeto—. Debo pedirte que me entregues la cabeza del jinete, amigo. Este es un muerto peligroso. Tengo orden de llevarlo al Más Allá.

—Yo no poder entregarla aún, amiga Nicoleta.

—Venga, córtale la cabellera lo antes posible, que voy con el tiempo justo. Por cierto, hay una recompensa para aquel difunto que entregue al jinete decapitado.

—Yo no querer recompensas.

—No hables tan rápido, amigo mío. Hay una vacante en las Montañas Coloradas. En el Más Allá necesitan un muerto para que se convierta en el espíritu de las montañas.

—Eso cambiar las cosas. Montañas ser mi hogar —dijo Flecha Veloz con los ojos brillando de felicidad—. Yo desear con todas mis fuerzas ser el espíritu de las montañas.

—¡Pues ya está todo dicho!

A continuación, haciendo un movimiento rapidísimo que nos cogió a todos por sorpresa, Nicotina cazó a Sibilina.

—¿Pero qué *hacesss*? —protestó la serpiente, intentando zafarse del lazo.

—¡Mi trabajo, cascabela! Que llevas un montón de años deambulando de aquí para allá y no hay forma de que te asientes. Ya conoces las normas: si no encuentras residencia fija en el mundo de los vivos en un plazo razonable, tienes que viajar al Más Allá.

—Nicotina —intervine yo—, la señora Sibilina se va a quedar con mi puesto en el fantasmahotel. Ella es la nueva directora.

—No me digas —preguntó antes de darle una calada a la pipa, soltando una nube de humo que se deshizo en el aire—. Entonces, Escarlatina: ¿vienes conmigo al Más Allá?

—Sí. Creo que ya estoy preparada para emprender el viaje.

—¡Estamos! —protestó lady Horreur, que no soportaba que nos olvidásemos de ella.

—¡Pues venga, en marcha! —continuó Nicotina—. Espero que no tengamos un viaje muy accidentado. ¡Hoy hay muchas turbulencias! Por cierto —añadió la cazadora de difuntos dirigiéndose a mí—, qué guapa estás con ese bocado que tienes en la cara, Escarlatina. Ahora pareces una muerta de verdad.

Acerqué la mano al lugar donde me había mordido aquel perro. ¡Menudo agujero! Podía meter tres dedos y llegar hasta la mandíbula.

—Ahora parece que tengo dos bocas en vez de una.

—¡*Mejoggr*, así puedes *comegggr* más!

Nicotina sacó del hotel a todos los muertos que había cazado: el jinete, los perros, Colador, el saqueador de tumbas... pero se dejó uno atrás: el caballo. Desde que los nubarrones de lluvia apagaran el fuego, el animal parecía mucho más manso. Inspiraba compasión y todo.

—Tenemos un pequeño problema —anunció Nicotina después de meter a todos los fantasmas en su diligencia—. No hay sitio para más. Esta ha sido una noche muy productiva. Llevo sobrepeso.

Durante un momento, pensé que Nicotina iba a dejarme en el hotel para volver otro día a por mí. Pero esas no eran sus intenciones.

—¿Sabes montar a caballo, pelo frito?

—Uf...

—¡Ni uf ni nada! Venga, sube al caballo y cabalga detrás de mí. Prometo no correr mucho — añadió dejando escapar una sonrisa maliciosa.

Caballo Desbocado, que se había ausentado unos minutos, apareció con la cabeza del jinete en un mano y su cabellera en la otra. Se la entregó a la cazadora de difuntos mientras le explicaba que la cabeza le había mordido un dedo.

—Tú tener cuidado. Cabeza ser peligrosa.

—Tranquilo, que le tengo reservado un sitio especial.

La cazadora agarró la cabeza, la colocó en el asiento y luego se sentó encima de ella.

—¡Creo que debajo de mi trasero iré segura! Y como soy toda huesos; si se atreve a mordirme, perderá los dientes.

—Esto os va a salir muy caro —gruñó la cabeza—. ¡Pienso cortar vuestras cabezas, una a una!

—Flecha Veloz, acércate aquí —le pidió Nicotina, ignorando las palabras que había pronunciado el jinete.

Cogió un manojo de plumas del tocado de Caballo Desbocado y se las metió en la boca a la cabeza.

—¡A ver si así aprendes a estar callado! —le gritó.

Antes de partir, le pedí a Nicotina que esperase unos segundos. Necesitaba una cosa que estaba en el interior del hotel. Volé rapidísimo hasta la cocina y cogí el gorro de cocinera de la abuela y el mandil de mamá. Algo me decía que me iban a resultar muy útiles allá donde me me dirigía. Tirada en el suelo encontré también la pajarita de papá. ¡Qué bien!, pensé. *Así, llevando conmigo un recuerdo de cada uno, los tendré siempre presentes.*

Después de la cocina, fui a recepción. Allí seguía el esqueleto del caballo. Tenía la mirada triste. Debía de sentirse muy solo.

—¿Y tú qué? —le dije—. ¿Me vas a dar alguna sorpresa desagradable o te vas a portar bien?

El caballo se limitó a resoplar.

—No sé por qué servías al jinete decapitado. Ni siquiera me importa —le contesté—. Ahora tú y yo vamos a intentar llevarnos bien, ¿vale?

Le acaricié la cabeza y a él pareció gustarle. Me dio un lametazo en la cara, justo en la herida que me habían hecho los perros.

—¡Este caballo, *ma petite*, tiene falta de *caggriño*! —comentó lady Horreur.

Lo monté después de guardar en la alforja el mandil, la pajarita y el gorro, y salimos al exterior. Allí, Nicotina nos esperaba con actitud de quien está a punto de perder la paciencia.

—¡A ver, que no tenemos toda la noche!

—¡Ya estamos listas!

Caballo Desbocado y Sibilina me desearon buena suerte.

—Prometo cuidar de tu familia, *Essscarlatina*. Mantendré a Amancio a raya. Eso sí, voy a diseñar *nuevossss trajessss* para el personal del fantasmahotel. ¡Pienso ser la directora *másss* sofisticada de todo el Salvaje Oeste!

—¡Seguro que lo consigues! —le contesté agarrando bien fuerte las riendas del caballo.

—Que la estrellas te guíen, amiga blanca —se despidió también Caballo Desbocado.

—¡Amiga azul! —lo corregí yo—. ¡Vas a ser el mejor espíritu de las montañas, Flecha Veloz!

Y de esta manera, montada en aquel esqueleto, emprendí un emocionante viaje al Más Allá siguiendo a Nicotina. La diligencia mortuoria empezó a ganar más y más velocidad hasta que atravesó la noche. Yo iba detrás, cabalgando en las tinieblas, dispuesta a enfrentarme con valentía a todo aquello que me deparase el futuro.

—¡Hasta siempre! ¡Jamás os olvidaré! —exclamé dirigiéndome a papá, mamá y la abuela.

Y, no me pregunteis cómo, pero sé que ellos escucharon mi voz en su interior. Entonces, mi caballo relinchó y las crines se le incendiaron. Pero en esta ocasión, las llamas no eran rojas. Eran azules, como yo.

—¡Yiiiihaaaaa! —grité sintiendo el frío del Más Allá en mi rostro.

Saqué el sombrero de vaquera y lo lancé al aire. Una nueva aventura me esperaba en el camino al inframundo. Yo, a pesar de estar vacía por dentro, pese a ser una pequeña fantasma sin órganos ni sangre, sentía muchísimas emociones palpitando en mi interior. A fin de cuentas, hay corazones que laten más allá de la muerte. Y eso es lo único que importa.

FIN





El Libro de Recetas de la Tremenda

La historia de este libro tiene mucho de insólita. Todo sucedió varios años después de la muerte de Esmeraldina. La Tremenda, la chef de cuisine del Hotel Fantastique, hizo una petición el día de su noventa cumpleaños, viendo próximo su final: que la enterrasen junto con su libro de recetas. Ese era su tesoro máspreciado. Durante muchas décadas, noche tras noche, la Tremenda se dedicó a transcribir los distintos menús que ella misma elaboraba, con la ayuda de su hija, para el Hotel Fantastique. No quería separarse de su libro ni después de muerta. Tras su trágico fallecimiento, numerosos chefs de todo el mundo acudieron al hotel en busca del Libro de Recetas de la Tremenda. Sabían que gracias a los secretos de cocina de esta prestigiosa chef, lograrían fama y éxito. Pero el libro descansaba al lado del cuerpo de la mujer, en una hermosa tumba de mármol adornada con delicadas estatuas. Hubo alguien, un hombre misterioso y sin escrúpulos, que se atrevió a profanar la tumba de la Tremenda para robar el codiciado ejemplar. Rompió las estatuas y el mármol, llevándose por delante su memoria. Pero esa es otra historia.

Tras muchas peripecias, Marieta consiguió recuperar el libro de su madre, pero con tanto ajetreo, el ejemplar estaba muy deteriorado y una gran parte de las recetas habían quedado ilegibles. El resto, las que se podían leer, están aquí, transcritas y adaptadas a los métodos culinarios del siglo XXI. Si estás dispuesto a poner en práctica las prestigiosas recetas que hacían las delicias de los comensales del Hotel Fantastique, esta es tu oportunidad. Pero... ¡un ojo al plato y otro al gato!, nadie puede asegurar que el espíritu de la Tremenda no aparezca en tu cocina, dispuesta a hacer justicia. ¡Mucha suerte y bon appétit!

1. Para desayunar

Napolitanas de chocolate

Ingredientes

- 2 láminas de paté feuilletée (aquí se conoce como hojaldre) fresco
- Crema de cacao (nocilla, nutella...)
- Harina

Utensilios

- 1 rodillo de madera
- Bandeja de horno
- Papel sulfurizado

Elaboración

Esparcir harina sobre la superficie donde vas a trabajar, para evitar que se pegue el hojaldre. Estirar la masa hasta conformar una plancha de, aproximadamente, medio centímetro. Untar la crema de cacao, pero solo por el centro de la masa. ¡Y mucho ojo! No vale comerse la crema a cucharadas aprovechando la ocasión. Ahora hay que encartar el hojaldre. Es como cerrar un libro: se coge el extremo de la masa y se lleva al centro, y lo mismo con el otro extremo. Darle la vuelta al rollo que se acaba de hacer para que la costura de las napolitanas quede boca abajo. Cortar porciones rectangulares al gusto, en función del tamaño que se quiera para las napolitanas, y colocarlas sobre la bandeja del horno, previamente forrada con el papel sulfurizado (los propios envases del hojaldre suelen traer papel). Pintar las napolitanas con huevo batido y hornear a 190° durante unos 15 minutos o hasta que queden bien doraditas e infladas.

Nota

Si cuando «cerramos el libro» no queda bien plegado, se puede unir la masa con unas gotas de agua, «pintando la unión».

Brioche francés

Ingredientes

- 500 g de harina de fuerza
- 75 g de azúcar
- 10 g de sal
- 5 huevos
- 20 g de levadura fresca
- 200 g de mantequilla a temperatura ambiente
- 1 huevo batido (para pintar el brioche)
- Almendras laminadas (opcional)

Utensilios

- Un molde redondo (25 cm de diámetro), previamente engrasado con mantequilla y espolvoreado con harina
- Un cuenco
- Film transparente

Elaboración

Mezclamos en el cuenco los huevos, el azúcar, la harina y la sal, añadimos la levadura (que no puede tocar la sal) y empezamos a amasar. La mantequilla hay que incorporarla poco a poco, a medida que la masa va tomando consistencia. Cuando la bola de masa no tenga grumos y adquiera una consistencia elástica, se envuelve en un film transparente y se mete en el frigorífico durante 30 minutos.

Cortar 7 porciones de masa del mismo tamaño y darles forma de bola. Colocar las bolas pegadas a las paredes del molde y una en el centro, como si fuese una flor. No se pueden pegar, hay que dejar espacio entre ellas, puesto que la masa va a crecer. Luego hay que dejar que el brioche fermente hasta que las bolas ocupen todo el molde (2 horas, aprox.). Calentar el horno a 180°, pintar el brioche con huevo batido, decorar con almendras laminadas y hornear durante 25 minutos o hasta que se doren. Desmoldar y dejar enfriar sobre una rejilla. Sacar una foto para presumir delante de los amigos y la familia y... Bon appétit!

Tea and breakfast cake

Ingredientes

- 225 g de harina
- 175 g de azúcar
- 3 huevos
- Una cucharadita y media de levadura química
- Un limón rallado
- 175 g de mantequilla derretida
- 50 g de almendras molidas

Utensilios

- Un molde redondo (18 cm), previamente engrasado con mantequilla y espolvoreado con harina
- Una batidora
- Rejilla de horno

Elaboración

Poner el horno a 180° para que vaya cogiendo temperatura. Batir todos los ingredientes hasta obtener una pasta homogénea. Incorporar la mezcla al molde y hornear alrededor de una hora. Para comprobar que está bien cocido por dentro, se pica con una brocheta, que tiene que salir limpia o con muy pocas migas. Dejar que repose unos minutos sobre la rejilla. Desmoldar y esperar a que enfríe del todo.

2. Entrantes

Rouleaux de jamón serrano y queso

Ingredientes

- 50 g de harina
- Un huevo
- Una cucharadita de azúcar
- 25 g de mantequilla de vaca
- 12 g de levadura química
- Aceite de oliva
- Queso
- Jamón serrano
- Ingrediente secreto de la Tremenda: 10 ml de agua de cocer lacón

Utensilios

- Un rodillo de madera
- Sartén
- Papel de cocina
- Una fuente
- Pincel

Elaboración

El ingrediente secreto de esta masa es el agua de cocer el lacón. Aunque te suene raro, le da un sabor muy especial y hace que este entrante sea una auténtica delicia. El primer paso es cocer el lacón y reservar 100 ml de esa agua. También se puede preparar la masa con agua mineral. El sabor no será igual al de los rouleaux de la Tremenda, pero también estará muy rico.

Batir el huevo por un lado y derretir la mantequilla por el otro a fuego lento, con cuidado de que no se queme; reservar ambos ingredientes. Mezclar la harina con el azúcar y hacer un agujero en el medio, como si fuese la boca de un volcán a punto de entrar en erupción. Añadir el huevo batido, la levadura, la mantequilla y la sal. Mezclar bien todo y empezar a amasar. Cuando tengamos una bola compacta y la masa deje de pegarse a los dedos, hay que taparla con un paño y dejarla reposar

durante media hora. Pasado ese tiempo, se estira con el rodillo hasta que quede lo más fina posible. Cuando esté toda extendida, cortar rectángulos de la medida que se quieran los rouleaux. A cada uno se le añade el relleno: primero se coloca una lámina de jamón serrano y luego una de queso. Enroscar la masa formando un tubo, pegando el extremo con la ayuda de un pincel mojado en agua.

Llega el momento de freír. Echar abundante aceite en la sartén. Cuando esté bien caliente, se añaden los rouleaux bajando un poco el fuego. Esperar a que se doren por ambos lados y colocar sobre una bandeja previamente forrada con papel de cocina, para que absorba el exceso de aceite. Calientes están muy ricos.

Pionono

Ingredientes para el bizcocho genovés

- 2 huevos
- 50 g de azúcar
- 50 g de harina

Ingredientes para el relleno y la cobertura

- Queso
- Paleta cocida de jamón york
- Hojas de lechuga
- Olivas
- Una zanahoria rallada
- Mayonesa
- Pimiento morrón
- Un huevo cocido

Elaboración

Para elaborar el bizcocho genovés, se pone el horno a 180° para que coja temperatura. Batir los huevos y el azúcar con un batidor de varillas, hasta que echen mucha espuma (casi al punto de nieve). Añadir la harina, previamente tamizada, y mezclar todo. Poner sobre la placa papel de horno, extender la mezcla por encima y hornear durante 10 minutos sin bajar de 180°. El bizcocho tiene que quedar blanco, sin dorarlo mucho. Tan pronto como se saca del horno, hay que enrollar el bizcocho sobre sí mismo, como si fuese la concha de un caracol, con la ayuda del papel de horno (esto es importante porque, gracias a este papel, el pionono cogerá forma). Dejar que enfríe, estirar con cuidado, quitar el papel de horno y meter el relleno: el jamón, queso, olivas cortadas en trocitos, las hojas de lechuga, zanahoria, pimiento... Se vuelve a envolver y se cubre todo con mayonesa. Para la decoración quedan muy bien los huevos cocidos cortados en láminas, unas olivas y unos pimientos morrones.

Tomates asados con hierbas aromáticas y queso gratinado

Ingredientes

- 2 tomates grandes
- Aceite de oliva virgen extra
- 2 cucharaditas de azúcar
- Sal
- Orégano y albahaca al gusto
- Queso rallado
- Un ajo

Utensilios

- Una bandeja de horno
- Un cuchillo

Elaboración

Poner el horno a 180° para que coja temperatura. Luego, cortar los tomates en rodajas y colocarlos en la bandeja. Se les espolvorea azúcar por encima, para quitarles la acidez, y se añade un buen chorro de aceite, orégano y sal. Pelar el ajo y echárselo entero. Meter la bandeja en el horno unos 15 minutos. Pasado ese tiempo, se echa por encima el queso rallado y se gradúa el horno para gratinar. En cuanto el queso esté doradito, está listo tu aperitivo.

Quiche Lorraine

Ingredientes

- Una base de masa quebrada o masa brisa (200 g)
- 200 ml de nata para cocinar
- 100 ml de aceite
- 200 g de bacon o de panceta ahumada
- 200 g de queso Gruyère o Emmental
- 100 g de mozzarella
- 4 huevos
- Sal
- Aceite de oliva

Utensilios

- Una bandeja de horno
- Un molde bajo, tipo tartaleta
- Una sartén
- Una batidora con su recipiente
- Un tenedor
- Papel de horno

Elaboración

Poner el horno a 180° con calor arriba y abajo, para que coja temperatura. Sacar la masa del paquete sin tirar el papel que la acompaña. Es papel sulfurizado, que hay que colocar directamente sobre el molde. De esta manera se evita que la masa se pegue. En el caso de que la masa que hayas comprado no tenga este tipo de papel, hay que untar el molde con mantequilla.

Lo ideal es esperar a que la masa esté a temperatura ambiente, para que sea más fácil de manejar. Colocamos la masa sobre el papel presionando por todo el borde del molde para ir dándole forma. A continuación, picamos toda la base de la masa para evitar que se hinche durante la cocción y la metemos en el horno durante 15 minutos. Otra opción para que no hinche es poner garbanzos sobre la masa y hornear.

Mientras la masa está cociendo, se coge una sartén, se le echa un poco de aceite y se tuesta la panceta o el beicon. Cuando esté listo, hay que colocarlo sobre el papel de cocina para que absorba el exceso de grasa. Cortar el queso en daditos y reservar. Batir los huevos en el recipiente de la batidora, junto con la nata y la leche, añadiendo una pizca de sal y otra de pimienta, hasta conseguir una masa homogénea.

¡Ojo! Es probable que ya hayan pasado los 15 minutos, ¡no vale despistarse! Sacar la masa del horno y colocar encima la panceta, los daditos de queso y la masa de huevos, leche y nata ya batida. Para acabar, se incorpora la mozzarella. A continuación hay que meterla nuevamente en el horno, esta vez 25 minutos o hasta que la superficie esté doradita. Si se tienen dudas, se le clava una varita de madera: si sale limpia, quiere decir que el quiche está listo.

3. Platos principales

Lomo a la sidra

Ingredientes (4 personas)

- *Un trozo de lomo de cerdo de unos 500 g*
- *Una zanahoria*
- *Pimiento rojo*
- *Una cebolla*
- *Una manzana*
- *330 ml de sidra*
- *Ajo*
- *Sal*
- *Perejil*
- *Una pastilla de caldo de carne*
- *Una cucharadita de pimentón dulce*
- *Una cucharadita de harina*
- *Aceite de oliva*

Utensilios

- *Una olla*
- *Un cuchillo*
- *Una cuchara de sobremesa*
- *Batidora mecánica y su recipiente*

Elaboración

Machacar el ajo, el perejil y la sal, y adobar el lomo. Echar aceite en el fondo de la olla y dorar el lomo. Añadir un trozo de pimiento rojo, la zanahoria y la cebolla y a continuación la sidra, el caldo de carne y la cucharadita de pimiento dulce. Hay que dejarlo cocinar a fuego lento. Cuando lleve aproximadamente una hora y 20 minutos, incorporar la manzana cortada en cuatro porciones. Aproximadamente 10 minutos después (o cuando la manzana esté hecha), sacar de la olla el pimiento, la zanahoria, la mitad de la cebolla y una porción de manzana. Echar estos ingredientes en el recipiente de la batidora, añadir una cucharadita de harina y

batir todo. Cuando la mezcla quede homogénea, echarla por encima del lomo y dejar que se cocine unos 5 minutos. ¡Listo para comérselo!

Pastel de espinacas

Ingredientes

- 200 g de espinacas
- Masa de hojaldre
- 25 g de mantequilla
- Una cucharada de aceite de oliva
- 100 g de champiñones cortados en trocitos
- Una cebolla grande o dos pequeñas
- 100 ml de nata
- 120 g de queso ricota
- 115 g de queso parmesano rallado
- Un huevo batido
- Sal y pimienta al gusto
- Un diente de ajo
- Un puerro picado

Utensilios

- Una olla
- Una sartén
- Un cuchillo
- Una bandeja de horno
- Papel de horno

Elaboración

Poner el horno a 180° para que coja temperatura. Hervir las espinacas (con unos segundos es suficiente, solo hay que escardarlas). Derretir la mantequilla con la cucharada de aceite e incorporar el puerro picado y la cebolla. Dorar unos 3 minutos a fuego muy lento (hay que estar muy atento, el puerro se quema muy rápido) y añadir los champiñones. Sueltan bastante agua, así que hay que dejar que se cocinen hasta que se evapore gran parte del líquido.

Mezclar los dos tipos de queso (salvo un poco de queso parmesano rallado, que se reserva para cubrir el pastel), la nata y el huevo. Se le echa sal y pimienta y se

incorporan las espinacas cortadas y los champiñones.

Llega el momento de cortar el hojaldre. Esto va a depender del tamaño que se quiera para el pastel. Lo ideal son 3 capas de relleno y 4 capas de hojaldre. Se coge la primera de las placas de hojaldre y se coloca sobre la bandeja del horno, con el papel sulfurizado debajo. Untar el hojaldre con aceite de oliva y echar la primera capa de relleno. Se pone encima la segunda capa de hojaldre y se vuelve a cubrir con aceite. Esta operación hay que repetirla hasta cubrir el pastel con la última capa de hojaldre. Para acabar, se le echa el queso rallado que está reservado y se hornea unos 40 minutos o hasta que quede bien doradito.

Pechugas de pollo al estilo de las casas labriegas francesas

Ingredientes

- *Pechugas de pollo*
- *Pan rallado*
- *Salsa de tomate*
- *Aceite de oliva*
- *Queso rallado o en lonchas*
- *Pimiento rojo picado*
- *Una cebolla picada*
- *Un ajo picado*
- *Perejil y orégano*
- *Sal*

Utensilios

- *Una sartén*
- *Un cuchillo*
- *Una bandeja para el horno*
- *Papel de cocina*

Elaboración

Esta es una receta para chuparse los dedos. Primero hay que adobar las pechugas de pollo con sal, ajo y perejil, rebozarlas en pan rallado y freírlas en una sartén con el aceite bien caliente. Cuando estén doraditas hay que ponerlas sobre el papel de cocina, para que absorba la grasa. En el mismo aceite de freír el pollo, se dora el pimiento rojo con la cebolla picada. Cuando esté listo, hay que volcarlo sobre la bandeja que se va a meter en el horno. Sobre esa cama hecha con el sofrito, se colocan las pechugas. Se incorpora el orégano, la salsa de tomate y, por último, el queso rallado. Gratinar entre 10 y 12 minutos o hasta que el queso empiece a dorarse.

Lasaña fantastique elaborada con pasta fresca

Ingredientes para la pasta fresca

- 30g de harina
- 3 huevos
- Una pizca de sal

Ingredientes para el relleno

- 800g de carne picada mixta (cerdo y ternera)
- Una cebolla
- Pimiento rojo
- Un ajo
- Un bote de tomate frito
- 1/2 vaso de vino blanco
- 400ml de salsa de tomate
- Queso rallado
- Queso en lonchas (unos 70 g)
- Salsa bechamel (1 litro)
- Aceite de oliva
- Ingrediente secreto de la Tremenda: unas lonchas de jamón
- Agua
- Sal
- Orégano

Utensilios

- Una sartén
- Un tenedor
- Bandeja para el horno
- Un cuchillo

Elaboración de la pasta

Se hace una montaña con la harina, dándole forma de boca de volcán. En ese agujero rompemos los huevos, se añade un poco de sal y se empieza a batir con un

tenedor. Poco a poco vamos incorporando la harina de los laterales y seguimos batiendo hasta obtener una masa con la que se pueda empezar a trabajar con las manos. Al principio la masa es irregular y está llena de grumos. Hay que tener paciencia en esta fase y seguir amasando con cariño, doblando la masa sobre sí misma una y otra vez, ayudándose de las palmas de las manos o incluso con los puños. En el caso de que la masa quede pegajosa en exceso, hay que añadir un poco más de harina. Cuando se obtenga una masa lisa, sin grumos y con consistencia elástica, estará lista para meter en la nevera un mínimo de 30 minutos (lo ideal es una hora) y envolverla en papel film.

Ahora viene la parte más delicada: el proceso de estirar la masa. La Tremenda, que era una verdadera artista, la estiraba con un rodillo de madera. La colocaba sobre la mesa de la cocina y conseguía unas finas láminas que luego cortaba en pequeños rectángulos, pero esto requiere práctica... y mucha maña. Si no se es capaz, lo mejor es emplear una máquina para pasta, pues será mucho más fácil estirla y cortarla.

Una vez cortada la pasta en rectángulos (se necesitan 16; siempre es mejor hacer de más por si alguno se rompe), hay que dejarla reposar sobre una bandeja con harina o colgarla hasta que seque.

El último paso es la cocción: se coge una olla con abundante agua y sal y cuando rompa a hervir, se echa la pasta y se deja unos minutos hasta que adquiera la consistencia que se desee, sin olvidar echarle un chorro de aceite de oliva para que no se peguen entre sí.

Consejo: al empezar a estirar la pasta, lo mejor es no sacarla toda del frigorífico. Es decir, se coge un trozo y se deja el resto envuelto en el papel film. La pasta se seca a la velocidad del rayo; si se deja mucho tiempo al aire, va a resultar mucho más complicado trabajar. Mejor hacerlo así, poco a poco.

Elaboración del sofrito

Picar el ajo, la cebolla y un trozo de pimiento rojo en trozos muy pequeños y dorarlos a fuego lento en una sartén grande con aceite de oliva unos 10 minutos. Se incorpora la carne picada y se le echa sal al gusto. Dejar que se cocine alrededor de 5 minutos y añadir el vino. Cuando la carne esté casi lista, se le echa por encima el orégano, la salsa de tomate y dejar que se vaya cocinando toda la mezcla 3-4 minutos a fuego lento.

Colocar 4 rectángulos de pasta en la bandeja de horno y extender por encima

una capa de relleno. Una de las claves del éxito de la Lasaña fantastique es su cremosidad. La Tremenda le añadía a cada capa de relleno entre 3 y 4 cucharadas de bechamel, junto con lonchas de queso y de jamón. Repetir esta operación hasta obtener 4 capas de pasta y 3 de relleno. Se cubre la última capa de pasta con bechamel y se añade el queso rallado. Gratinar en el horno (previamente calentado a 200°) durante 15 minutos. Bon appétit!

4. Postres

Carrot cake

Ingredientes

- 250 g de zanahorias peladas y ralladas
- 125 ml de aceite de oliva suave
- 4 huevos grandes
- 125 g de azúcar
- 200 g de harina
- 7 g de levadura química
- Canela en polvo (al gusto)
- Mantequilla (para engrasar)
- 125/150 g de nueces peladas

Utensilios

- Un cuenco
- Un tamizador
- Un molde de unos 18 cm previamente engrasado con mantequilla
- Batidora con recipiente

Elaboración

Poner el horno a 150° para que vaya cogiendo temperatura. Batir las zanahorias ralladas con el aceite hasta obtener una pasta homogénea y reservar. Batir los huevos con el azúcar, incorporar la pasta de zanahorias y mezclar bien. A continuación hay que tamizar la harina con la levadura e incorporarlo a la pasta junto con la canela (sin pasarse, o de lo contrario sabrá solo a canela). Mezclar hasta que no queden grumos y añadir las nueces. Echar la masa en el molde y hornear a 180° con calor por la parte inferior durante unos 50 minutos. Picar con una brocheta para comprobar si está cocido. Desmoldar y dejar que enfríe.

Coulant

Ingredientes (para 10 coulants)

- 250 g de chocolate (70% de cacao)
- 150 g de azúcar glas
- 200 g de mantequilla
- 6 huevos medianos
- 120 g de harina de repostería
- Una pizca de sal
- 2 cucharaditas de cacao en polvo
- 1/2 naranja rallada

Utensilios

- 10 flaneras
- Un cuenco
- Una cuchara de madera
- Una espátula (mejor de silicona)
- Una manga pastelera

Elaboración

Untar las flaneras con mantequilla y harina. Montar las claras de huevo al punto de nieve en un cuenco (lo ideal es que las claras estén a temperatura ambiente y echarles una pizca de sal mientras se montan). Añadir el azúcar y seguir batiendo hasta que las claras suban y queden firmes.

Batir las yemas con una cucharada de azúcar glas hasta obtener espuma. Añadir el cacao en polvo y un poco de sal, para potenciar el sabor del cacao. Mezclar con la cuchara de madera. Por otro lado, derretir el chocolate con la mantequilla al baño maría o en el microondas. Cuando la mezcla esté fundida, batir con un tenedor hasta obtener una crema homogénea. Se incorpora la naranja rallada y se añade toda esta mezcla a las claras que están al punto de nieve. Revolver con la espátula, con movimientos envolventes para que las claras no bajen, añadir la harina tamizada y unir todo con mucho cuidado hasta ligar las cremas. Echar la masa en una manga pastelera e ir rellenando las flaneras, sin llegar arriba del todo

(dejar aproximadamente 1 cm sin cubrir). El siguiente paso es congelar las masas. Hay que meter las flaneras en el congelador y esperar unas horas. Sí, esta receta es algo complicada, pero el resultado merece la pena. ¡Ya falta menos!

El coulant se hornea justo antes de servirse. Poner el horno a 200° y a los 5 minutos bajarlo a 180°. Se mete el coulant durante 15-16 minutos, dejando enfriar solo 2 o 3 minutos y desmoldar. (El coulant estará listo cuando aumente de volumen hasta el borde de la flanera y que el centro tenga consistencia). Se espolvorea azúcar glas por encima y se acompaña con una bola de helado de vainilla. Cuando se rompa el coulant con la cuchara, en el centro habrá chocolate caliente y líquido. Deja que se mezcle con el frío del helado. ¡Es una combinación fantástico! Bon appétit!

Petit choux

Ingredientes para la masa choux

- 250 ml de leche o agua
- 100 g de mantequilla
- 5 g de sal
- 5 g de azúcar
- 150 g de harina
- 4 huevos

Ingredientes para la crema pastelera

- 500 ml de leche
- 3 huevos
- 100 g de azúcar
- 50 g de maicena
- Vainilla

Ingredientes para la cobertura de chocolate

- 50 g de chocolate para postres
- 50 g de mantequilla
- 50 ml de agua

Utensilios

- Un cazo
- Un cuenco
- Una manga pastelera
- Una cuchara
- Un colador
- Bandeja de horno
- Papel de horno

Elaboración de la masa choux

Poner a hervir en un cazo la leche, la sal, el azúcar y la mantequilla. Cuando

rompa a hervir, se le echa la harina de repente y se remueve con energía hasta formar una pasta. No se puede dejar de remover, hay que cocinar la harina evitando que se pegue. Después de unos minutos, apartar del fuego y dejar enfriar. Añadir los huevos, batiéndolos uno por uno. Es decir, se añade un huevo, se bate y cuando quede perfectamente ligado con la masa, se repite el proceso con el siguiente. Verter la masa en una manga pastelera y extender en forma de palitos sobre la bandeja del horno (previamente forrada con papel, para evitar que se pegue). Hornear a 200° durante unos 20 minutos. Si abres uno verás que está hueco por dentro. ¡No te preocupes, así es como debe ser!

Elaboración de la crema pastelera

En un cuenco se mezclan todos los ingredientes salvo la leche (solo se echa un chorro). Remover despacio hasta ligar todo. Poner al fuego el resto de la leche. Cuando rompa a hervir, se vuelca la leche en un cuenco donde está la masa. Remover bien y volver a meter toda la mezcla en la olla donde se hirvió la leche, con la ayuda de un colador para evitar grumos. Cocer la crema sin dejar de remover, para evitar que se pegue. Dejar enfriar y llenar los petit choux con la manga, utilizando la boquilla de relleno acabada en punta.

Elaboración de la cobertura de chocolate

Derretir en el microondas todos los ingredientes hasta formar una crema de chocolate. Se bañan en esa crema los petit choux, se dejan enfriar y se meten en el frigorífico. Fríos están realmente deliciosos Bon appétit!

Nota de la Tremenda:

Rellenos de queso de untar y jamón son maravillosos. ¡La pasta choux vale tanto para salado o dulce, y para entrante o postre!

Pasteles de Belém

Ingredientes

- Pasta de hojaldre
- 400 ml de nata líquida
- 100 ml de leche
- 150 g de azúcar
- 4 yemas de huevo
- Un trozo de cáscara de limón
- 5 g de maicena
- Una rama de canela

Utensilios

- Un cuchillo
- Una bandeja para magdalenas
- Moldes para tartaletas
- 2 cazos
- Un colador
- Una cuchara

Elaboración

Cortar la masa en círculos y forrar los huecos de la bandeja para magdalenas previamente engrasada. Hay que darle forma con los dedos, adaptándola a las paredes de los moldes para que quede una buena base. Después reservar. En uno de los cazos se echa la nata, la leche, la canela y la cáscara de limón y se pone al fuego. Cuando hierva, colar y reservar también.

Coger el otro cazo y mezclar las yemas de huevo, el azúcar y la maicena. Hay que remover sin parar con un batidor manual. Este paso es muy importante para evitar que cuajen las yemas. A continuación, hay que añadir la mezcla de la nata y la leche y ponerla a fuego medio. Remover un poco y bajar el fuego. Cuando la masa sea homogénea, retirar del fuego y remover con energía. Luego se vuelve a poner a cocer hasta que espese, sin dejar de remover. Reservar y dejar que enfríe.

Ahora hay que llenar los huecos de la bandeja con esta preparación. No se

deben llenar del todo, solo 3/4 partes de cada uno de los moldes. Hornear durante 25 minutos a 150° o hasta que los pasteles de Belém queden dorados. ¡Cómo le gustaba a Esmeraldina este postre! ¡Que lo disfrutes!



Título original: *Esmeraldina, a pequena defunta*

Edición en formato digital: 2016

© Del texto: Leticia Costas, 2016
© De las ilustraciones: Víctor Rivas, 2016
© De la traducción: Leticia Costas, 2016
© Edicións Xerais de Galicia, S.A., 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-698-2508-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.anayainfantilyjuvenil.com/ebook